

ESTE LIBRO
NO SALE DE
LA BIBLIOTECA

JULIO TORRI, SUS TEXTOS Y SUS TESTIMONIOS



por Beatriz Espejo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESTUDIOS SUPERIORES

XLH84
ESP



FILOSOFIA
Y LETRAS

Doctorado en Letras
1984



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para mi madre, para Emmanuel

Para tres amigos,

Rubén Bonifaz Nuño

Huberto Batís

Henrique González Casanova

INTRODUCCION

Los trabajos de Juliò Torri han recibido múltiples calificativos: breves, lúcidos, inteligentes, penetrantes, cultos, novedosos, originales, magistrales, paganos, moralistas, perfectos y escasos.

A los setenta y cinco años diò a prensas una antología titulada Tres libros que por mucho tiempo fue tomada como sus obras completas. Tiene apenas ciento ochenta y cuatro páginas con muchos blancos, y reúne sin duda lo más selecto y logrado de su producción: Ensayos y poemas (1917), De fusilamientos (1940), "Artículos" y "fantasías" donde congrega una serie de prosas, reflexiones, aforismos, pensamientos tan contundentes y rotundos que podrían servir como epitafios o epígrafes caros a su autor. Todavía no habían aparecido Diálogo de los libros (1980) ni algunos otros textos dispersos con los cuales, si tomamos en cuenta La literatura española (1952), dos traducciones, un discurso y algunos prólogos, se concluye que a fin de cuentas ~~no~~ no dejó una obra tan exigua como se creía.

De cualquier modo, la aparente esterilidad se ha querido atribuir a numerosas causas. Se habló de temor o desdén por la gloria que pasa, de que la consideraba como "un capital suscrito por accionistas que no tienen ni un centavo en el banco", (1) de que no

(1) Castro Leal, Antoniò: "Juliò Torri, escritor esencial". Excélsior, 20 de mayo de 1970, pp. 7A y 10 A

tomaba en serio ni la riqueza ni el éxito. Se habló también de un afán de perfección, de apego a los placeres que lo hacían distraerse en aventuras amorosas y en el sexo. Algúen ~~no~~ muy digno de fiar- lo recuerda coronado ^{de} flores, abrazado a una muchacha en una feria pueblerina. ~~Una~~ Imagen de Baco mexicano nada concordante con la tradición del intelectual, maestro universitario y académico de la lengua. Reales o inventadas, las anécdotas de este tipo -o las que festejan sus respuestas oportunas e ingeniosas- se urden en torno a Torri y han llegado a formar parte de su leyenda, sin embargo, Ramón Xirau lo consideró un moralista antiburgués vinculado con la cultura, la estética, la educación y las buenas maneras. Moral relacionada con algunos estatutos del Ateneo de la Juventud,

Sabía que lo difícil no es escribir mucho sino escribir algo bueno. Apegado a esta certeza retomaba sus textos, los pulía y modificaba sin tregua. Hasta la fecha no se dispone de originales que permitan establecer comparaciones. Pueden compararse las versiones publicadas en periódicos y revistas, con las definitivas. Los cambios resultan aparentemente mínimos; pero son fundamentales para los propósitos de su autor y piedra de toque para cualquier prosista respetable. Se fijan en el ritmo y por tanto en la puntuación y sintaxis de la frase. Tienden a suprimir palabras ~~inútiles~~ (artículos, calificativos, partículas), en algunos casos prefieren fórmulas lingüísticas más castizas, en otros afinan los adjetivos. Añaden epígrafes, suprimen subtítulos y, curiosamente, modifican varios títulos.

En 1914, pronunció una conferencia "En elogio al espíritu de contradicción"; cuando la integró a Ensayos y poemas quitó los primeros párrafos coloquiales e innecesarios para sus lectores. En otros casos las correcciones se debieron a diferencias en la manera de ir entendiendo la vida. "Beati qui perdunt...!" (1964) aceptó en su final una frase sintomática, nacida sin duda de la experiencia: "Perder viejos amigos íntimos es un punzante dolor que dura siempre."

Buscaba un estilo directo, lo más sencillo posible procurando comunicar lo que le parecía "menos tonto". Elegía adecuadamente sus palabras para que no fueran solemnes, rebuscadas, ni que sonaran a "discurso mal hecho", porque entre nosotros fue uno de los primeros en detestas las grandes parrafadas que agotan el tema y no permiten aportaciones al lector. Farragosos era una buena parte de los literatos, periodistas, poetas y oradores de los años en los cuales estaba en plena formación artística.

Temía volverse aburrido si se prodigaba, y seguía en sus escritos un método probado como conversador en los salones: la condena de un pensamiento muy bien expresado que regocijaba a sus interlocutores. Esto, por supuesto, implica una mecánica intelectual especialísima explicable en la índole de Torri, en la generación a la que perteneció y en los humoristas ingleses que leía tan esmeradamente. Dirigida a Henríquez Ureña y fechada en Torreón (1911), una carta suya aseguraba que traducía los dos actos iniciales de El abanico de Lady Windermere, "una divertida comedia llena de finos chistes". Este primer juicio sufrió modifi-

para él

caciones. No obstante, Wilde continuó siendo motivo de reflexión.

Otra epístola, al mismo destinatario, registra estas líneas: "Anoche (sábado 12)* di una conferencia sobre el Romancero, en la Asociación Cristiana. El público lo componían mi hermano Enrique, un pariente remoto y olvidado, el mozo que barre el salón, y un niño desconocido, de nueve años, que llegará a ser un genio, sin duda." La conferencia dio origen a un tomo de "Cultura" sobre los Romances viejos y, ampliada en 1933, a la tesis doctoral, pues Torri nunca dejó sus lecturas e intereses juveniles. Permaneció fiel a su temática y mantuvo vivo un humorismo mordaz que ejercitaba preferentemente contra sí mismo; aunque según él no había nada de crueldad en el fondo de su ser y, por el contrario, algunas secretas actitudes suyas parecen muy sentimentales. Se comenta hasta el cansancio su biblioteca y, entre otras cosas, cierto libro forrado con el traje de novia de su madre, un poemario de Neruo. Ilustraba un singular acto de gratitud debido a una nota enviada por Neruo recién aparecido Ensayos y poemas, que Alfonso Reyes dio a conocer al través de Ernesto Mejía Sánchez: "Es un librito por todos conceptos precioso, que revela ya a un escritor consciente, cabal, dueño de las palabras y del estilo, con lectura vasta, moderna y bien digerida." (2) Pala-

(*) 1916.

(2) Mejía Sánchez, Ernesto: "Anversos y reversos en Julio Torri", Revista de la Universidad de México, XXIV (núm. 10, junio de 1970), pp. 2-4.

bras de un poeta célebre a un joven talentoso en cuya obra no se registran altibajos.

Nadie, ni siquiera sus críticos más entusiastas, diríamos que Torri es un escritor genial; pero sus aportaciones, tanto literarias como editoriales, son hermosas e importantes en la literatura mexicana. Como maestro realizó una tarea continuada a lo largo de cincuenta años. Con Agustín Loera y Chávez dirigió una editorial sobresaliente; con José Vasconcelos puso a los clásicos en manos de un público muy numeroso. Con Reyes fundó en nuestras narraciones la corriente fantástica; con Martín Luis Guzmán inició la llamada ciencia ficción en nuestras letras. Le dio ímpetu al poema en prosa o -mejor- a la prosa breve, género cuyos buenos frutos requieren ritmo, concreción, síntesis y adjetivación poéticos, combinados con la malicia del prosista ^{de prosa} y el remate irremplazable y bien pensado de un soneto o de un cuento, ^{hecho}

Humilde, tímida, recatadamente, Torri se tomaba a sí mismo como conejillo de indias. La porción autobiográfica en sus escritos es muy grande: "A veces creo que me pongo íntegro en lo que escribo", dijo. (3) En la misma entrevista le preguntaron qué ^{le} elegiría si tuviera que hacerlo entre la literatura y la vida, y sin titubear prefirió la literatura; sin embargo, al instante

(3) Galindo, Carmen: "Julio Torri con sus propias palabras". El libro y la vida (Suplemento de El Día), agosto 17 de 1969, pp. 7-8.

tuvo por mala su elección. Quizá porque idealizaba demasiado la felicidad ajena como aquellos que no logran ser dichosos. Tal desdicha tiende a relacionarse con su soltería y su vejez solitaria que se procuran explicar por muchas causas. Incluso puede tomarse en cuenta la circunstancia fatal de que la madre haya quedado ciega (por desprendimiento de ambas retinas) durante el parto de su último hijo, José. Este hecho trágico marcó indudablemente la infancia y juventud de Torri que, a juzgar por sus cartas, estaba lleno de responsabilidades familiares. Pero ésta, como todas las otras, sólo resulta una hipótesis y no basta para explicar la personalidad de un hombre que hizo textos memorables y puso en torno suyo uno a uno los tabiques necesarios para el muro que lo protegiera del mundo. Este libro representa la voluntad de atisbar al través. No pretende ser una biografía ni un análisis estilístico. Es, más bien, el intento de aproximarse a una personalidad y, junto con ella, a su obra literaria y sus preocupaciones estéticas. En esta persecución creí fundamental reunir una serie de pistas -poco significativas aisladamente- que juntas configuran un retrato. La cámara enfocó cuatro momentos principales, la generación a la cual perteneció Torri, el epistolario que cruzó con Alfonso Reyes, sus relaciones con las mujeres, y sus métodos y búsquedas estilísticas. Los puntos de referencia y los testimonios de algunas personas unen cabos sueltos con apreciaciones huidizas.

SU GENERACION

Don Porfirio había gobernado ^p México un tiempo inverosímil. Mixcoac y Tlalpan eran lugares cercanos ^{a la ciudad} donde se edificaban quintas para recreo de burgueses, y Topilejo un pueblecito de indios descalzos. Las casas de buen tono se decoraban con ajuares del mejor estilo Reina Ana y porcelanas de Sèvres no siempre a la altura de su fama. Cualquier producto europeo se vendía como pan caliente; pero en las mesas de la clase media humeaban el chocolate y los tamales deleitosos. Gracias al Centenario se organizó una exposición de pintura española que causó la ira de jóvenes valores nacionales empeñados en valerse con sus propias alas. Al otro lado del mar, Chagall, Picasso, Mondrian y Léger afinaban sus armas. Los aniversarios de nuestra Independencia se festejaban entre los árboles de Chapultepec con nutrida concurrencia de criadas, léperos y catrines. Procesiones y ferias ambulantes acarreaman multitudes. El índice de analfabetos amedrentaba al más pintado. Luego, olía a pólvora que no se gastó en infiernitos sino en una lucha sangrienta. Los nombres de Madero, Bernardo Reyes, Huerta, Zapata y Villa pasaban de boca en boca. Los diarios preferían publicar noticias de acontecimientos extranjeros. Manuel M. Ponce componía música destinada a popularizarse pronto. Nuestros artistas encontraban en la patria temas propios y, dentro de ese contexto, el Ateneo de la Juventud conjuró a los intelectuales de la nueva hornada que, con las excepciones tal vez de Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, se interesaban con mayor pasión

por la filosofía que por la política, conocían varios idiomas, eran dueños de una cultura sólida y sacrificaban todo en aras de una frase destinada a dar en el blanco.

Y al contrario de lo que sucede casi siempre cuando una generación rompe con la inmediata anterior, los jóvenes que propiciaban esta ^{formas} ~~renovación~~ cultural ^{es} recibieron apoyo de sus maestros. Justo Sierra (el ministro de lujo del porfirismo), Enrique González Martínez y Luis G. Urbina (poetas a los que Alfonso Reyes llamaba "hermanos mayores"), (*) personalidades relevantes como Ezequiel A. Chávez o José María Vigil, en algunos casos participaron y en otros vieron con simpatía las actividades del grupo. Lo mismo ocurrió con otras figuras bien ubicadas, dentro del régimen establecido, gracias a su prestigio personal, a las oportunidades que obtuvieron y a los puestos que ocuparon. Tal es el caso de Porfirio Parra, que presidió una serie de conferencias sobre la evolución del positivismo, y de Pablo Macedo que costeó actividades ateneístas. (**)

(*) Por su parte, Enrique González Martínez escribió: "Aunque entre aquellos jóvenes que no andaban muy lejos de la veintena había tal o cual excepción de madurez, me sentía junto a ellos como un hermano mayor." La apacible locura. Editorial Cultura, T.G., S.A. México, 1951, p. 36

(**) En 1905, Vasconcelos dedicó su tesis de abogado a Pablo Macedo.

En 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron la revista Savia Moderna, de la cual salieron únicamente cinco números. Su mayor mérito fue atraer a un buen número de muchachos talentosos, y en sus páginas aparecieron colaboraciones de algunos futuros ateneístas; además, bajo su férula y con la participación del Doctor Atl, se organizó una muestra pictórica muy importante donde por primera vez exhibían sus obras Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Al año siguiente, el arquitecto Jesús T. Acevedo creó una Sociedad de Conferencias que pretendía difundir ideas nobles y bellas. Tales propósitos se cimentaban en actitudes vitales ~~vitalistas~~ definidas y, a pesar de lo jóvenes que eran sus promotores, no habían nacido de una cultura poco sólida. Varios testimonios lo confirman. Vasconcelos, por ejemplo, afirmó que el Ateneo fue estimulado para otorgar "forma social a una nueva era del pensamiento"⁽¹⁾ y, adelante en el mismo discurso, añadió: "Florece una generación que tiene derecho a llamarse nueva, no sólo por sus años, sino porque está inspirada en estética distinta de la de sus antecesores inmediatos, en credo ideal que la crítica a su tiempo calificará con

(1) Vasconcelos, José: "La juventud Intelectual Mexicana y el Actual Momento Histórico de Nuestro País", Revista de Revistas, 25 de junio, 1911. (Discurso pronunciado el 17 de junio de 1911 en un banquete ofrecido en honor de los ateneístas revolucionarios.)

acierto, pero que no es ni romántica ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de misticismo fundado en la belleza, una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas. No es fe platónica en la inmortalidad de las ideas, sino algo muy distinto, noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina sustancia." (2)

El primer acto ^{para} ~~defendiendo~~ ^{el} una concepción artística que se alejaba de la retórica socorrida en el momento, un arte por el cual se lucharía, ocurrió al realizarse un ciclo de conferencias en el Casino de Santa María la Ribera. El objetivo inmediato se abocaba a despertar la conciencia nacional por medio de sucesivos eventos similares. Se escogieron diversos temas, metafísica, educación, pintura, poesía. Y la respuesta fue una concurrencia muy nutrida y comentarios entusiastas en los periódicos. Posteriormente se pensó en otro ciclo de conferencias y se convino en focarlo hacia los temas helénicos. El intento quedó en un mero proyecto que, sin embargo, propició una lectura a coro del Banquete de Platón y, según sus testimonios, los ateneístas consideraron tal lectura trascendente para su formación. En 1908 se organizó un acto en memoria de Gabino Barreda; los conservadores se opusieron y esto lo tiñó de un matiz político ya que se interpretó como una toma de conciencia pública contra la dictadura.

(2) ob. cit.

El segundo ciclo de conferencias ocurrió en el Conservatorio Nacional. Y en la Escuela Preparatoria, Antonio Caso impartió un famoso curso sobre la filosofía positivista en el que, al liquidar la vigencia de esa corriente y proponer caminos nuevos, definió el sentir de la juventud frente a las doctrinas reinantes.

El 28 de octubre de 1909 se conformó oficialmente el Ateneo con sesiones quincenales en el recinto de la Escuela de Derecho. Los artistas que lo componían rompieron con sus maestros. Eran cosmopolitas y elitistas. Elaboraron una obra original emprendiendo la persecución de la belleza. Sometieron al beneficio de la duda cuanto les habían enseñado. Descubrieron filósofos estimulantes. Comulgaron con Platón. Algunos, como Mariano Silva y Julio Torri, se aficionaron a Walter Pater. (*) Todos leyeron a Bergson, Boutroux, James, Croce, Kant, Schopenhauer, y se sintieron unificados por una cultura proveniente de fuentes similares. En literatura no se limitaron a los franceses en boga, extendieron su mirada a los ingleses, a los españoles —en especial a los del 98—, a los clásicos griegos que constituyeron sus modelos. Se vincularon con artistas plásticos que acometerían el movimiento pictórico más importante de nuestra historia. Condenaron el temperamento palabrero de algunos oradores, incluso insígnis como Jacinto

(*) Pedro Henríquez Ureña tradujo a Pater y lo difundió entre los ateneístas.

Pallares y Jesús Urueta; sin negarles sus méritos, porque los ateneístas procuraban ser lúcidos. Desacreditaron el arte pompier y los salones. Encontraron amistad en músicos como Manuel M. Ponce, inquieto por valorar las melodías mexicanas. Desaprobaron publicaciones que revivían tendencias estéticas superadas y establecieron polémica abierta con el periodista Manuel Caballero a propósito de la resurrección fallida de la Revista Azul. Y no obstante su anhelo de renovación, sus cercanías estéticas, sus lazos entrañables, podría definírseles —lo mismo que después a los Contemporáneos— como un "archipiélago de soledades". En el Ateneo cada isla ~~representa~~^{marca} al movimiento una dirección.

Por supuesto, la lista de integrantes abarca muchos nombres. Cualquiera crítico ~~informado~~ sabe que en 1910 se realizó la serie de conferencias más importante del grupo, sobre temas americanos, y que inmediatamente apareció publicada con una dedicatoria a Pablo Macedo. (*) El volumen aporta el nombre de los primeros socios, más de treinta numerarios y ocho correspondientes, Abundan

(*) Antonio Caso: "La filosofía moral de Don Eugenio María de Hostos"; Alfonso Reyes: "Los poemas rústicos de Manuel José Othón"; Pedro Henríquez Ureña: "La obra de José Enrique Rodó"; Carlos González Peña: "El pensador Mexicano y su tiempo"; José Escofet: "Sor Juana Inés de la Cruz"; José Vasconcelos: "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas".

los abogados. Sin duda el presidente, Antonio Caso, invitó a varios compañeros suyos; pero vistas las cosas años después, se concluye que unos cuantos participantes determinaron la fisonomía del Ateneo, le propiciaron sentido y homogeneidad: el propio Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Mariano Silva y Aceves. Con su carácter individual estaban cerca Martín Luis Guzmán, Carlos Díaz Dufoo, Carlos González Peña, Rafael López, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón, Federico Mariscal, Manuel de la Parra y algunos otros que se dispersaron porque esta curiosa sociedad floreció en una década trágica de la historia patria.

A pesar de ser casi un hábito nacional, rechazaron lo improvisado. Lo sustituyeron por la seriedad. Seriedad para prepararse como intelectuales que pensaban revolucionar culturalmente a México, y para preparar su propia obra. Martín Luis Guzmán señaló que las cosas debían saberse bien y aprenderse de primera mano hasta donde fuera posible, que tanto la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa por lo común laboriosa y que "ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida sino una profesión como cualquier otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo." (3)

Aparte de su manifiesto amor por la cultura griega que infl

yó en una tendencia humanística, de su preocupación por lo hispanoamericano y de otras concordancias ideológicas, los ateneístas criticaron implacables tanto al porfirismo como a don Porfirio. En el estilo caricaturesco, vigoroso y atroz con que Orozco pintó sus murales, Guzmán emprendió el retrato de Díaz. En trazos fuertes y sintéticos, dijo: "Ni era ya tampoco el caudillo liberal continuador de la obra consumada por Juárez y Lerdo y Ocampo en Veracruz. De tanto mirarse a sí mismo, y de tanto consentir que sólo hacia él se mirase, o de exigirlo, se le había enturbiado la idea de su origen y de su razón de ser. No percibía ya la realidad material ni espiritual del país a quien gobernaba, sino lo que los años habían pintado sobre la realidad para enmascararlo; ni se percataba del imposible de que la vida se anulase manteniéndose inmóvil o que voluntariamente dejaran de existir los resortes sociales heredados de aquellos otros que, al hacerlo a él necesario en su hora, todavía lo justificaban. La ficción y el emblema vacíos habían proliferado y florecido a su alrededor. Atento, él y cuantos tenía cerca, al mérito de las condecoraciones con que premiaban su voluntad, y con que se interpretaban sus virtudes, había acabado por creer que las conde

(3) Guzmán, Martín Luis: A orillas del Hudson (Ensayos y poemas, Crítica-polémica-varia), Librería Editorial Andrés Botos e hijo, México, pp. 48-49.

coraciones eran la realidad; realidad el aplauso que se las colocaba y se las admiraba en el pecho; realidad lo que de México decían quienes escamoteaban el poder para usarlo en provecho propio." (4)

En este fragmento de Academia, Martín Luis Guzmán reconstruyó sus recuerdos de cuando tenía diecinueve años y ya se involucraba con los sucesos nacionales.

Por su parte, de acuerdo con los rasgos acusados de su personalidad, Vasconcelos condenó la dictadura por motivos bien claros que resumió en los términos siguientes: "La administración de este déspota enseña a burlar el funcionamiento de las instituciones, nada prepara, nada crea, sólo aprovecha una prosperidad material obtenida a costa de un verdadero remate de las riquezas públicas. En este período, la cultura, como el capital y el poder se encuentran en reducidos grupos, se convierten en prenda de lujo: cosa de ejercer influencia sobre las masas. Lo poco que hay de valor en la época se explica por el impulso del período precedente." (5)

En Pasado inmediato, al ubicar la generación a la cual perte

(4) Guzmán, Martín Luis; Academia. Tradición, Independencia, Libertad, Colección: Ideas, Letra y Vida, Cía General de Ediciones S.A., México, 1959, pp. 33-34.

(5) Vasconcelos, José: "La Juventud Intelectual Mexicana..."

neía, Alfonso Reyes hizo un acucioso resumen del estado de cosas al celebrarse el Primer Centenario de la Independencia: "El antiguo régimen --o como alguna vez lo oí llamar con pintoresca palabra, el porfiriato-- venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que su naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente a esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba hasta sus oídos, tras el telón espeso de la prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos"⁽⁶⁾. Algunos ateneístas compartían estos

(6) Reyes, Alfonso: Pasado inmediato y otros ensayos. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica. Primera ed., México, 1941, p. 6

puntos de vista respecto al porfirismo y lo compartían debido principalmente a la opresión intelectual que implicaba. Vasconcelos, Guzmán, Fabela, Gómez Robelo asumieron la lucha armada.

Otros puntos de contacto los unían mejor. Habían pasado por la Preparatoria, con sus equivalentes en los Estados, que, creada con el modelo del Liceo Francés y con las ideas positivistas de Gabino Barreda, impuso un sistema estricto impartido por un profesorado empeñoso. Egresaban interesados por lo circundante y capaces de reducirlo a sus proporciones exactas. Vasconcelos en cierto modo reconocía una deuda con el positivismo al escribir: "Este aprendizaje laborioso, detallado del medio que nos rodea, en todas sus manifestaciones perceptibles generales, estaba coronado con el estudio de la lógica honrada y precisa del inglés Stuart Mill, que aplica a las almas procedimiento análogo al que el sabio emplea para estudiar sustancias químicas: el método de la inducción que va organizando el principio general, fuente en seguida de las deducciones particulares: un analizar y aclarar que no deja resquicio en donde pueda ocultarse la superstición, tal como lo soñara Comte."⁽⁷⁾

Martín Luis Guzmán dejó sus propios juicios: "La preparatoria de entonces, además, era la escuela superior del liberalismo mexicano, liberalismo allí humanístico y amante de cuanto trascendie

(7) Vasconcelos, José: "La Juventud Intelectual Mexicana...."

se a cultura. Sus intérpretes de aquella hora, a ejemplo del esclarecido Justo Sierra, mantenían puro como el agua al surgir bajo la roca el credo de los grandes reformadores de México, pero a la vez lograban que la propensión hacia todo pensar noble y generoso compensara en parte al menos, el rigor con que doctrinariamente vedaban la filosofía."⁽⁸⁾

Y Alfonso Reyes confirmó lo que sus compañeros de grupo sostenían: "El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretextada, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales, educado ya en el compendio y dueño de un microcosmos que, en pequeño, reflejaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcara la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle, son la verdadera universidad de nuestros días," ⁽⁹⁾ Pero unas líneas adelante señaló que los ateneístas ya no alcanzaron a los maestros eminentes todavía disfrutados por la generación anterior, o los alcanzaron en sus postrimerías seniles, de modo que la enseñanza se había vuelto pobre y algo automática. Se oxidaba el instrumental científico. La poesía se juzgaba como un compendio de normas re

(8) Guzmán, Martín Luis; "Apunte sobre una personalidad", Talleres Gráficos de la Nación, Segunda Edición, México, 1955, p. 23

(9) Reyes, Alfonso; Pasado inmediato..., p. 15

tóricas y poéticas y quien "quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ayuda efectiva de la Escuela." (10)

Salvo la carrera de abogado, ninguna otra presentaba cursos humanísticos, los cuales aparecieron en nuestro país hasta la segunda década del siglo. Como legistas, los aspirantes a escritores al menos podían ejercer su dominio de la palabra escrita y hablada. Según se constata por fuentes distintas, una buena parte del grupo dio su segundo paso académico al emprender el estudio de las leyes.

En las aulas se conocieron Alfonso Reyes y Julio Torri, quien había hecho la preparatoria en Saltillo, entre los años de 1903 y 1907 en el colegio Juan Antonio de la Fuente (hoy Ateneo Fuente) y llegado a la metrópoli en 1908. En una carta al propio Torri, enviada desde Río de Janeiro el 26 de mayo de 1933, Reyes consigna las circunstancias en que se realizó ese primer encuentro. "Te conocí escondido bajo una mesa de lectura, en la biblioteca de la Escuela de Derecho, cuando cursábamos el primer año y tú llegabas apenas de Torreón. Unos cuantos muchachos, todos paisanos tuyos, te asediaban y te lanzaban libros a la cabeza, porque acababas de aclararles, con un valor más fuerte que tú,

(10) Reyes, Alfonso: ob. cit., p. 15

que Vargas Vila era un escritor pésimo, si es que estas dos palabras pueden ponerse juntas. En ese momento entré yo. Tú apelaste a mi testimonio como un recurso desesperado, y esta digresión dramática te dió medio de escapar. Ya en la calle, me tomaste del brazo y me hablaste de aquel volumen de Rivadeneyra, creo que los Novelistas anteriores a Cervantes, recogidos por Buena-ventura Carlos Arribau. Desde entonces fuimos amigos."

Reyes se graduó el 12 de julio de 1913. Torri mereció su título el sábado 25 de octubre. Dos días después dirigió a su amigo -temporalmente radicado en Francia— una epístola en la que mencionaba a sus sinodales: "Sodi, Herrasti, Mateos, Alarcón y dos desconocidos más." Dejaba traslucir las discrepancias que existían entre él y Antonio Caso, y su natural, incipiente e implacable autocritica, al resumir el examen en estos términos: "Hubo mucha pendería, socialismo y abrazos a propósito del juicio verbal. Lo principal ha sido que me recibí ya, lo que yo mismo no creí, pues me había vuelto muy perezoso irremediablemente." (*)

¿Pendería de él? ¿De sus sinodales? ¿De esa pendería que acompaña a los jóvenes y de la que no estuvieron exentos los ateístas, lectores voraces desde niños conscientes de su precoz cultura? A los catorce años Martín Luis Guzmán editaba una hoja

(*) México, octubre de 1913.

quincenal, La Juventud. En sus fotografías infantiles Reyes aparecía con un libro en la mano; y a los siete u ocho años, Torri inauguraba su biblioteca en Torreón: folletones, novelas clásicas y de aventuras, Dumas y el Quijote que en ese momento y como era natural no lo conmovió.

Junto con Henríquez Ureña y Antonio Caso, Alfonso Reyes fue cabeza y maestro del Ateneo. Respetado y admirado por sus amigos desde temprano, (*) siguió actitudes vitales y literarias concordantes en todo con los postulados del grupo. Tuvo una colaboración mínima, pero colaboración al fin, en Savia Moderna. Escribió el ensayo Pasado inmediato, multicitado aquí y en numerosos textos, donde mejor quizá se analizan las causas e intenciones de la generación. En una célebre conferencia, (**) Vasconcelos citó a Reyes llamándolo Euforión: "Porque como el hijo de Fausto y de la belleza clásica era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma, Su adivinación de nuevos senderos de la estética, su intensa labor literaria, su dedicación exclusiva al ideal, podréis apreciarlos en libros, opiniones y artículos que no dejaré de citar a menudo si logro la dicha de hablar lar

(*) Recuérdese, por ejemplo, que Torri se valió de Reyes para darle peso a un juicio literario sobre Vargas Vila.

(**) La leyó en la Universidad de San Marcos, el día 26 de julio de 1916.

go con vosotros." (11)

A Torri, que luego fue su colaborador, lo definió en el mismo texto como "un humorista hondo y un extraño vidente", (12) Aunque sintético, el elogio no resulta parco si se toma en cuenta que sólo a los poetas les fue dado permanecer con los ojos abiertos en la noche. En cambio, otros ensayos sobre el mismo tema —pongamos por caso los de Vicente Lombardo Toledano y Henríquez Ureña— (*) mientras mencionan en primer término a don Alfonso, pasan por alto la personalidad un poco reticente de Julio Torri, a quien tocó un papel de segunda línea en el Ateneo, quizá porque mientras los demás destacaban como expositores brillantes, él rehúsa las conferencias debido a su premiosidad, a su tartamuedo insuperable. Es cierto que "En elogio al espíritu de contradicción" fue una breve y brillante conferencia, pero también lo es que incluso su discurso de entrada a la Academia Mexicana ~~pronunciado~~ ~~pronunciado~~ —pronunciado en su vejez— se le impuso como verdadero esfuerzo y no ejemplifica uno de sus mejores aciertos literarios.

Reyes leía, cotejaba, citaba, reunía libros en su biblioteca

(11) Vasconcelos, José; "El movimiento intelectual contemporáneo de México", tomado del periódico Baja California.

(12) Vasconcelos, José; ob. cit.

(*) En Las corrientes literarias de América hispánica, Henríquez Ureña menciona a Torri en las notas al capítulo VIII, pp. 266, 268.

que le serviría de capilla, y su obra y su prestigio trascendieron las fronteras nacionales. Torri leía, cotejaba, citaba. En su biblioteca reunía libros preciosos y se olvidaba de escribirlos, y la fama que consiguió en las primeras décadas del siglo ha desaparecido, aunque sus pequeños y maravillosos trabajos sigan resultando un deleite exquisito para quien se acerca a ellos con ánimo de emprender una lectura cuidadosa y seguir sus señales de vidente.

Ambos escritores cultivaron la ironía propia de sus conocidas influencias literarias y de la natural disposición de sus espíritus, a pesar de que un sentido del humor tan fino no sea —ya se ha dicho en numerosas ocasiones— nota característica de nuestros ingenios. Con distintos recursos, con miras diferentes, manejaban un español impecable. Dominar la sintaxis, la rebelde estructura de la frase, representó uno de sus objetivos pertinaces. Fueron hombres de letras que vivieron como tales. Constataron con su actitud cotidiana que en el ejercicio literario veían una profesión ardua, exigente, a la que se entregaban en cuerpo y alma. Si al final los volúmenes que escribió el primero apabullan tan sólo por su extensión y los del segundo no pasan de ser unos cuantos, esto no ^{hace presumir} ~~parece~~ que don Julio tomara su labor a la ligera sino que se acercaba a ella con temeroso respeto. La autocrítica lo persiguió toda su existencia, le impidió seguramente publicar muchos textos, y lo hizo olvidarse de muchos otros que nunca recogió en un libro. (*) Pulía, tomaba y retomaba cada frase, pesaba los adjetivos, buscaba fórmulas personales para usar-

los. Trabajaba únicamente temas a su entender novedosos y sometía cada línea a la severidad del tiempo, hasta que se atrevía a publicar. La parte esencial de su trabajo proviene de los años de diez, cuando todavía se mantenía cerca del Ateneo. No tomó parte en Savia Moderna pero sí en la revista Nosotros, donde con vergieron varias generaciones de escritores, junto con los ateneístas, y en la cual sacó a luz por primera vez "El mal actor de sus propias emociones", "El epígrafe", "La conquista de la luna" y "En elogio al espíritu de contradicción".(*) En 1917 - imprimió Ensayos y poemas. Luego mantuvo su acostumbrado silencio, roto tímidamente al publicar su prólogo a Romances viejos (de apenas diez cuartillas) y algunos textos aislados. (**)

(*) En una nota donde comenta el poemario de J. Núñez y Domínguez, Holocaustos, Torri alude a los artistas pródigos diciendo: "Mueren y algún amigo fiel, por encargo del editor, toma de donde encuentra y, sin una casualidad, la obra es lamentable" (La Nave, mayo de 1916), Condenaba así las compilaciones post^{umas}~~umas~~.

(**) Dirigida por Francisco González Guerrero y publicada por alumnos de la Escuela Normal Primaria para Maestros, la revista Nosotros apareció de 1912 a 1914.

(***) Los prólogos a las obras de Goethe y Andersen corresponden a 1916. Perrault, a 1917. Los dos primeros tienen dos cuartillas; el tercero, tres. Por su brevedad todos sucumben a la tentación de recomendar otras fuentes.

Hasta 1940 dio a prensas De fusilamientos, aunque muchas prosas ahí coleccionadas se redactaron casi treinta años antes.

Sin embargo de que la referencia ya está hecha, por su importancia, cabría abundar un poco en aquella lectura a coro del Banquete de Platón, Corría 1907, acababa de cerrarse la serie inicial de conferencias con las cuales los ateneístas popularizaron el género en México. Posteriormente quisieron impulsar los temas helénicos. Para ello, en el taller del arquitecto Acevedo se juntaron cinco o seis amigos que alternaron sus voces en una lectura que duró tres horas de la noche; pero la impresión estética permaneció. A manera de ejemplos tomados a la vuelta de la esquina, recordemos el vocabulario y las referencias helenistas en la obra de Henríquez Ureña, o numerosos trabajos de Alfonso Reyes. Recordemos la actitud crítica de la cual nace el dominio del método y el anhelo de aprender lo perfecto que caracterizaban al Ateneo,

Torri no asistió a esa lectura. La hizo en su nativa Coahuila; sin embargo, participó desde lejos en las actividades del grupo como en un sueño premonitorio y un poco inexplicable: "De doce a una concurría a la Biblioteca del Estado, breve pero bien surtida. Allí me inicié con Platón. Traducidos por Anacleto Longue y Molpeceres leí cinco diálogos: El convite, El Eutifrón, La apología de Sócrates, El Critón y El Fedón. (El libro se publicó, si mal no recuerdo, en Madrid el año 1880). Sus

Torri —según apunta Emmanuel Carballo con gran acierto— fue un descubridor de filones que abandonó para que otros los explotaran. Coincidió en algunas preocupaciones con Kafka y en ciertos sentidos prefiguró a Jorge Luis Borges y a Juan José Arreola. A mi juicio fue además uno de los iniciadores de la literatura fantástica en México y del poema en prosa.

Desde el principio, a sus veintiocho años, quizá antes, se le echaba en cara su infecundidad contrastante con la bibliografía de sus contemporáneos ilustres. En 1917, Antonio Caso quiso vulnerar ese talón de Aquiles y publicó un artículo: "De la marmita al cuenta gotas", estableciendo contrapunto entre la obra prolífica de célebres autores del pasado, con la parquedad a la moda del momento. Calificó a los primeros como escritores de marmita; a los pocos, de cuenta gotas. En un caso citó a José María Heredia, a Guillermo Prieto, a Ignacio Manuel Altamirano, a Vicente Riva Palacio y se mostró su partidario. Para ejemplificar a los otros omitió cualquier nombre, ~~Alcarriz~~ dijo: "El cuenta gotas es aristocrático, reticente, parco como una confesión estricta o tácita, como entendimiento desconfiado, como un poeta perfecto del novísimo barco, como un aprendiz de ensayista, lector asiduo de Walter Pater y Robert Louis Stevenson."⁽¹⁴⁾

(14) Caso, Antonio: "De la marmita al cuenta gotas", El Universal Ilustrado. Año I., núm. 29. México, 23 de noviembre de 1917.

A Torri le venía el saco y se lo puso. Entre ambos se cocinaban ciertas desavenencias. En la carta donde hablaba de su examen profesional añadió estas líneas: "Caso no fue a causa, según sospecho, de alguna aventura de las muchas en que anda metido hasta el pescuezo." (*) En otra, fechada el 14 de enero de 1914, acusó: "... la escuela de Altos Estudios está a punto de caer en manos de Erasmo debido a la debilidad de Antonio," (**). En carta del 9 de febrero, al comentar el ensayo titulado "Nosotros" (que Reyes tomó como punto de partida para su Pasado inmediato), (***) dijo: "A Caso lo elogias muy ambiguamente, muy inteligentemente". Entresacadas, las referencias son tan sutiles como la personalidad misma de don Julio; pero demuestran la pugna literaria que expondría después en una entrevista: "Yo escribí 'La oposición del temperamento oratorio y el artístico' en contra suya, Antonio, le diré, emitía opiniones contradictorias en corto tiempo. El texto le molestó. Escribió dos artículos muy graciosos contra mí en El Universal. Me llamaba 'el cuentagotas'. De tiempo atrás, tenía una mala impresión mía. Juzgaba que era, junto con Jesús T. Acevedo, un juerguista. Tomábamos ~~decía~~ un poco de filosofía en su casa y nos íbamos a divertir en malos barrios. En mí

(*) México, 27 de octubre de 1913.

(**) Se refiere a Erasmo Castellanos Quinto.

(***) "Nosotros" apareció en Revista de América

próximo libro, si llega a aparecer, dedico varios textos —poemas— a la juventud de aquella hora. ¡Ya verás! Los salones de baile —a los que se refería Caso— se hallaban en casas elegantes y equívocas. En ellos —afirmaba Acevedo— los jóvenes se curaban de la timidez y adquirían buenas maneras. La sociedad mexicana de entonces era muy cerrada. No había que despreciar ninguna ocasión de intimar con la mujer, la cual, en cualquier situación que la coloque la vida, es la misma redonda maravilla." (15)

Sin duda "La oposición del temperamento oratorio y el artístico" constituye un ensayo terriblemente sangriento contra Caso. Lo tacha de intrascendente, de efectista, de incapaz de sentir verdadera devoción literaria, de acometer lecturas buscando buenas frases que le servirían de citas; sin embargo, en 1920 publicó en México Moderno un artículo elogioso en torno a Caso, y luego, el tiempo todo lo borra y de viejos los hombres sensatos se tornan más comprensivos y humildes. En su discurso académico, Torri restañó antiguos agravios al destacar las importantes colaboraciones de su compañero ateneísta en la Revista Moderna. (*)

El libro sobre su juventud no apareció nunca. Tampoco apare-

(15) Carballo, Emmanuel: 19 protagonistas de la literatura..., p. 145.

(*) Gracias a su talento, al criticarse mutuamente, no falseaban la verdad. Tal vez la agudizaban.

cieron otros proyectos de los que hablaba. Torri no perdió ^{su} ~~su~~ timidez algo enfermiza. Adquirió modales refinados, si acaso antes no los tenía. Y al comentar las razones por las cuales se le criticaba, aludió a las inquietudes eróticas que, según Alfonso Reyes, eran causa de que escribiera poco: "Ya apenas salía de la infancia Julio Torri, graciosamente diabólico, duende que apagaba las luces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir las 'cosas de la vida', como suele decirse, la tiranía de aquel 'amo furioso y brutal' que tanto nos hace padecer." (16) El propio Torri le dictó la idea con una confianza: "...yo también he tenido mi espíritu esclavizado por la carne y por esto no escribo más, aunque no dejo de hacerlo siempre."(*)

(16) Reyes, Alfonso: Pasado inmediato, pp. 43-44.

(*)Seguramente escribió numerosos textos que nunca entregó a la imprenta, insatisfecho con los resultados finales. Esto se confirma tanto en su correspondencia como en las escasas entrevistas periodísticas que concedió. Un ejemplo concreto está en la carta del año 1923 intitulada: "Epístola del mur de Monferrado al mur de Guadalajara", afirma que acababa de terminar diez o doce pequeñas cosas. Historietas con fondo mexicano remoto y sucesos curiosos, que hacen pensar en la corriente donde está inscrito Mariano Silva y Aceves.

Reyes, depositario de confidencias epistolares, acertó en parte con su explicación; sin embargo, los motivos para apegarse al silencio parecen más literarios y, por tanto, ~~literarios~~ ^{misteriosos}. Al elogiar la fecundidad de su amigo, Torri dejó frases desoladas como: "Cada vez escribo peor" o "mi libro te alcanzará uno de estos días. Es libro de pedacería, casi de cascajo. No puedo hacer nada de longue haleine."(*) A veces se divertía. Redactó un malicioso poema de treinta y seis versos titulado "Lamentación" donde se burlaba de sí mismo y de sus compañeros, rematando con este comentario en prosa: "Escribo a todo propósito, como Goethe, y con tan buena salud y humor como él; aunque las gentes encargadas de poner tablas y lisas todas las cosas a fin de que las entiendan los hijos de los vidrieros, me podrá tan lejos de él como está Francfort de Saltillo." (**) Y como si no le resultara suficiente sarcasmo, continuó ejercitando su humor negro, herencia de sus ancestros italianos. Sobre su devoción por los epígrafes, tan inquietante para los críticos, hizo observaciones particulares. Así esclarecía de pasada una influencia decisiva y uno de los métodos empleados al elaborar su literatura: "Yo trabajo ahora géneros de esterilidad, como poemas en prosa, etc."

Pronto te mandaré algunas composiciones. Las escribo de la siguiente

(*) México, 13 de diciembre de 1916.

(**) México, sin fecha.

te manera: Tomo un buen epígrafe de mi rica colección, lo estampo en el papel, y a continuación escribo lo que me parece, casi siempre un desarrollo musical del epígrafe mismo. Es como si antes de comprar un vestido, adquirieras el clavo del que lo has de colgar. En esta imagen aparece un poco absurdo mi procedimiento, pero tú descubrirás que no lo es. Le Gaspard de la Nuit me quita demasiado el sueño." (*) De veintidós textos que integran Ensayos y poemas, trece llevan epígrafe, y a base de citas definitivas se estructuran muchos de sus artículos y notas críticas posteriores. Era un modo de rendirles homenaje, sin traicionarlos, a sus autores amados: Shakespeare, Shaw, Baudelaire, Rimbaud, Arcipreste de Hita, Kenneth Grahame, etcétera.

Con "El descubridor" necesitó once líneas escasas para explicar el por/qué de su parquedad y el ~~proceso~~ ^{manera} como sobrellevaba la tarea "más artificiosa y difícil que existe". (17) Nuevamente descubrió su natural repugnancia por el temperamento oratorio, su voluntad de limpiar de polvo y paja cada texto, su actitud aristocrática al abrir caminos para que otros los transitaran: "¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta coleccionar la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola; sino que

(*) México, enero de 1914.

(17) Torri, Julio; Prólogo a Crónicas de Luis G. Urbina. Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 70. UNAM, México, 1950.

se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas!" (18)

Como los perfumes búlgaros que para destilar cada onza requieren miles de hojas de rosas, cada pequeña prosa de Tres libros fue concebida después de un largo cavilar sobre un hallazgo. Torri no perseguía sus temas, dejaba que los temas llegaran a él. Ahí radica en parte la depuración del estilo, la brevedad de su obra, la claridad con que expresa ideas originales. Ahí se explica que hubiera llevado a buen fin un libro que, además de excelente en su género, fuera de grandes dimensiones: La literatura española, que el Fondo de Cultura Económica publicó entre sus Breviarios. Resultado de múltiples lecturas y reflexiones personales, consecuente con una tarea docente continuada, la estructuró a su manera, uniéndole una serie de agudas notas y de raras noticias sobre autores y libros, y según los fines iniciales de la colección donde lo insertó. En sus escuetos comentarios constataba sus propias simpatías y preferencias.

Los ateneístas se impusieron una labor magisterial que conmoviera al país. Henríquez Ureña sostenía la idea de que no bastaba vivir para la educación sino que se debía sufrir por ese empeño.

(18) Torri, Julio: De fusilamientos. La Caga de España en México. México, 1940, p. 29.

Justo Sierra fundó la nueva Universidad y, con ella, la Escuela de Altos Estudios antecedente de la actual Facultad de Filosofía y Letras. En su notable discurso de inauguración aceptó dejarla propiamente en manos del Ateneo. Se implantó cátedra de filosofía gracias al interés que despertó la figura de Antonio Caso. Se creó la Universidad Popular con el lema: "La ciencia protege la patria", pretendiendo solucionar el problema de la incultura nacional, causa de nuestras mayores tristezas. (*) Y se promovió otro ciclo de conferencias, organizado por el librero Francisco Gamoneda, en que intervinieron el ya citado Henríquez Ureña, Luis G. Urbina, Manuel M. Ponce, Federico Gamboa y Jesús T. Acevedo.

Como otros componentes de su generación, Alfonso Reyes y Julio Torri realizaron ^{su} ~~una~~ labor dentro y fuera del aula. El primero se convirtió en maestro de escritores. Durante su vida entera, el segundo acudió puntualmente a sus clases en diversas instituciones, a pesar de que a veces se lamentaba de que sus mismos discípulos sintieran que el magisterio se le volvía una rutina fastidiosa, cumplida como medio honrado de ganarse la vida. Cumplida también para no morir de tedio,

En carta de 1914, hablaba de su iniciación, de sus primeras impresiones. Gracioso, con su falta de solemnidad característica

(*) La Universidad Popular funcionaba en los altos del Teatro Díaz de León, en el jardín del Carmen en la ciudad de México.

y apoyado en una prosa fácil, acumuló líneas, integró un retrato suyo y describió una escena que con ligeras variantes representó por años, sin modificar un ápice la lista de lecturas que recomendaba en clase ni abandonar la parte del protagonista principal: "Soy profesor, desde hace un mes, en la Preparatoria. Ya he recibido el bautismo de sangre (perdonal o sea el primer gisazo. Urbina y Pedro creen que soy buen profesor. (Yo también). Tengo cuarenta discípulos, y en materia de todas las cosas están en blanco. De luchar porque aprendan que el castellano no proviene del latín clásico, ni el alejandrino del francés (tesis anti-española: 'como si nuestros padres de la Edad Media hasta para respirar hubiesen necesitado licencia de los franceses.' D. Marcelino, etc.) he adquirido un horrible énfasis, y he perdido, tal vez para siempre, el dominio de mi tono medio. (No más balbuceos, ni conversaciones particulares.)

¿Mi opinión sobre mis discípulos? Preferiría dártela sobre el pizarrón o los bancos y demás objetos. A causa de ser deliciosamente confuso en mis explicaciones, y envidiablemente desordenado (¡oh manes de Ruskin y D. Marcelino!), los cuarenta niños no aprenden nada. No importa. Una generación en México ignorará si el poema de Yucuf fue escrito en Toledo o en el Bajo Aragón. Yo me inclino por la tesis de Toledo." (*) Y en párrafo posterior añadió una advertencia del peligro acechante: "Mi cátedra me se

(*) México, marzo de 1914

rá funesta. Tal vez más seriamente que a mis alumnos. Cuando regreses tu hermano el diablo estará enterrado en un Tepeyac imaginario pero real y sólo encontrarás a un sujeto que se acordará de todas tus conversaciones con el difunto". (*)

Contradictoriamente, aclaró su sentir recóndito en una pequeña prosa titulada "El maestro", se afilió a los preceptos ateneístas reconociendo al guía que ofrece a la especie un duro sacrificio cuando la mariposa divina pierde sus alas, y el artista se torna maestro de jóvenes; además sin invalidar los conceptos anteriores, "Meditaciones críticas" incluyen un párrafo que explica la técnica y los objetivos que él mismo seguía exitosamente en sus clases: "El profesor de literatura no debe comunicar solamente nociones generales ni aturdir a los estudiantes con fechas y títulos, sino crear en ellos el hábito de la buena lectura y suministrarles una somera guía en la selvática espesura de los libros. No es desiderátum echar al mundo poetas, por grave falta que nos hagan los Buenos y por mucho que lo exija la austera tradición de ayer, de los Nervos y Díaz Mirones, y de anteayer con los Cuencas y Altamiranos. El objetivo a mi ver es el de crear hombres cultos, una aristocracia del espíritu, que los Buenos escritores nos vendrán por añadidura", (19)

Es un hecho reconocido que los ateneístas se interesaron por lo

(*) México, marzo de 1914.

(19) Torri, Julio: Tres libros, p. 119

mexicano y por lo latinoamericano. Al respecto, Torri apuntó un párrafo en el que pocos críticos han reparado: "Hay muchas suertes de mexicanismo: el de pulque y enchiladas; el de jícara y sarape; el mexicanismo de turistas; el de semitas recientemente nacionalizados; el mexicanismo que por auténtico no descubren los extranjeros ni emplea el énfasis de las falsificaciones (el de Fernández de Lizardi, etcétera)". (20)

"Fantasías mexicanas", "El raptor", "El abuelo", "Vieja estampa", "De fusilamientos", "La Gloriosa", "El celoso", "La feria", "La cocinera", "Noche mexicana", "La ingrata", "Gloria mundi", y algunos apuntes dispersos, indican que en las raíces nacionales encontró materia prima para una parte medular de su producción literaria.

Aunque el período activo del Ateneo abarcó sólo de 1909 a 1914, antes y después de ese lapso, los asistentes a las juntas experimentaban la sensación de presenciar actos de singular trascendencia. Ellos mismos se encargaban de dársela al recordar las noches "dedicadas al genio" caminando por la colonia Santa María, o reuniéndose en la biblioteca de Antonio Caso presidida por un busto de Goethe del que colgaban sombrero y gabán; pero como buenos cosmopolitas, fueron también y paradójicamente extranjeros en su patria. Lo comprueban sus obras destinadas a las minorías refinadas. Lo confirman muchas de sus actitudes personales. Torri, por ejemplo, re-

(20) Torri, julio; ob. cit., p. 119.

conocía su reacción negativa hacia el ambiente reinante y, entre sus múltiples anécdotas, contaba que durante la Revolución, Mariano Silva quiso emigrar rumbo a Canadá o Alaska para evitarse calamidades; pero cambió de idea ante la perspectiva de soportar unos fríos tremendos. "El testimonio de Juan Peña" completa el cuadro,⁽²¹⁾ Alfonso Reyes lo escribió en Madrid, en 1923, motivado por una carta de Torre que reconstruía una maldad juvenil y empezaba así: "¿Te acuerdas de Juan Peña, un vagabundo que lloriqueaba y nos besaba las manos por las calles de Topilejo, en época distante de que vivo siempre saudoso?"^(*) En 1908, cuando estaba recién desempacado de su provincia, estaba también dispuesto a desempeñar un papel en una farsa para la cual hacía la voz meliflua, secundado por Mariano Silva que pronunciaba las palabras con timbre campanudo y utilizaba giros arcaicos, en tanto Reyes pasaba por un importante funcionario gubernamental. En los primeros años de su carrera, los tres aspirantes a abogados se burlaban de una comunidad que buscaba socorro contra las arbitrariedades de un cacique. Para disculparse, presumían que la comunidad a su vez se burlaba de ellos. La verdad era que no podían sentirse compatriotas de unos indios analfabetos, descalzos, con piel quemada y ojos que acusaban un cansancio legendario.

(21) Reyes, Alfonso: Quince presencias, Colección Literaria Obregón, México, 1955, pp. 53-66.

(*) México, octubre de 1923. (En realidad, noviembre).

Los ateneístas pertenecían a una clase media ilustrada y privilegiada que vivía en su esfera de cristal. Su mundo era el mundo de los libros. Entendían la transformación social sólo al través de la reforma educativa. "Su propósito fue sacar al país del siglo XIX tanto filosófica como artísticamente", (22) Se ha dicho con fortuna que Vasconcelos quería reconstruir el mundo, Caso completarlo, Henríquez Ureña explicarlo y Alfonso Reyes iluminarlo. Torri, aficionado a los héroes anónimos preocupados por decidirse a triunfar o a permanecer silenciosos, aceptó un papel menos brillante. Respetaba el Ateneo, lo definía como "algo inexplicable en la historia de Anáhuac", pero ello no le impidió juzgar sin tapujos a cada uno de sus componentes ni levantar cada vez que pudo la capa que la leyenda - tiende para modificar tanto los hechos como a las personas. Sin mayores miramientos dijo que Gómez Robelo jamás conoció verdaderamente ni tradujo la poesía de Elizabeth Barrett Browning, (*) y calificó, por ejemplo, a Francisco Gamoneda y a su conyugé como un par de burdos sujetos capaces de horrorizar a Valle-Arizpe. Dijo muchas otras cosas por el estilo y, sin embargo, estas sonrisas no impedían que

(22) Brushwood, J.S.: México en su novela, Breviarios. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pp. 322-323.

(*) "Y Gómez Robelo no conoce sino un solo soneto de Elizabeth Barrett Browning." Carta de Torri a Reyes, México, 9 de febrero de 1914.

guardara hacia el Ateneo un afecto que nada borró, ni las francachelas, ni la casa comprada con ayuda de Pensiones, ni su firme voluntad de ser tenorio de feas hasta que le aguantara el cuerpo.

UN EPISTOLARIO CELEBRE

En la Capilla Alfonsina existe un epistolario que comienza el 19 de febrero de 1910 y, con largas intermitencias, se prolonga hasta el 28 de mayo de 1959, meses antes de que muriera uno de los corresponsales. Incluye recados, tarjetas de visita, tarjetas postales, cartas extensas o breves. Se extiende a lo largo de cuarenta y nueve años con envíos desde la ciudad de México y desde otras ciudades como París, Madrid, Buenos Aires, Austin, Río de Janeiro, Roma. De una fecha a otra, Julio Torri y Alfonso Reyes sufrieron cambios profundos de personalidad y paulatinamente modificaron el color del cristal con que miraban la vida.

José Vasconcelos sostenía que para Julio Torri hablar de sí mismo "era una congoja y un acto digno de figurar en los manuales de malas costumbres";⁽¹⁾ pero según advierto - tras numerosas pesquisas- es en estas cartas suyas, con una mecanografía defectuosa, o con una letra que se modifica y hacia la vejez se torna ininteligible, donde dejó el mejor trazo para que biógrafos y estudiosos vislumbraran los rincones de su espíritu extraño y añadieran rasgos a su retrato. Torri definió el estilo que empleaba como de linterna mágica; es decir, párrafos sobre cosas diversas que no siempre hilan entre sí, sin comentar que los

(1) Carballo, Emmanuel: 19 protagonistas..., p. 14.

sazonaba con su ironía certera, con su capacidad para la observación, con el deseo de mantenerse veraz, despreocupado de que sus confesiones fueran leídas por terceras personas o conocieran la luz pública ~~en el mundo~~.

Reyes inició el diálogo instigado por su incipiente y luego tenaz empeño de conseguir manuscritos entre sus amigos. (*) Presuroso, Torri contestó redactando tres primeras cartas desde Torreón, Coahuila, en hojas cuyo membrete reza: "Comisiones y representaciones. Clave en uso A.B.C. 5a. edición. Calle J. A. de la Fuente 13", que daba las señas del membrete de su padre. Durante unas vacaciones escolares, a los veintiún años, se dirigía al amigo de la misma edad con el título de don y el tratamiento de usted. Después diría en otra carta: "¡Llor eterno al año de 89 en que tú y yo éramos tan absurdos! ¡Tan absurdos que nacimos ese mismo año!" (**)

(*) Se ha estudiado la correspondencia entre Alfonso Reyes y otros escritores como Borges, Valery, Rimbaud, Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset, Amado Alonso, Juan Ramón Jiménez, Vasconcelos, etcétera.

(**) Alfonso Reyes nació en Monterrey, N.L., el 17 de mayo de 1889. Murió en México, D.F., el 27 de diciembre de 1959. Julio Torri nació en Saltillo, Coahuila, el 27 de junio de 1889. Murió en México, el 11 de mayo de 1970. "Diálogo de los libros", el primer trabajo de Torri como escritor profesional, apareció en El Mundo Ilustrado, está dedicado a don Alfonso Reyes, al poco tiempo de que se inició este epistolario.

A partir de el primer contacto, Torri estableció tono de afectuosa pleitesía, de hermano menor, de discípulo a maestro, que conservó largo tiempo. Al principio quiso explicarlo con estos términos: "En mi afecto para Ud. siempre ha habido sus puntos de respeto religioso (no sería Ud.) nunca he podido tratarle de amigo a amigo; delante de Ud. me sentía cohibido, desazonado, no sé cómo decirlo; y cuando quedaba solo me daba mucha tristeza mi poquedad y mi afectación involuntaria, algo innatural en mí que nunca pude vencer estando Ud. delante, y que me venía de una especie de incomodidad espiritual; en fin Ud. que es tan sabio en estas cosas puede desenredarme esta serpiente. Cuenta Heine que cuando vió por primera vez a Goethe, a pesar de que imaginaba decirle cosas sublimes, no pudo hablarle sino de las sabrosas que eran las ciruelas de los árboles que crecen entre Jena y Weimar y yo nunca he podido tampoco hablar con Ud. más que de cosas de poca cuenta, Ud. me entienda."(*)

A lo largo de los años en que la correspondencia estuvo realmente viva, Torri manifestó ese mismo cariño espontáneo hacia Alfonso Reyes y una admiración auténtica por sus dotes literarias, aunque en sus respectivas obras se dedicaron mutuamente poco espacio. En la Revista de América (París, 1913) Reyes escri

(*) Torreón, Coahuila, abril de 1910.

bió un artículo. Luego lo reprodujo en México titulándolo "Nosotros". Analizó a su generación y dijo: "Y el cuento se hace crítico, burlesco y extravagante,... Como en Julio Torri, nuestro hermano el diablo, un poseído del demonio de la catástrofe que siente el anhelo del duende por apagar las luces en los salones y derribar la mesa en los festines: un humorista funesto, inhumano, un estilista castizo y un raro sujeto en lo personal. El ensayo, verdadera forma del pensamiento contemporáneo, es el arma constante de los jóvenes mexicanos. El material mismo de la literatura se altera: su lengua se hace más rica y noble, se aleja con horror de los atropellos oratorios y de los adornos artificiales yuxtapuestos."⁽²⁾

Los comentarios de Reyes sobre Torri partieron siempre de ese comentario inicial: "Humorista que procede de Wilde y Heine y que promete ser uno de los primeros de América."⁽³⁾ "Julio Torri intenso humorista- fingía fuegos de artificio con las llamas de la catástrofe"⁽⁴⁾ "...el desconcertante humorista. Gracias sean dadas a ese amigo tan exigente; gracias a esa pobreza tan fecunda."⁽⁵⁾

(2) Se reproduce en Nosotros (Revista dirigida por Francisco González Guerrero, Marzo de 1914, pp. 216-221).

(3) Reyes, Alfonso: Obras completas, T. IV, F.C.E., México, 1956 pp. 304-305.

(4) Reyes, Alfonso: Obras completas, T. VII, F.C.E., México, 1958, p. 465.

(5) Reyes, Alfonso: ob. cit., p. 472.

No modificó mucho sus juicios ni en la solapa redactada veintitantos años después para De fusilamientos, primera edición. Insistía sobre la obra breve y la gracia de su amigo, a quien con razón consideraba uno de los mejores prosistas del país. En "El testimonio de Juan Peña", ya citado, lo describe y recuerda amablemente. Torri conoció el relato hasta 1931. Una de sus cartas contiene la referencia: "Tu Juan Peña es precioso. ¡Como sabes sacar partido de cualquier cosa y hacerla interesante y bella!" (*) Desde su embajada de Brasil, Reyes lo había recordado poco antes: "Haces mal en tenerme tan olvidado. A no ser por Xavierito Icaza, ni siquiera sabría yo si te llegó Juan Peña. De tu vida sólo sé lo que los demás me quieren contar. Los demás nunca entienden; lo tengo muy experimentado. Además, los demás..." (**)

En 1947, Reyes publicó en el suplemento de El Nacional parte de su "Charla en sonetos". El penúltimo invoca a Julio, quien lo agradeció con recado escrito en una tarjeta de visita. Tampoco él escribió demasiado sobre Reyes. En Revista de revistas (16 de julio de 1911) sacó el primer artículo importante que analiza Cuestiones estéticas; aludió a su amigo en varias colaboraciones que hasta hace poco se mantenían dispersas; en La literatura es-

(*) México, julio de 1931.

(**) Río de Janeiro, abril de 1931.

pañola introdujo cuatro menciones y en "Notas" un enfoque cardinal: "Alfonso Reyes nos ofrece un ejemplo de entrega total a su vocación, desde la adolescencia hasta su muerte. Estudiar con perseverancia tenaz; escribir, mostrar a los demás cómo superarse en el cultivo de las buenas letras; divulgar en el extranjero lo valioso de nuestra literatura y de nuestra historia; estos fueron sin duda los objetivos que dirigieron su vida, la misión espiritual que realizó en sus años de aprendizaje y en los de madurez."⁽⁶⁾ Torri, descubridor de temas innovadores, aprovechó un elogio para esconder una crítica: "Sus impresiones directas de las cosas despiertan resonancias de sus amplias lecturas. Fue un escritor libresco, sin que esta palabra implique nada peyorativo o censurable. Toda idea trae en él el recuerdo de otras semejantes que halló en sus autores predilectos, que son legión."⁽⁷⁾

Una carta de 1920, adelantaba que no reseñaría otros libros de Reyes por estar demasiado cercano al autor. Sus "Notas" demuestran que tal cercanía no se limitaba al trato amigable. Iba hasta la lectura de una obra extensa. Todos esos nexos lo llevaron a confiarse: el epistolario descubre un temperamento ensimismado y cierta tendencia medio paranoica a sentirse perseguido.

(6) Torri, Julio: Tres libros, "Notas sobre Alfonso Reyes", F.C. E., México, 1964, p. 162.

(7) Torri, Julio: ob. cit. p. 166.

Muchas veces se quejaba de sus amigos, de su suerte, de injusticias cometidas contra él. Muchas otras se permitía chismes y mezquindades; sin embargo, expresaba sus pequeñas miserias con temperancia y pundonor y sin perder su habitual tono medio. Ello no impedía que ocasionalmente descubriera su desesperación: "Estoy muy triste, cada vez más solo desde que nos dejaste. Nunca nos vemos ya. Pedro cada día más exigente con uno, tratando de imponerle mil obligaciones incómodas y gratuitas, sin ningún miramiento para mi pereza tan literaria y tan estimable. Martín, tú lo conoces mejor que nadie. Caso, fuyant, enamorado y de intimidad muy difícil para mí. Sólo Chucho y Mariano Silva, el cuarto militar y mi familia. Añádele tres calles, una máquina de escribir, un gran deseo de viajar y de cambiar de nombre, de sexo y de todo, y me tendrás entero."(*)

Sus amigos se empeñaban en labrarse destinos brillantes. Torri- que quizá para quienes lo veían entonces aspiraba a la felicidad o a la fortuna- en lo recóndito y hacia los veintitantos años conocía tormentos de solitario. Estos tormentos lo acompañaron siempre aunque sufrió las verdaderas, infernales, consecuencias hasta la vejez. Ya en 1913 mostraba una cara que mantendría con ligeros cambios, su dolorosa esterilidad, su tendencia a vivir aislado sin leer siquiera los periódicos.(**) A pausas, enjuicia

(*) México, octubre de 1913,

(**) Carlos Díaz Dufoo (hijo) escribió este epigrama: "¿Habeis leído un periódico sin sentir el horror a la multitud?"

ba a los amigos, los describía a la luz de sus propios estados de ánimo. Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Genaro Estrada, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, son nombrados de continuo por un contemporáneo con quien mantuvieron viejas rencillas o lazos afectuosos.

Ello no obstante, las cartas primeras transparentan un optimismo juvenil que la vida fue domando y un interés por la carrera de abogado de la que abominaría luego: "Estudio con tesón lo relativo a sucesiones y creo, y aún más, estoy firmemente convencido, que en esto y en otras cosillas más, no va haber nadie que se me ponga delante" (*). Traducía (en apariencia por el mero placer) el Compendio de Historia Sagrada que trae Raimundo Miguel, y había escrito uno de sus textos que nunca vieron letras de molde. ¿Se quedaron perdidos en los cajones? ¿Los destruyó? Éste lo resume así: "Fíjese que en un mundo que no es el de los vivos, pues hablan la honrada Celestina, don Quijote, el buen Sancho, la sobrina de Quijano y otras muchas gentes que es fama murieron hace muchos años; ni el de los muertos, pues salimos también yo y una criada mía. Se charla ridículamente; poco a poco se encienden los ánimos de las mujeres boquirrotas (que lo son todas las de mi cuento) y llegan a las manos; Ud. ya sabe qué curiosas son las

(*) Torreón, Coahuila, febrero de 1910.

riñas de mujeres: don Quijote recibe y aprovecha una "bofetá perdía" y monta en cólera y la emprende a puñada límpia contra el grupo, pero como las mujeres están para subírsele a las barbas, se asoma a una ventana que no sé para dónde mira, y llama a Pentapolín del arremangado brazo, Caraculíambro de la fosca vista y demás jayanes: éstos, admírese, entran por la ventana y causan grandísimo miedo en el corazón de mi símplice criada; por lo cual yo abro un odre que he traído durante todo lo anterior, y con ruidos extraños sale de él el sabio Frestón, cuya especialidad es robarse cuartos y estancias; y se lleva la nuestra, con mujeres, jayanes y demás gente, yo inclusive. Termina mi obra y yo pido el sol,"(*)

Si estimamos que el comentado texto no se publicó debido seguramente a una saludable autocensura, pensaríamos que se trata de un engendro abortado durante el lento aprendizaje de un escritor; sin embargo el resumen expuesto mantiene algún parentesco con los primeros cuentos de Torri, como "La desventura de Lucio el perro".(**) Comparte recursos distintivos: su erudición, su fantasía de fórmula eficaz al entrelazarse con lo cotidiano, inscribiéndose en lo real maravilloso de frutos espléndidos en la literatura latinoamericana; su preocupación por las criadas, que dieron a Torri infinitos dolores de cabeza y que suelen colarse

(*) Torreón, Coahuila, marzo de 1910.

(**) Dedicado a Enrique González Martínez, la revista Argos lo editó en su número 2, el 13 de enero de 1912.

en sus prosas: su particular manera de adjetivar aplicando calificativos negativos a sustantivos y personajes positivos, o viceversa, como cuando menciona a la "honrada Celestina".

La misma carta adjunta una posdata en letra manuscrita. Habla del disgusto que causó en su padre al presentarle sus bajas calificaciones. Pide ayuda para conseguir empleo con un tal Milanés por algo más de treinta pesos. Ese sueldo le permitiría costearse el sustento. Su padre le había reprochado que mirara con mayor detenimiento los clásicos castellanos que los libros de texto. Habló de retirar cualquier ayuda y, como respuesta y con su dignidad acostumbrada, Torri tomó medidas para comprar su libertad.

En sus epístolas recordaba a los escritores de quienes se sentía deudor: Heine, Góngora; españoles como Baltazar de Alcázar o franceses como Southier que no ocupan una primera fila en el contexto universal. Sus lecturas se esclarecen con las listas de libros que pagaba en abonos bimensuales (bastante cómodos) a Le Vasseur: Jules Renard, Mallarmé, Paul Claudel, Stendhal, C. Mouclair, Tristan Corbière, Albert Samain, André Gide, Georges Rodenbach, Gustave Khan, Anatole France. En ellos encontraba amigos incapaces de defraudarlo. No importaba que ocasionalmente se tratara de casi desconocidos como Mahomet Abu Mansour, empeñado en principiar sus poesías por el elogio del caballo. Sobre muchos recogía datos excepcionales que incluyó en su breviario La literatura española, y que revelan su propio instinto de bibliófilo. Otras veces acotaba las impresiones de los libros que lo

entretendían por el momento: "Acabo de leer por ejemplo Almayer's Folly de Joseph Conrad que escribe maravillosamente la exuberante naturaleza de Oceanía y el rompimiento y decaer de una vida de hombre. Actualmente estoy leyendo cuanto pueda encontrar de Gérard de Nerval, un autor con el cual me iría desde luego a cualquier isla solitaria. Su afición de Heine, Dickens y Poe, su semejanza con Sterne en sus relatos de viaje, etc., me ganan completamente la voluntad."(*)

Temperamento ciclótico, exteriorizaba sentimientos oscilantes. Dejaba que los días se tiñeran con el color gris de la tristeza o abría postigos para que entrara el aire limpio. Siempre se conservaba auténtico. Como contraste, Reyes cuidaba la formalidad. Y al sopesar ambas actitudes, la balanza se inclinaba en favor de Torri quien convertía sus envíos en relatos vivos, aderezados con observaciones agudas y lúcidas. Sobre los ateneístas explicó de pronto: "Oí decir en sueños anoche a Rafael López, en el naufragio de nuestro grupo, todos nos hemos salvado en tablas distintas."(**) Y la imagen impresionó a su interlocutor que la reprodujo en Pasado inmediato. (***)

(*) México, octubre de 1919.

(**) México, diciembre de 1913.

(***) También Rafael López estuvo ligado con los ateneístas; incluso dedicó su libro Con los ojos abiertos (1912) a Henríquez Ureña.

Sabio no solamente para aprovechar lo que sus múltiples lecturas le sugerían sino para transformar su propia experiencia en buena literatura, sabio en todas las materias, Reyes describía a Torri con pincel excelente: "Tu carta trae una frase dulce como un caramelo disuelto en el resplandor de la luna, y que yo adivino murmurada en secreto con aquella voz temblorosa con que haces tú tus confesiones y que tanto te asemeja a las mujeres cuando lo van a dar." Su habilidad descriptiva no cubre el timbre de superioridad que enarboló a lo largo de muchos acontecimientos. Podía vivir de y para la literatura y esto de algún modo lo predisponía, le daba una curiosa superioridad: "Quizá no me entiendas porque no has leído a Sandyz, ni a Egger", o "es posible que no me entiendas, como que no conoces la Gioconda", o "esto no lo comprendéis vosotros, los demasiado jóvenes", "Permíteme, con el desinterés de la distancia, decirte que no te esfuerces por dar por acabado un trabajo, mientras no hayas puesto en él alguna idea importante y tuya." (*) Humildemente, Torri contestaba aludiendo a sus empeños por estar al tanto de las novedades editoriales, para no parecer demasiado anticuado ante su amigo. En otro párrafo pidió disculpas. Sus juicios sobre "Nosotros" habían disgustado a Reyes. Prometió no comentar El suicida sin antes discutir los puntos del artículo. (**) Finalmente, cansado

(*) Todas estas citas proceden de una carta fechada en París, marzo de 1914.

(**) México, julio de 1917.

de tan curiosa relación, reprochó: "Tienes conmigo a veces la so-
carronería de un hombre con un niño de cinco años." (*) La verdad
era que él mismo propiciaba esa actitud. Lo prueba la correspon-
dencia existente con Pedro Henríquez Ureña donde adoptó siempre
el papel de eterno adolescente que se dirige a su maestro.

Imaginativo, travieso, gracioso, sacaba de su sombrero ideas
imprevistas: "...daré mil noticias falsas de tu persona; pienso
contar que naciste con una estrella en la frente, la cual traías
después en el bolsillo del chaleco y no la mostrabas sino a tus
amigos más íntimos. (He leído algo muy parecido no sé dónde; tal
vez lo he soñado; es posible que sea de Andersen; no importa)"
Y decidido a usar los dos extremos del lápiz, la punta y la go-
ma, se asombraba con la capacidad de trabajo de su corresponsal:
"...pienso publicar en 198... 5 tomos de obras inéditas tuyas,
sin permiso de los herederos del autor, quienes entre 1958 y 1973
habrán impreso la edición completa y definitiva de tus obras (40
volúmenes)". (**)

En efecto los volúmenes fueron muchos, impresos en tipos bo-

(*) México, un día claro de noviembre, 1917.

(**) México, enero de 1914. En 1955, al cumplir Alfonso Reyes sus
50 años de actividad literaria, el Fondo de Cultura Económica de-
cidió iniciar la publicación de sus Obras Completas.

doni de ocho puntos y encuadernados en pasta dura, porque Alfonso Reyes ejemplificó la entrega total a una vocación, en tanto Torri postergó bastante la suya. Se distraía en amoríos efímeros, aceptaba empleos intrascendentes, o se cansaba practicando deportes no siempre acordes con su condición física. Los testimonios de sus amigos y sus propias cartas refieren que jugaba bien tenis, se movilizaba en bicicleta, montaba mal a caballo y tomaba clases de boxeo: "...algún día te contaré muchas cosas del pobre de Köening, mi profesor de puñetazos, profesor de gimnasia de los locos de la Castañeda."(*)

En momentos de auge revolucionario tenía posibilidades de ser diputado suplente por Coahuila, en la planilla de Jesús T. Acevedo. Con cierto esnobismo expresó que "no estuvo en su mano evitar la curul"(**) y que ésta lo mortificaba. ¿Corresponde esta indiferencia real o impostada ante las cosas, a su patrón acostumbrado de coquetear con el "éxito" para voltearle la espalda en el último minuto? Quizá. Conviene notar también que pretendía, como muchos otros intelectuales, servir en el huertismo. Torri vivió parte de su juventud durante una década muy agitada de nuestra historia del siglo XX, pero nunca adoptó ideología definida ni se interesó en la política. Asombrosamente, en 1915 -junto con

(*) México, julio de 1931.

(**) México, abril de 1915.

unos maestros de escuela- firmó un manifiesto anticarrancista fijado en las esquinas. Casi salió del país rumbo a los Estados Unidos por lo que a primera vista parecía una furtiva simpatía villista. Él se encargó de darle su explicación exacta en una nota dirigida a Henríquez Ureña: "...hace algunos meses, firmé una petición al gobierno de entonces para que se abrieran las escuelas, se le dio a esto color político; se imprimió nuestra solicitud debajo de rubros indebidos ("adhesión a varios intelectuales", etc.); y aquí me tienes padeciendo molestias."(*)

Largo tiempo siguió lamentando que tal contingencia lo hubiera forzado a vender sus libros, su Pater, su Barbey de Aurevilly, "aquellos libros ingleses que tú me viste comprar con tantos apuros a Valentini", dijo dirigiéndose a Reyes con la certeza de que sólo un bibliófilo puede entender cabalmente a otro bibliófilo. (**)

Al transcurrir los acontecimientos, su cercanía con Jesús T. Acevedo -de quien se distanció temporalmente- no le impidió trabajar para Carranza.

Hacia sus veinte años, unas tarjetas postales le parecieron detestables porque llevaban impresas indias con monstruos en la espalda. Y cuando en 1917 publicó su primer libro, aceptó como buenas algu

(*) Carta a Henríquez Ureña, México, septiembre de 1915.

(**) México, diciembre de 1920.

nas observaciones de su corresponsal más asiduo: "Tienes muchísima razón en no aprobar mi desdén por el vulgo. A mí también me choca esto, pero tal vez en todo mi libro hay demasiada reacción contra las cosas ambientes."(*) Y anotó: "Tú, Vasconcelos y demás Ateneo y generación somos algo inexplicable en la historia de Anáhuac; la generación que viene detrás -la de los pulpos- es mexicana y entre ellos y la estulticia tropical de 1860 es visible el hilo de Ariadna y el eslabón Darwiniano."(**) En una tercera oportunidad escribió: "Debemos continuar con nuestra pose de príncipes de incógnito. Somos desterrados de no sé qué época y país; tal vez, como Pedro Henríquez diría, del pequeño pueblo de Lizzy Bennet. Estamos hechos para un mundo en que las cosas fueran más perfectas, el ambiente menos resistente a nuestro esfuerzo."(***)

Aficionado al té, a las esculturas de marfil, al arte erótico, a los cuentos de Chejov; a Gérard de Nerval (con quien compartía la afición por Heine, Dickens y Poe); lector de André Gide (por quien decía que toda una generación de muchachos franceses no valía lo que L'Enfant prodigue); Torri, que andaba en los departa-

(*) México, un día claro de noviembre (1917).

(**) México, diciembre de 1917.

(***) México, un incoloro día de febrero en que ella me vió con desvío [¿1918?]

mentos secretos de las librerías y atesoraba ópalos en cajitas ornamentadas primorosamente, no podía sentirse parte del campesinado, ni cercano a una clase media casi analfabeta, a una burguesía impermeable a la cultura o a unos intelectuales improvisados.

Escritor que imponía a sus prosas el ritmo certero, demostró temprano un oído extraordinario para los idiomas. En 1913 o 1914 leía ya sin problemas textos del italiano y del francés. Antonio Castro Leal, amigo suyo por una época, describió una de las escenas que lo certifican: "En los días de ocio que ofrecían aquellos tiempos revueltos, después de la caída de Victoriano Huerta, cuando todos éramos profesores de la escuela Nacional Preparatoria -Carlos Díaz Dufoo (jr), Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado y yo- solíamos, alrededor de una mesa de café, pasarnos, para leer al grupo- traduciéndolo en turno los mejores trozos- el libro escogido de ciertos autores de nuestra mayor admiración: Gaspard de la Nuit, de Bertrand, Les Complaintes y las Moralités Legendaires de Jules Laforgue."⁽⁸⁾

Realizó muchas lecturas en la lengua original de célebres au

(8) Castro Leal, Antonio; Estudio preliminar a Cuentos y poemas de Mariano Silva y Aceves. Universidad Autónoma de México, México, 1964, p. XI.

tores modernos (Huxley, por ejemplo) y hasta su vejez ejerció la costumbre de traducir en voz alta para sí mismo o para sus discípulos o visitantes distinguidos. A veces turnaba sus traducciones al papel; otras, proyectaba hacerlo. Una carta prometía su versión del Peter Pan de Barrie para el hijo de Alfonso Reyes. Nunca la empezó; pero no deja de pensarse en lo encantadora que hubiera sido.

Durante años, Xavier Icaza se distinguía como su amigo constante. Torri desarrolló una relación sin contratiempos con ese hijo póstumo del cenáculo de 1910, a quien llamaba Herr Ikassa. Ambos eran mujeriegos, ocurrentes, dados a la frivolidad. Ambos cultivaban las maneras refinadas. Quizá con los ojos puestos en el servicio diplomático, tomaron clases de alemán con una señorita cuarentona de "excelente nombre (Augusta von Weilchers), institutriz de la hermana de Emilio Pardo, a quien éste... sin éxito."(*) Y Torri se entusiasmaba con sus rápidos progresos: "Creo que antes de un año leeré a Goethe de corrido; la emoción me matará de seguro."(**)

Congruente consigo mismo, organizó entre su vida y su obra un díptico perfecto. Los dos embonaban admirablemente. Lo que dijo

(*) México, diciembre de 1917.

(**) México, diciembre de 1917.

en literatura lo sostuvo en la vida cotidiana y a la inversa. Así, el testimonio de sus cartas concuerda con el de sus discípulos. Se evoca el apego que desde joven sintió por los poetas primitivos españoles, y su costumbre de leer pasajes correspondientes al Mester de Clerecía, frente a muchachos por lo general indiferentes: "Mi preferencia por los primitivos es la única cosa en que estoy cierto en materia de mí mismo", (*) aseguró. Junto, puso una referencia a ese desdén que lo caracterizó en el curso de su existencia. "Mi interés por las cosas decae cuando éstas empiezan a realizarse y renace a la hora del decaimiento ¿Aberración o buen gusto?" (**). Carlos Díaz Dufoo (hijo), que se suicidó en 1932, entendía a fondo estos sentimientos y los esclareció en uno de sus epigramas: "Hizo muchos planes. No cumplió ninguno. Cada día era un nuevo fracaso, pero cada día era también una nueva aurora y un fuego imperecedero encendía cada día en él el deseo de las cosas perfectas que no se realizan. Un Sople eterno reanimaba, diariamente, la potencia intacta y estéril." (9)

Había en los dos escritores una atávica atracción por el fracaso y un deseo de aprisionar lo inefable, ¿Eran aberrantes o só

(*) México, marzo de 1914.

(**) México, marzo de 1914.

(9) Díaz Dufoo (hijo) Carlos: Epigramas y Otros escritos. INBA, México, 1967, p.p. 57-58.

lo hombres de buen gusto? Es fama bien fundada que las costumbres sexuales y la manera de vivir de Torri tenían algo de aberrante e inescrutable; pero al mantenerse al margen de halagos, honores, puestos importantes; al evitar el matrimonio con sus promesas de prolífica felicidad, demostraba el buen gusto que acompaña a los indiferentes. Esto no impedía que el pulso le temblara y que sus renglones manuscritos tendieran a la línea descendente, reveladora de sus frecuentes crisis depresivas.

En carta fechada el 9 de febrero de 1914, aseguraba no estar "lo bastante muerto para oír la voz de la conveniencia" y, por increíble que parezca, a los veinticinco años estableció una ^{ama} ~~progresión~~ ^{gracia} entre lo que rechazaría y lo que esperaría como posible futuro. Había desafiado al cielo y se hallaba lejos aún de ver cumplidas una a una sus tristes esperanzas: "La progresión Jeune professeur, lentes, gordura, gravedad, prole numerosa, muerte brillante, busto municipal, no me seduce. Prefiero raro sujeto en lo personal, fracaso como profesor, fracaso como abogado y muchas otras cosas, manutención por la familia, fin de la familia, manutención por amigos; fin de los amigos; hospitales, hospicios, muerte pintoresca con hermanas de la caridad y gente que se descubre e hinca de hinojos, apoteosis final de Delacroix, Rimbaud mexicain, música de Debussy." (*)

(*) México, febrero 1914.

Como contrapartida a su existencia sedentaria, alejada de lo imprevisto o aventurero, se autodescubrió vocación de corsario griego. Planeó viajar. Infinitas veces soñó con ver en Europa a Reyes, quien lo llamaba asegurando que únicamente en París valía la pena morir de hambre y que la Torre Eiffel y la Rueda de Chicago eran los prodigios mundiales. Los planes se suspendieron siempre y las travesías soñadas fueron sustituidas por los duros horarios de clases. En octubre de 1919 parecía que el ansiado viaje iba a realizarse para la primavera próxima. Le habían pagado unos bonos "que se reciben cuando la mala suerte se distrae un poco y le toma a uno por otro."(*) Tenía tres mil pesos que le hubieran permitido partir rumbo a Grecia y, por causas desconocidas, sus anhelos se postergaron.

¿Qué lo impulsaba a desoír la voz de la conveniencia escuchada por sus contemporáneos? ¿Qué le impedía viajar? ¿Por qué se le imposibilitaba el amor? ¿Las relaciones amistosas prolongadas? En su timidez reconocía una silenciosa hermana de la pereza. La timidez lo desfacultaba para conseguir algunas ambiciones y, al acentuar su premiosidad, le impedía expresarse brillantemente en sus cátedras. ¿Pero radicaba allí su problema?

Los ataques de esterilidad se multiplicaron. A pesar de que Reyes proponía publicarle textos en Índice, La Pluma, España,

(*) México, octubre de 1919.

Nosotros, de la Argentina, y en las revistas de García Calderón, de París, y luego en Monterrey, Torri se abstenía de mandarlos o acompañaba sus escasos envíos con salvedades como ésta: "Si no te agradan, al ~~costo~~, pues no tengo vanidad literaria." (*)

En una misiva fechada a fines de 1916 -después de notificar que el padre y la tía de Chucho Acevedo habían muerto de tifo-, comentó con detalles su enemistad con Gamoneda "poco menos que un canalla", y en una posdata -como solía hacerlo cuando se trataba de referencias personales y trascendentes- explicó las razones por las cuales decidió publicar Ensayos y poemas: "Por exigencias de Pedro Henríquez Ureña y de dinero, me resolví a salir a la plaza del vulgo. Perdonadme vosotros." (**) Disculpas inadmisibles si no revelaran lo exigente que era consigo mismo.

Al mes -que a juzgar por los intervalos marcaba el lapso que tardaban las cartas de Madrid a México- Reyes contestó varias cuartillas escritas en una máquina de tipo pequeñísimo. Hablaba de lo violento que le resultaba darle a Chucho noticias tan dolorosas, ya que se veían poco por vivir muy lejos uno del otro. A continuación olvidó la autobiografía ante los comentarios sobre sus tareas. No se dejaba traicionar por la confianza. Cuidaba sus pasos para no darlos en falso. Descubría su propósito de,

(*) México, Septiembre de 1920.

(**) México, octubre de 1916.

sirviéndola, servirse de la literatura y erigir así su propio monumento a temprana edad. Trabajaba entonces bajo las direcciones de Ramón Menéndez Pidal en el departamento de filología del Centro de Estudios Históricos, codéandose con investigadores de primera fila: Navarro Tomás, Américo Castro, Antonio G. Solalinde, Federico de Onís. Recibía el sueldo uniforme de ciento setenta y cinco pesetas; pero la disciplina del centro no acaparaba sus fuerzas. Daba clases en los cursos de verano, escribía artículos ~~publicados~~ en revistas prestigiadísimas, preparaba la edición de dos comedias de Alarcón, revisaba la Ortodoxia de Chesterton para la Casa Calleja, organizaba un tomo de sus investigaciones cómico-filosóficas y estaba a punto de entregar una transcripción con prólogo del Peregrino de Lope. Gracias a su vida tan organizada recogía tales frutos. Su mujer, Manuela Mota, lo ayudaba a corregir pruebas, cotejar ediciones viejas e, incluso, a redactar las crónicas del domingo. Motivado por sus propias experiencias y realizaciones, Reyes formuló dos preguntas: "¿Cuándo te casas, Julio? ¿Cuándo te casas y te vienes a pasar hambre y a vivir peligrosamente?" (*)

Para diciembre, Torri contestó. Se describía a sí mismo como mal actor de sus emociones, y de inmediato cambió el timbre solemne de su voz por una cierta manera cortesana, concordante con

(*) Madrid, noviembre de 1916.

sus raíces latinas. Sutilmente, recordó sus frecuentes visitas a los salones de baile que parecían inconvenientes a Caso: "Si-
go, desde luego, más loco que nunca, y lamento que no seas lo bastante rico para tenerme a sueldo a tu lado, en calidad tal vez de preceptor de tu hijo. Maestro de baile acaso, il signor Torri." (*) Esto sirve de preámbulo una de las cartas que mejor lo pintan: chismoso, difícil, poco dotado para sostener amistades duraderas, empeñado en emprender aventuras sin consecuencias, receptivo, agudo y tan severo para enjuiciar a los demás como al enjuiciarse: "Después de que partió Acevedo tuve una amistad de varios meses con Antonio Castro Leal. Era muy inteligente y muy loco y yo estaba encantado. Conocimos entonces a una familia apellidada Cota, o tal vez como el librero alemán, Cotta. (Ésta es "The Cotta Age" de nuestra vida.) Eran tres californianas que hablaban de San Diego y el Pacífico, y de posibles combinaciones entre los cinco. Pasamos un invierno en un jardín público, revolviéndonos en el césped y contándonos cuentos. Al final...fuimos como es de rigor derrotados por algún agente viajero más feliz que nosotros.

Castro y yo nos separamos al poco tiempo. Era en realidad mal educado, de malos pañales. El cuenta que nos enojamos por tener opiniones diferentes sobre un pasaje oscuro de Pater, pero en el

(*) México, diciembre de 1916.

fondo de todo, no hubo sino la mala educación suya. Se ha vuelto muy petulante, y todos nos hemos separado de él: Mariano, Carlos Díaz Dufío, etc.

“Martín Luis Guzmán nunca me ha enviado tus odas en prosa. Mándamelas tú directamente, porque no sé de tus obras desde hace meses. Espero ansioso tu libro.

“Desde hace meses trabajo en la Dirección General de Bellas Artes, al lado de Alfonso Cravioto. Antes pasé tiempos duros; fui profesor de moral y derecho en una infame escuela comercial. Además, soy profesor de literatura castellana en la Escuela Normal de Maestras. Mis experiencias hasta hoy de mis discípulas y colegas son más bien desagradables: como llevo un año de estar en la escuela, sin obtener casi ninguna buena amistad, me siento un poco estafado,

“Las demás profesoras son extraordinariamente pedantes, ignorantes y extravagantes (en la región en que la extravagancia no es divertida). Margarita Quijano -hermana del obeso Alejandro- es la otra profesora de lit. castellana. Se cree Sta. Teresa, abomina de don Marcelino y desconoce lo más serio de nuestra lit. María Luisa Ross, discípula de Urbina en la prosa, es de una cursilería insoportable. (*) Yo huyo siempre de ellas, y me refugio en la amistad de dos niñas de quinto año, de quienes soy amado

(*) Según parece, Margarita Quijano y María Luisa Ross fueron admiradas por poetas insignes. Se asegura que la primera inspiró Zozobra, de Ramón López Velarde; Luis G. Urbina dedicó a la segunda el "Madrigal romántico",

virginalmente, y con quienes converso todos los días por las es caleras y en la portería, les presto libros, ellas me confían sus diarios, etc. Nuestra charla es en el estilo de: las partes del cuerpo son tres: cabeza, tronco y extremidades."(*)

Aunque la cita es muy larga, me pareció importante porque es clarece parte de las reacciones y de la autobiografía de Torri. ← Sin concesiones, se define como un burócrata poco relevante que ocupa puestos menores; o como maestro de señoritas incautas, rodeado por pseudointelectuales nada comparables a los investigadores afamadísimos con quienes se codeaba Reyes.

Junto con Agustín Loera y Chávez, dirigió la Editorial Cultu ra de 1916 a 1923. El 16 de Julio de 1917, escribió avisando que había recibido Cartones de Madrid,(**) Con su sencillez particu lar, prometió cuidar el manuscrito. En letras posteriores lamen tó que cinco revisiones a los originales no hubieran evitado las erratas, debido a "la misérrima imprenta de arrabal": "Lamento que tus bellos Cartones de Madrid hayan pagado tan duro tributo al minotauro impresor."(***)

(*) México, diciembre de 1916.

(**) Alfonso Reyes escribió, entre los años de 1914 a 1917, la se rie de textos que formaron Cartones de Madrid. A instancias de To rri, los reunió y los entregó para que se publicaran en el tomo 6 de Cultura.

(***) México, un día claro de noviembre, 1917.

Ensayos y poemas estaba a punto de salir y, a pesar de su exigencia, Torri se sentía contento. Sus cartas correspondientes denotan una euforia desusual. Con todo, minimizó sus textos. Los calificó de Cornelios, Nepotes y Osos, de viejos guijarros comidos por el orín, quizá porque cultivaba el esnobismo consistente en la falta de esnobismo; y porque se esforzaba en escribir cartas divertidas tanto como en ser un conversador chispeante frente a cualquier interlocutor en turno. Era un hijo de la conversación, que notaba en Reyes una ticsura algo chocante y decidió increparlo: "Escríbeme cartas íntimas, cartas locas. Yo quisiera ser en tu vida un buen genio que sólo a obras de locura, pasatiempo y extravagancia incita. Si así fuera me tendría por tu mejor influencia. Yo seré el abogado de los poemas que no te atreves a publicar ni a enviar. Y cuando se está destinado -como tú- a una obesidad de le Roi boit (Jordaens) me parece indispensable mantener buenas relaciones con el hemisferio invisible de la luna."(*)

Demasiado inteligente para ser insensible, Reyes escuchó la observación y respondió: "Yo desisto, definitivamente, de hacerme entender por carta. Ya sé, ya sé que mis cartas tienen muy mala fama",(**) Y al fin, a los cuarenta y cuatro años, en su madu

(*) México, julio de 1917.

(**) Madrid, octubre de 1917.

rez viril que cosechaba distinciones importantes (era embajador de México en Brasil) escribió dos misivas de carácter erótico. Con un mes de diferencia las envió a su viejo amigo llamado Póstum_o, Fabio, Leal verdadero, o Julio, a secas. Mostró entonces el rostro que sus íntimos conocían, el de un hombre al que le gustaban mucho las mujeres y que, con todo su prestigio auestas, visitaba barrios "mal frecuentados" en busca de compañías ocasionales. Por supuesto, no excluyó sus dotes poéticas, su ironía, ni -al sesgo de los renglones- aquella sonrisa suya tan faunesca y tan peculiar.

Por su tono, ambas cartas se acercan a Quince presencias y a otros relatos alfonsinos; sin embargo, se distinguen de ellos radicalmente por haber sido escritas sin disimular la verdad en aras de las conveniencias literarias. Esto explica que perdieran su sitio en el epistolario para integrarse a los papeles secretos. Debido a esos juegos bibliográficos que complacían a su autor, junto con cuatro escritos del mismo tono se publicaron en un folleto cuyo tiraje (quizá de cincuenta ejemplares de distribución privada y gratuita) circuló entre muy pocos amigos, quienes leyeron en secreto y en secreto comentaron las aventuras de don Alfonso. (10)

(10) Reyes, Alfonso: Tres cartas y dos sonetos. Archivo de Alfonso Reyes. Serie B (Astillas) No. 2, México, 1954, 30 pp.



El padre, que reprochaba un apego desmedido por el arte literario, murió antes de ver impresos Ensayos y poemas. Torri lo apuntó con un par de frases dramáticas: "He sufrido mucho por la muerte de mi padre. He pasado la noche más terrible de mi vida."(*) Y no abundó sobre el tema, hasta que hizo referencias a esa muerte que lo responsabilizó de su familia y cuya trascendencia no se ha estudiado a fondo. Esta confesión de dolor intenso resulta excepcional. Torri no solía perder su mesura frente a los acontecimientos que lo conturbaban. Buscó palabras descoloridas para dar cuenta, en una carta sin fecha, de que había tenido un hijo y -en 1952- del fallecimiento de su madre, cuando él finalmente viajaba por Europa.

Pero en su oportunidad envió a Madrid setenta y cinco ejemplares de Cartones y algunos Ensayos destinados a escritores importantes como Nervo y Azorín. Una errata lo mortificaba: en vez de "Fantasías mexicanas", los linotipistas pusieron "Leyendas mexicanas". La edición quedó al cuidado de Genaro Estrada, sobresaliente como "editor de ingenios estériles", pues inflaba los libros con grandes capitulares y márgenes generosos. Torri lo comentó -como avergonzado de cristalizar esa muestra definitiva de su talento- y añadió un párrafo inquietante: "Yo olvido demasiado fácilmente las cosas que me son desfavorables y que justifi-

(*) México, julio de 1917.

ficarían mi suicidio. Infancia, única ciencia de la vida. Sin embargo, a veces recuerdo y entonces..."(*) Aunque recordara, aunque dejara que sus mejillas pálidas recibieran la lluvia del llanto, no era un suicida estrepitoso. Había inventado su particular forma de suicidio, perfeccionable en el transcurso del tiempo.

Ensayos y poemas motivó una carta efusiva. En ella, Reyes afirmó que leyéndolo corrió por el Paseo de Recoletas. Relacionó varias prosas con la generación del Ateneo que las inspiró. Cometió gafes involuntarios, asegurando que "El temperamento oratorio..." (dedicado como se sabe a Caso) lo hizo acordarse de sí mismo, buen orador a la hora de afeitarse; a pesar de que Pedro Henríquez lo hubiera alejado de tan noble disciplina. Relacionó "Vieja estampa" y "Fantasías mexicanas" con el género cultivado por Mariano Silva. (**) Encontró confesiones autobiográficas en

(*) México, agosto de 1917.

(**) Aunque Silva y Aceves publicó en 1916, Torri fue una de sus influencias decisivas. En su "Estudio" sobre el primero, Antonio Castro Leal lo admite y lo explica: "Y en esas cinco "Estampas" de Arquilla de marfil pueden descubrirse poemas inspirados tanto en Aloysius Bertrand como en Julio Torri" (p. XI)... En "Una partida" no creo difícil ver la influencia de un poema de Julio Torri, intitulado "Estampa antigua" que, aunque recogido en su libro Ensayos y poemas (México, 1917) publicado un año después de Arquilla de marfil, es anterior y fue ampliamente conocido por los amigos de Torri -entre ellos Silva y Aceves- por haber sido leído frecuentemente en el grupo." (p. XII)

ferente y menor calidad literaria. "Los piense publicar algún día, cuando se adormezca para mí la diosa de la esterilidad", propuso su autor; pero los dejó dispersos.

Algunas veces se refería a los puestos burocráticos que ocuparon buena parte de su vida, lo alejaron de la tarea estética y le inspiraron (con el misterio y la perfección de esos diamantes deparados a su talento) uno de sus espléndidos relatos: "Gloria mundi". En estilo realista, resumió allí los cambios de fortuna de un funcionario que recorre ^{desde} la cumbre de una subdirección hasta el oscurísimo nombramiento de archivero. Le inspiraron también un pasaje notable de sus cartas al comentar cómo los empleados de un departamento de la Secretaría de Gobernación se impusieron una cuota para regalarle al jefe un paraguas con mango de oro. Reconstruyó la escena con la penetración adecuada para convertirla en materia literaria sugerente. Los adjetivos cumplen su tarea sorpresiva y las situaciones entran al reino de lo fantástico, porque aprovechaba lo más precioso; su propia vida, sin retocarla demasiado como lo requerían sus textos.

Los cambios de empleo no se realizaron sólo dentro de la burocracia. Por razones insólitas, cambiaba una oficina por otra. No obstante su ya profundo desprecio por la carrera de abogado, ^{vacilaciones} juveniles lo llevaron a refugiarse en un bufete que -- Vasconcelos abrió en la calle de Gante. (*) Mariano Silva comple

(*) Vasconcelos disponía de una larga experiencia en estos menesteres. Años atrás, su excelente dominio del inglés le permitió aceptar un puesto en el primer bufete norteamericano con sucursal en México.

taba el elenco. La nueva experiencia motivó otro pasaje memorable, por la vivacidad con que está descrito y por el poder de síntesis con que se captura el carácter de los protagonistas: "Sigo trabajando de abogado. A veces huimos del despacho por temor a que nos llegue un cliente. En los juicios que sigo, mis simpatías están siempre por la parte contraria, de la única que no tengo desagradables impresiones personales. Subiendo escaleras, haciendo antesalas y pegando timbres me gano la vida. He tenido aventuras horribles en el ejercicio de esta innoble profesión. Un día estábamos sentados en el despacho Vasconcelos y yo. Eran las cinco y media de la tarde. De pronto doy un brinco: a las seis terminaba el término para contestar una demanda hípootecaria en que nuestro cliente perdía veinticinco mil pesos. Vasconcelos me dicta y escribo nerviosamente a máquina, y encuentro con que me había equivocado al poner el papel copia. Con gran excitación copio el escrito. Faltan dos minutos para las seis, y estamos en la calle de Gante. Afortunadamente tengo timbres. Tomamos el automóvil, y Pepe, perfectamente sereno, ordena al chauffeur que nos lleve a Cordobanes a la carrera. Llegamos a tiempo. Hallo al juez, y le entrego la contestación. Vuelvo al lado de Pepe, que me espera en el auto, con una sonrisa paternal. Experimento la sensación de que irremediablemente soy un niño aturrido, y que Vasconcelos es un hombre cabal."(*)

(*) México, diciembre de 1920. Hasta pasados los cincuenta años, Torri usó título de licenciado en sus tarjetas de visita, no obstante que la profesión le pareciera innoble.

Por entonces, José Vasconcelos fue nombrado rector de la Universidad Nacional y llamó a Torri, su amigo en las duras y en las maduras, para que fundara el Departamento de Bibliotecas y ocupara el puesto de su secretario particular; pero aparte de ser un hombre cabal, era un inspirado. Jugándose su cargo, pronunció una diatriba contra Juan Vicente Gómez -el dictador de Venezuela-, e incitó a los muchachos para organizar una protesta. En sus memorias consigna la escena y la referencia de que enteró a Torri, apenas horas antes: "Resplandeció una de esas gloriosas mañanas del valle, oreadas y transparentes. Muy temprano me reuní con Julio Torri en el club de tenis que frecuentábamos varias veces por semana. Y mientras me derrotaba en la raqueta, le dije: -Hoy echo en la Universidad una bomba que nos puede costar el puesto...pe-ro no te aflijas, si nos corren abriremos un despacho de abogado ...-Co...mo tú quieras, Pe...pe-repuso Julio, ya no hablamos -- más." (11)

Conforme transcurría el tiempo, Alfonso Reyes afinaba su personalidad como pontífice de las letras mexicanas. Había viajado a París después de la trágica muerte de su padre, durante los acontecimientos revolucionarios de 1913. A base de una obra sólida quiso olvidar lo sucedido y reevaluar su nombre. Escribió infinidad de artículos. A los treinta años contaba con una bibliogra-

(11) Vasconcelos, José: Obras completas, pp. 1234-1235.

fía y un prestigio respetables. Pronto, González Martínez lo propuso para ocupar un sitio en la Academia.^(*) Fechada el 30 de enero de 1921, una de sus cartas recogió estos pensamientos: - "---yo he hecho todo con mi esfuerzo, con mi voluntad. A mí me tocó un destino contaminado con mil venenos. A mí la vida me lo ha ido dando todo un poco torcido, y soy yo -nadie más que yo-, quien lo ha compuesto, He hecho victorias de mármol casi con fango de la calle."

En la segunda década de nuestro siglo ~~XX~~, Torri también se formaba un prestigio. Una nota periodística, perteneciente al 17 de diciembre de 1913, nos da idea clara del mismo: "Para que se calibre la celebridad actual de nuestros escritores, hoy El Imparcial da cuenta de que "se expidió al señor licenciado Julio Toriz", nombramiento como profesor adjunto de la clase de Lengua y Literatura Castellanas en la Escuela de Altos Estudios. Se trata, en realidad, de Julio Torri, muy conocido ya, por lo visto."⁽¹²⁾

Y sin embargo, quizá ese desinterés infuso que le atribuía Pedro Henríquez, no lo dejaba vencer sus crisis depresivas, recorrer mundo, acrecentar su bibliografía, ocupar puestos de au-

(*) Alfonso Reyes fue correspondiente de la Academia Mexicana, desde el 23 de octubre de 1918. Debido a sus ausencias del país, fue académico de número hasta 1939.

(12) El Imparcial, 17 de diciembre de 1913, p. 5

téntica importancia, ni consolidar una familia. De vez en cuando se conformaba aullando a la luna. Mantenía su misma rutina al dividir ocupaciones entre la burocracia y el magisterio y emprendiendo relaciones intrascendentes con mujeres que no lo comprometían.

Si en Reyes las referencias al dinero rara vez aparecen, en Torreón son constantes. Muchas cartas suyas consignan sueldos momentáneos, deudas, desembolsos por compromisos familiares o afanes casanovescos. El problema de los alimentos terrestres le preocupaba tanto como a Góngora. Las referencias se ligan a la novela picaresco-burocrática de su vida. En los seis meses de mayo a octubre del año 1918, fue sucesivamente: 1o, arreglador de una librería de viejo, con diez mil y pico de libros polvorientos; infame trabajo de mozo de cordel; supe por qué los gañanes beben licores que queman la garganta. 2o, Me pagaron \$200.00. 2o, corrector de estilo a domicilio -del relato oficial de un viaje que hizo el Presidente Carranza, por varios estados-. Días horribles durante dos meses que pasaba inclinado sobre la máquina de escribir. Gané \$400.00. 3o. Bibliotecario de libros de Arqueología, Historia y Etnología, con tres pesos diarios de sueldo. Cargo muy Chic, pues casi me sentí bibliotecario del Marqués de Arjonte ¡Cuánto lamento que no hayas recibido un oficio en que yo conminaba a devolver libros prestados! Un poco Quintanesco el estilo; demasiada sequedad, acaso. Eso era todo, te lo juro. 4o. oficial 2o, de la Sección de Bellas Artes de la Universidad (\$5.25 diarios). Tuve un pleito ruidoso con Eglantina Zavala,

cuya vulgaridad me exasperó un día. La pobre acaso me veía como posible marido ¡y yo que me creía lleno de humanidad! 5o, ayudante del Dr. Nicolás León para preparar trabajos para el Congreso de Americanistas de Río de Janeiro, Viejo maleducado, fanfarrón. Sesenta años de sabio mexicano o la vida de un misfiticador. 6o, Abogado consultor auxiliar del gobierno del Distrito con \$9,00 diarios, puesto que ahora desempeño. Mi oficina es una ventana del Palacio de la Diputación, sobre el inmenso zócalo, toda nuestra patria..." Poco después ascendió un escalón al ocupar uno de sus puestos más importantes, al cual nos referimos con el incidente del paraguas. Siendo jefe de un Departamento de Gobernación, con tres secciones a su cargo, y un sueldo magnífico de 12 pesos diarios, dijo: "He vendido mi alma al diablo y mis acredores cobran el precio..."(*)

La relación anterior demuestra su conocida costumbre de restarle importancia a cuanto hacía y de ejercitar su humorismo. Por ello, nadie ha conseguido retratar a Julio Torri tan inclementemente como se retrataba Julio Torri. "Soy un mosquito perturbador",(**) decía. Para bocetar su aspecto físico, partió de una frase de Reyes: "En efecto, mi cara tiene algo de plegadera de marfil, y desgraciadamente también algo de pavo (de que no me

(*) México, octubre de 1918.

(**) México, agosto de 1917.

acuerdo nunca sino cuando tengo un espejo delante). A veces también me descubro expresiones pasajeras de Mr. Hyde, que deben inspirar gran desconfianza, esto me será perjudicial para abrirme camino en la vida. ¡Quién poseyera un rostro ingenuo y franco! ¡Quién me devolviera mi sombra de Peter Schlemihl"(*)... "Soy eminentemente sociable ¡hé~~l~~as! Personalmente carezco de todo misterio, y me entiendo con todos. Hasta con los más insociables (como Carlitos Díaz Dufoo), soy el amigo.**) Tal vez mi extremada pasividad (que quisiera comparar con un perfume antiguo) desarma y previene en favor. Me tuteo con Rebolledo; Urueta me llama "Julio", nada más. González Martínez me escribe (a propósito de mi libro) una carta tan amable (en que me desea entre otras cosas, una muerte rara y pronta, a fin de que deje el recuerdo de un espíritu distinguido). En la misma carta me demuestra que es posible morir de modo raro: que un amigo suyo murió de patada de dromedario en Catorce (San Luis Potosí)."(***)

(*) México, diciembre de 1917.

(**) En México Moderno, México, Año I, núm. 4, 10. de noviembre de 1920, Carlos Díaz Dufoo (hijo) dedicó a Torri un "Diálogo", entre el diablo y Cristo. Como se sabe, para los ateneístas Torri fue siempre "nuestro hermano el diablo", y él así firmaba algunas veces sus cartas.

(***) México, diciembre de 1917.

Cuando Amado Nervo fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Argentina, o cuando Pani recibió el mismo nombramiento para representar a México en Francia, Torri aspiraba a un puesto diplomático de segundo orden que le permitiera viajar como parte de alguna legación. Sin grandes esperanzas de lograrlo, escribía: "...estoy seguro de que no se me protegerá, pues mi nerviosidad y mi movilidad engendran desconfianza, y mi m'en fautisme me hace aparecer como persona poco seria."(*)

Entre carta y carta, Reyes y Torri se procuraban pequeños y mutuos servicios. Se enviaban libros o recortes, se trasmitían recados, se ponían en contacto con editores, etcétera. Hacia 1922 y '23, Torri se hallaba en el mejor momento de su vida y sus epístolas lo certifican: "Me dispongo a cumplir treinta y tres años, sin haber conquistado la India, sin haber fundado una nueva religión, sin haber siquiera sido desterrado a una isla del Danubio. Sin embargo, no me siento infeliz, y lo que más me asombra, no me da miedo el fundidor de botones."(**) "En el fondo estoy muy contento. Hace tiempo estoy completamente consolado de no ser lo que no soy, y de no tener para cultivar un vasto jardín sino un pequeño tiesto lleno de mala hierba y piedras. A los ojos de Dios todo vale lo mismo, o mejor dicho todo carece igual-

(*) México, un incoloro día de febrero en que ella me vio con desvío. Años después, Reyes desempeñó el cargo de embajador en Brasil, Argentina, Francia y España. Nunca propuso una plaza para Torri.

(**) México, abril de 1922.

mente de valor (filosofía de ama de llaves)."^(*)

Vasconcelos había pasado del puesto de rector de la Universidad al de Secretario de Educación. Se propuso editar una serie de obras para difundir la cultura clásica junto con los rasgos fundamentales del pensamiento moderno. Emprendía su tarea como doble necesidad de patriotismo y cultura. Muchas obras elegidas no se habían traducido al español y buena parte de las ediciones se repartía gratuitamente entre las bibliotecas y escuelas que el Gobierno abría en toda la República. Era parte de una campaña contra el analfabetismo y la realización de un viejo sueño de culturizar el Continente, que germinó cuando los ateneístas leyeron Ariel instigados por Pedro Henríquez.

A Torri correspondió la Dirección del Departamento Editorial que pondría los Diálogos de Platón en manos de un público nutridísimo.^(**) Los dos primeros libros publicados fueron la Iliada y la Odisea *para lo cuales se utilizó la traducción* ~~cuyas traducciones quedaron a cargo~~ de Luis Segala y Estrella. Torri las revisó, lo mismo que el Eurípides al cuidado de Eduardo Mier y Barbery. ¿Supervisó también las Eneadas de Plotino y las Vidas ejemplares de Rolland traducidas en el Departamento? En cualquier caso el tiraje de las ediciones

(*) México, octubre de 1923 (en realidad noviembre)

(**) Coqueteando quizá con la idea de ser subsecretario, Reyes rechazó ese cargo. Torri lo aceptó encantado y realizó importante labor.

llegaba a veinticinco mil ejemplares que se vendían como miel.

Por esta única vez, no se sintió extranjero en su patria. Se involucró con una labor tan ambiciosa y se conmovía hasta las lágrimas si en los tranvías encontraba a una persona anónima interesada por Homero: "En un barrio -Loreto, a donde voy a parar siempre en mis correrías melancólicas de solitario- vi un día pasar a un hombre con un violín y uno de mis libros debajo del - brazo. Me puse muy alegre y bendije a los dioses en mi corazón."(*)

Los puestos le deparaban otras realizaciones. Con categoría de Director del Departamento de Bibliotecas viajó por varios Estados del país, entre ellos Yucatán, que lo entusiasmó. Su cercanía con Vasconcelos le permitió asistir, en calidad de primer secretario, al Centenario de la Independencia del Brasil y visitar Nueva York, Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo y Valparaíso; pero no duró demasiado el trabajo que desempeñó con tanto placer y que le deparara las satisfacciones deseadas. En unas notas escritas un "sábado sin sol", cuenta que dejó de ser Director del Departamento y que se sentía como rey destronado. A partir de entonces retomó su peregrinar por distintas oficinas burocráticas con el nombramiento de "Inspector de solfeo y masas corales" u otras impertinencias similares.

Detestaba la gordura, la calvicie; ejercitaba el deporte, fór

(*) México, octubre de 1923 (en realidad noviembre).

mula eficaz para mantener un cuerpo sano que le permitiera seguir sus escarceos amorosos. Temía la vejez como buen soltero amante de la estética y había permitido que su espíritu se entristeciera con la mordedura del resentimiento. Sus ímpetus de correspondencia amena terminan en la década de los treinta. Un par de cartas fechadas en 1934 y 1936 acusan los primeros síntomas de caducidad física y espiritual: "Me dicen que estás calvo. Yo me siento aún joven, sólo que esta malvada piel de la cara y las manos comienza a arrugarse y a ponerse mal. Y además los fracasos amorosos comienzan a aparecer como lobos que persiguen al viajero en las estepas"... "Como tú, no comprendo muchas cosas de mi tiempo, ni quiero por inútil buscarles interpretación. Basta padecerlas o habituarse a vivir mezquinamente. ¡Qué le vamos a hacer! Somos, como Talleyrand, supervivientes del bonvieux temps. Paciencia. Como somos en el fondo tan irreales, casi nos basta con el recuerdo."(*)

La sombra de un malentendido y una serie de recados lacónicos marcan el fin del epistolario. El Boletín núm. 5 de la Biblioteca Alfonsina (mayo de 1959) se inicia con este párrafo: "Cuando salí de México para Francia, en 1913 -mi primera ausencia del país- iba en mi equipaje un ejemplar del Tesoro de la lengua de Sebastián de Covarrubias Orozco (Madrid, 1611), y dejé en México, como préstamo a un amigo, la segunda edición de esta obra, completada con el discurso de Bernardo Aldrete sobre el "Origen y principio de la lengua castellana" (Madrid, 1673-4). Yo ignoraba entonces que esta segunda edición se cotizaba a mayor pre-

(*) México, abril de 1936.

cio que la primera. De esta segunda edición me despedí para siempre, pues cuando regresé al país en 1924, mi amigo no pudo darme noticia de ella."

Al parecer este amigo era Julio Torri quien inmediatamente mandó unas líneas airadas en las que se manifestaba ajeno a ~~la~~ pérdida en los cinco párrafos siguientes:

"I. En 1913 no me ibas a confiar a mí un libro valioso teniendo a mano amigos que te eran más allegados: Pedro Henríquez y Ant. Caso.

II. Tengo toda tu correspondencia desde Francia y España y en ninguna carta hay la menor alusión al valioso depósito. Ninguna frase "cuídamelo", "dame noticias, etc." ¿Es esto creíble en una persona tan celosa de sus libros como tú, y precisamente cuando vendías tu Dicc. de Autoridades, y cuando te enterabas de que tu edición con el Aldrete se pagaba mejor?

III. Creo que Manuela para desviar tu cólera hacia algún familiar suyo, y ante la desaparición del libro recientemente notada, ha echado mano del servicial Julio Torri para colgarle el sanbenito del robo, si tal hubo y no descuido al empacar o al guardar, o qué se yo.

IV. Ya podías haber descubierto en los cincuenta años que llevamos de conocernos y tratarnos, que soy todo un hombre honrado. Le guardé a P. H. Ureña su biblioteca desde 1914 hasta 1921 en que se la entregué, y jamás se quejó de pérdida alguna. (Aunque sí creo que la hubo, según ya te contaré.)

Todos los libros y muebles de Chuchó Acevedo se los guardé -

desde 1913 hasta 1919 en que los entregué a Lolita, su viuda.

No es creíble que me ensuciara yo las manos y la conciencia despojándote de un libro, que repito no vi jamás.

V. Los hechos negativos no se pueden probar (aquí; yo no robé). Lo anterior son deducciones indirectas que someto a tu buen juicio."(*)

Su indignación era auténtica. Había olvidado que el malentendido se venía arrastrando y que debió aclararse con anterioridad. En una carta de 1921, Reyes le dijo: "He tenido que vender, en diferentes épocas de mi pobreza, Tesoro de Covarrubias (si aún guardas el otro, aquel en que está el Tesoro con el Aldrete; cuidado, que se cotiza en más que la primera edición)."(**)

Enfermo ya de muerte y seguro de su importancia como hombre de letras, Alfonso Reyes adjuntó - a la misiva donde presentaba sus disculpas- una hoja de sus diarios. Así permitía que los investigadores futuros conocieran los sentimientos recónditos que al final le inspiraba su lejano compañero de escuela, tan raro sujeto en lo personal: "Esta historia del libro la conté de cualquier modo nada más por darle aire. Ni me importa nada, ni menos he agraviado ni nombrado para nada a Torri, con quien mi vieja y fraternal amistad me autorizaba además a portarme con cierta

(*) México, mayo de 1959.

(**) Madrid, enero de 1921.

travesura y buen humor. El se puso solemne, habló de "su honradez"; y se puso el saco porque quiso. Se permitió una alusión de muy mal gusto a Manuela, y habló no sé por qué del servicial Julio Torri. Pues yo no le debo servicios y él me debe varios a mí. No tengo nada contra él y externé mi benevolencia para él como no lo hubiera hecho con nadie. Sospecho que he contribuido a darle nombre, cuando nadie le hacía caso. El pobre ha venido juntando rabia contra mí gratuitamente. Tal vez porque le molesta que siempre le pongan como en mi séquito, y en eso tiene razón. Al venir los festejos de mis 70 años y verse como secundario adorno de mis alegrías, estalló. No tengo la culpa. Lo comprendo y lo perdono."

Las Mujeres

En su segundo libro, Torri publicó una "Oración por un niño que juega en el parque". Su oración pedía que la infantilidad, secreto de la vida, no abandonara al niño nunca y terminaba diciendo: "¡Apártalo del fastidio, del análisis que conduce a las riberas de la nada, del desfallecimiento y del recuerdo!"⁽¹⁾. Se compadecía de la inocencia que desconoce desagradables sorpresas del porvenir. Ese sentimiento anegaba su alma con una intensa lástima por sí mismo, por su propio temperamento analítico, fácil al desfallecimiento, presa de la noria que obliga a rumiar recuerdos y a convertirlos en literatura; aunque disfrazara sus vivencias con gran destreza y se empeñara en buscar matices sorprendivos. "Meditaciones críticas"⁽²⁾ descubre algunas pistas de su laberinto espiritual. Solía ponerse en sus obras todo entero. Bajaba a las regiones menos exploradas del alma; pero disimulaba la clave para ser descifrada por los maliciosos, los que supieran sonreír con hallazgos descubiertos entre líneas. Los demás se contentarían comentando las costumbres peculiares de este escritor extraño que vivía según su propio estilo. Cuantos le conocieron y quieren retratarlo hablan de cómo, conduciendo su bicicleta, enamoraba a las sirvientas del barrio, de sus colecciones

(1) Torri, Julio: Tres libros, p. 102.

(2) Torri, Julio: Ob. cit., p. 119-125.

eróticas, de su cachuchita inglesa. Hablan también de sus quevedos montados en la punta de la nariz, de su tartamudez.

Ermilo Abreu Gómez reconstruyó el recorrido que Julio Torri hacía, por las calles aledañas a San Cosme, en calidad de ciclista intrépido que dejaba a los gendarmes con el silbato en la boca⁽³⁾. Tales historias se integraron a la leyenda referida por entrevistadores, discípulos y amigos. Atento a transformar sus experiencias en textos, Torri mismo publicó "La bicicleta" donde -si no consigue uno de sus mejores frutos literarios-, define su medio de transporte preferido. En su opinión, propia para misántropos e "insociables de toda laya"⁽⁴⁾ la bicicleta convierte al ciclista en aprendiz de suicida que enfrenta embestidas de perros agresivos y automovilistas malhumorados. El cielo atestiguaba esos contratiempos.

Aunque entonces las avenidas de México eran menos transitadas y más placenteras, Torri desafió la maledicencia e ignoró cuchufletas de sus alumnos que acabaron por acostumbrarse a verlo llegar en un vehículo diferente al que utilizaban otros profesores. Impertérrito, pedaleando sin descanso, apenas se alejaba de las calles estudiantiles, desplegaba el abanico de sus gracias ante meseras atónitas, dependientas y criadas de barrios tristes. Tan bizarro sobre su bicicleta como don Juan de Villa-

(3) Abreu, Gómez Ermilo. Salá de retratos. Ed. Leyenda. Col. "Arco Iris" México 1956, pp. 262-264.

(4) Torri, Julio: Tres libros, p. 111.

hacia

mediana cuando caracoleaba ~~de~~ su caballo frente a los balcones de la marquesa del Valle de Oaxaca.

Por alguna razón misteriosa las criadas siempre lo inquietaron. Se entreveran en sus escritos hasta cristalizar en un cuento célebre y perfecto: "La cocinera" (*). En 1912, junto con Pedro Henríquez habitaba casa contigua a la que ocupaban Manuelita y Reyes, quien escribió un soneto humorístico en el cual pinta a la criada que sus amigos tenían por aquellos tiempos (**). Como buen soltero, Torri dependía de las sirvientas que lo ayu-

(*) "La cocinera" ha formado parte de varias antologías. Una de las más curiosas se debe a Manuel Maples Arce y se titula Siete cuentos. Biblioteca Selecta. Panamá, 1946. pp. 27-29.

(**) "La rubia Juana, desabrida y útil, / como viejo retrato des-
teñida, / hada de cocinar, ser inconsútil, / cierto, es tan útil,
como desabrida. / Su escoba, en el rincón, la obra fútil / desha-
ce de la araña presumida, / y el trillo perdonado al grillo inútil, /
caza la mariposa sorprendida. / El primero fantástico pasea / -mien-
tras en lienzos su cabeza arropa- / del cielo raso hasta la chi-
menea. / Nunca derrama el agua de la copa / y sólo algunas veces
titubea / para contar los ojos de la sopa. / Pedro y Julio la ad-
miran: / ni pueden darle más, ni a más aspiran." Alfonso Reyes
entregó este soneto a Emmanuel Carballo para su publicación en
19 protagonistas..., p. 142.

daban con los fastidiosos e inevitables quehaceres domésticos, aunque frecuentemente decidieran tomar las viendas de la casa y el sartén por el mango, envalentonadas ante un patrón tan desprotegido. Pero había algo más. En carta escrita a finales de 1920, luego de un viaje a Veracruz, Torri aseguró que su vocación era la de viajante que enamora a todas las criadas de hoteles de la República (*). En concordancia con esa vocación escribió "Astronómica", texto de una gran finura. Cinco líneas escasas le bastaron para trazar una biografía completa: "Nuestra criada era de un pueblecito del Estado de Querétaro, del cual no sa lió hasta venir a trabajar a México. Tuvo un perro, "Diamante", que cuidaba su ganado. Un tío suyo mató de una pedrada a un jinete insolente. Su astronomía: los ojitos de Santa Lucía, las tres Marías, los tres reyes, las siete cabrillas, el lucero de la tarde"⁽⁵⁾.

Sin embargo, en el transcurso de su vida Torri tuvo mil motivos de queja. Durante una visita mía, como respuesta a un merecido elogio, dijo que un par de jarrones de Sévres, colocados cerca de su sofá Reina Ana, estaban recompuestos con Resistol, lo mismo que sus otras porcelanas antiguas. Habían sucumbido ba

(*) Viaje realizado en compañía de Mariano Silva, para recibir a Márquez Sterling.

(5) Torri, Julio: Tres libros, p. 113.

jo la violencia de los plumerazos. Muchos amigos recibieron con fidencias similares y entre sus Prosas dispersas quedó este párrafo: "He comentado diaria e incansablemente a mi doméstica que no mueva con rudeza mis destartaladas sillas, ni emplee todas sus fuerzas contra mis deslucidos muebles y mis añosos libros. Todo inútil. La polilla ha hecho el resto". (6)

Su soltería despertaba las mismas sospechas que despierta el celibato de los curas. Hay quien afirma que nunca casó porque sostuvo una relación de veinte años con su criada. Difícil probarlo. Parece ser uno de tantos chismes sin fundamento basado en la fama de que al sabio ateneísta le gustaban las mujeres de condición social modesta. Al respecto, pueden citarse varias referencias concretas que se extienden durante tres lustros. "Vivo también muy pobre. Estoy de nuevo con los Benítez, en el casino español, en la cofradía de los sin hogar. Es cierto que gano algo más de cien pesos mensuales, pero todo y algo más me cuesta una amistad femenina. (Con todo no creas que tengo el boyarismo casanovesco. Cada día me siento más solo, y muy pronto me casaré no importa con quién.) Mi amiga se llama Lolita Álvarez. Es también empleada en la inspección de monumentos artísticos, nuestro idilio tiene por background las apacibles oficinas de México, etc. Lolita es sencilla, maternal, sin tragedia ni familia (casi es es

(6) Torri, Julio: Tres libros, p. 113.

to una redundancia), y tiene siempre urgencia de ser divertida. A causa de esto último se cultivan y desarrollan mis actividades clownescas. (Sigo en el fondo más meridional y dilettanti que nunca, hélas!)" (*), La amistad con Lolita no vuelve a mencionarse. En cambio, existen confidencias similares.

"He tenido otras alegrías menos puras, como mis tristes amores con una tiple de jacalón -Pastora Alam- turca nacida en Yucatán, es decir, dos veces exótica. A veces, cansada de ensayos, se dormía en el coche con la cabeza apoyada en mis rodillas. Así pasaron septiembre y octubre, y al fin, con el corazón deshecho me aparté de ella pues iba camino a ser un Des Grieux de mala clase. Este caballero es el único héroe de heroísmo auténtico en la historia. A esta conclusión llegué tras terribles padecimientos de celos. Acabo de leer "Mon plus secret conseil" de Valery Larbaud, que me ha gustado mucho... y he vuelto a mis amores anónimos como un pintor que alquila sus modelos." (**)

"...dos meses admirables de ociosidad perfecta, que aproveché en dos idilios (sucesivos) pero de triste desenlace. ¿Te acuerdas de Emilia? Pues bien, por varias tardes tomábamos te juntos en un café de barrio, y luego comíamos chocolate en un cine también de barrio. Desgraciadamente yo no atiné a dar pronto es

(*) México, diciembre de 1916.

(**) México, octubre de 1923 (En realidad, noviembre)

peranzas matrimoniales, y una noche, en la esquina de su casa, por el decapitado barrio de Guerrero, tras un largo rato de silencio, me dijo: Licenciado, creo haberle adivinado a usted sus intenciones, y será mejor que no volvamos a vernos.

¿Te acuerdas de María Luisa? Me ha hecho vivir mis quince años, con su acompañamiento de esquinas, cartas, paseos en plazas tomados de la mano, etc. Quiere a toda prisa y costa casarse. Hélas! nuevamente me he sometido a sus caprichos de muchacha de catorce años, lo cual es molesto y rejuvenecedor (como la gimnasia o el madrugar)". (*)

"Mientras no te lleguen mis cartas puedes jurar que mis días son grises y con lecturas (The Green Hat por Arlen, Those Charming People, Those Barron Leayes por Huxley, La decadencia de Occidente) y días con feas complacientes adormezco mis bríos incólumes y mis baudelerianos remordimientos". (**)

"Quisiera contar con tu paciencia para referirte cómo di con Dorotea y María, etc. Así como la historia en Daudet de la pobre Lupita. Pero veo que bostezas, y que estás apunto de decirme que ni Casanova mismo habla bien siempre de sus amigas y que hay veces en él cierto dejo de complacencia, que por otra parte le sienta a maravilla con su condición de aventurero, etc". (***)

(*) México, octubre de 1925.

(**) México, enero de 1926.

(***) México, Julio de 1931.

Casanova (*) no siempre hablaba bien de sus amantes. Ocasionalmente se enamoraba de ellas. Compartía con Torri el empeño de recordar sus conquistas, y se distinguía por no establecer ninguna discriminación social. Del mismo modo lo incitaba una posadera que una princesa. Aparentemente, Torri prefería a la posadera.

Con algunos amigos -Antonio Castro Leal, Xavier Icaza o Diego Rivera- compartió amoríos intrascendentes: "Rivera, con su concentrada sabiduría francesa a lo Acevedo (madurez horaciana, Jardín de Lenotre, "Sois sage, ~~o~~ ma douleur et tiens-toi plus tranquille!"), me ha hechizado. Nos hemos hecho amigos de dos bellísimas señoras cubanas (una casada, una viuda; el marido y el muerto nuestros mejores y más respetados amigos) ¡Y sin embargo...! Los dioses que viven en el anchuroso Uranos saben bien que nuestra amistad de ahora no es platónica sino ambiciosa y canallesca". (**)

Había otras relaciones. Torri fue maestro fundador de los cursos de verano, e impartió allí clases muchos años. En 1928 y 1930,

(*) Como la de don Juan, la figura del célebre conquistador ^{italiano} (interesó siempre a Torri. En El Nacional, 3 de julio de 1933, pp. 3 y 7, publica "Casanova y sus célebres memorias", pequeño ensayo donde demuestra su entusiasmo por "una de las más deliciosas lecturas..."

(**) México, agosto de 1921.

concurrió a la Universidad de Texas como profesor invitado. Desde Austin envió tarjetas postales a sus amigos manifestando su buen humor por aquel cambio de aires, y el entusiasmo que le despertaban las norteamericanas. Tales experiencias le inspiraron "Anywhere in the South" con un epígrafe de José Juan Tablada: "Mujeres fire-proof, a la pasión inertes, / Llenas de fortaleza como las cajas fuertes",

Se había impresionado con un poema: "Quinta Avenida", incluido en Al sol y bajo la luna y publicado en 1918. Conocía el original. Consta en una carta que cita los dos primeros versos: "¡Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida / Tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida!". Andando el tiempo se convirtieron en los versos más famosos del poema y algunos de los más famosos de la poesía mexicana. A Torri lo impresionaron porque estaban ubicados en el orden de su propia sensibilidad de hombre desparejado que evita involucrarse amorosamente. Cabe señalar que el poema de Tablada dice a la letra: "¡Mujeres fire-proof a la pasión inertes, / Hijas de la mecánica, Venus made in America; / De vuestra fortaleza, la de las cajas fuertes, / Es el secreto... idéntica combinación numérica!"⁽⁷⁾. Para su epígrafe, Torri hizo un

(7) Tablada, José Juan: Al sol y bajo la luna, "Quinta Avenida". Preliminar de Leopoldo Lugones, Vda. de Ch. Bouret, París-México, 1918.

dístico de un cuarteto. O prefirió una versión anterior del propio Tablada, o sintetizó la idea y la mejoró utilizando el ritmo y la manera de algunos poemas de López Velarde y de Lugones.

Lector iluminado por ^{los estudios} ~~Marín~~, el concepto de una mente sana en un cuerpo sano era su ideal de la belleza. De allí que pinte a don Juan con paso elástico y a su "orquídea texana" con cuerpo de nadadora. Eso explica también que él mismo se esforzara y practicara deportes durante treinta años.

Una carta de 1921 identifica a la joven atleta que catalizó otras experiencias y dio materia prima para "Anywhere..." Merece citarse por las analogías curiosas que establece con el texto literario: "Hubo unos cursos de verano que fueron un completo éxito. Vinieron unas norteamericanas encantadoras. Yo di un curso de teatro español moderno, en doce conferencias. Adquirí una amistad preciosa, Miss Brown. Tejana, profesora, metodista, de sangre irlandesa, alta y grácil como un joven elefante. ¡Oh Baudelaire centenario! Y en el fondo un poco salvaje con la superstición de los microbios (germs), y el romanticismo barato de los bandidos mexicanos, y el sentimentalismo de los libros de texto de las escuelas primarias. Me ha dicho que desearía permanecer en México un poco más de tiempo para hacerme metodista. Ya sabe canciones mexicanas, que yo repaso en el Ford, cuando la restituyo a su hotel por las noches. (Una amistad perfecta en que la malicia no encuentra pantorrillas que morder). Está llena de datos falsos sobre México y los mexicanos, pero como está predestinada a no entendernos nunca, yo dejo seguir el automóvil

y caer la lluvia. Gómez Robelo está enamorado de ella. Cuando no está ninguno de nosotros con ella, Ricardo y yo nos abrazamos y suspiramos. Ella nos es vagamente infiel a cada uno con el otro. ¡Pero tiene tan lindos ojos y da tanta lástima saberla metodista!..."(*)

Dos años después, en una hoja con membrete del PEN Club, recuerda a la misma muchacha: "En el curso de verano estará en Madrid, Residencia de Estudiantes, una tejanita, Esther R. Brown, de quien estuvimos enamorados Gómez Robelo y yo. Yo lo estoy todavía. Te ruego que si te es posible saludarla lo hagas, te lo agradeceré en el alma. Es muy inteligente y original; alguna vez trató de hacerme metodista. Hasta se llegó a hablar de cantar himnos, etc."(**)

Una epístola de 1930 revela otros nombres de jóvenes discípulas norteamericanas: "...dentro de un momento voy a pasear del brazo de Elisa (mexico-tejana, cándida que ha estado a punto de casarse dos veces - tristes historias, vive Dios!). Pero tú prefieres sin duda que te cuente algo de Adèle (Odessa, Texas); soy su amigo de los lunes y los martes; alquilamos un ford que ella maneja, y los frenos nos fallan hasta que acudimos a un joven

(*) México, julio de 1921, Página de Miss Brown y de saluciones.

(**) México, junio de 1923.

negro que completa el paisaje de claro de luna (con un fox trot pertinaz que no acallan los grillos y chicharras, estridentes aquí como en las márgenes de Ilisos).

Adèle tiene una amiga, Miss Lee; y los cuatro cenamos juntos. En el cuarto del amigo de Miss Lee; ésta y Adèle bailan, se empujan y al acabar ¡oh manes de Albertine! Adèle da a Miss Lee un sonoro beso. Esta dice entre ingenua y ruborosa: ¡Me ha besado! Yo agravo después mi desesperada situación con un protervo interrogatorio a solas con Adèle. Nada saco en limpio. Ella me desprecia en el fondo porque oso traducir en palabras muchos de sus sentimientos imprecisos e inconfesables. He estado varios días enamorado de ella."(*)

Como muchos concurrentes a la escuela de Altos Estudios, con sus pasillos pletóricos de intelectuales en ebullición, tuvo coqueteos y enamoramientos. Al certificar eso, pintaba la atmósfera universitaria: "Trabajo en las mañanas a ratos en la Universidad, que está llena de gente de letras: Mariano radiante y pacífico; Toussaint, asexual con histeria y maledicencia (muchas víboras dentro); González Guerrero, el poeta Carlos Pellicer, etc. (**)" Un día le preguntaron a Vasconcelos por el vate (Méndez

(*) Austin, Texas, julio de 1930.

(**) ~~En sus juveniles~~ Pellicer no había escrito aún sus obras importantes. Salvador Novo decía humorísticamente que, por este tiempo, el poeta tabasqueño tenía la cabeza llena de rizos.

Rivas). -¿Qué vate?- responde Pepe- aquí en la Universidad todos somos vates. Como además de poetas hay muchachas muy bellas algunas- hay pequeñas tragedias (más sobre todo) e intrigas de harem, (en las que si intervengo es en el papel de víctima).^(*)
 O estas líneas similares: "En la Universidad que está llena de mujeres vivimos entre chismes de harem, gritos y sombreros. Sin embargo, la intemperie me ha endurecido el pellejo, y, perro de la calle, sé que la mejor filosofía es pasar de largo y au-llar de cuando en cuando a la luna."^(**)

Nunca rompió los ^{límites} ~~límites~~ fijados. Cuando ocupaba la jefatura de Gobernación hizo estas confesiones: "A mi llegada hallé algunas mecanógrafas muy lindas, y temiendo dar un tropezón en mi carrera oficinesca, mi carrera virgen de reveses, pedí que las pasaran a otra parte, con una heroicidad de que se hablará todavía por algún tiempo. ¡Cuán caros son los triunfos de la virtud! ¡Qué absurdos nos parecen los buenos atenienses del siglo V, a. de C.!"^(***)

En octubre de 1919 aclaró un malentendido sobre un supuesto matrimonio: "Te aseguro que no estoy a punto de casarme (por lo menos hasta donde es posible asegurarlo por las siguientes razo

(*) México, diciembre de 1920.

(**) México, abril de 1921.

(***) México, enero de 1919.

nes: 1o. porque no tengo novia, 2o. porque no creo estar hecho de la madera de los buenos maridos. 3o. porque ya desde este momento siento piedad por la pobre criatura a cuyo lado siempre estaré como un paisaje gris de chimenea y humo."(*)

Once meses después comentó una sociedad curiosa que se había formado en torno a Vasconcelos. Con seis renglones completa y, paradójicamente, contradice sus planteamientos anteriores: "Hemos tenido imperecederos días de campo y fiestas a las que han ido entre otros las hijas del doctor Terrés. La menor, Celia, es mi discípula, y de ella y de sus hermanas estoy muy enamorado. Acaso me case con alguna('). Mi destino duerme en el regazo de Zeus....

(') Todavía ignoro con cuál. Esto no importa mucho. Con cualquiera seré muy feliz y a cualquiera haré muy desgraciada."(**)

La familia Terrés impresionó realmente a Julio Torri, quien solía encontrarse con ella los domingos, durante el tradicional paseo por la calle de Plateros, frente a la iglesia de San Francisco. ¿Pero hizo Torri algo más para acercarse? ¿Decidió cuál de las hermanas le interesaba? ¿Se franqueó? ¿Fue rechazado? ¿Privó la convicción de su incapacidad para el matrimonio? ¿Dejó que las cosas se desarrollaran conforme al patrón establecido:

.....

(*) México, octubre de 1919.

(**) México, septiembre de 1920.

intercambio de libros, invitaciones a tomar el té, miradas sugerentes y nada más? Alguna vez dijo que escondido tras una columna contemplaba a las Terrés cuando regresaban del teatro. Nuevamente uno cae en la tentación de imaginar la escena y relacionarla con un texto, en este caso con el remate de "Estampa": "Fuera del cuadro un melancólico, la cara negra de sombras bajo el puntiagudo sombrero, herido de amorosas penas tasca desdenes y medita en insolubles enigmas. La tarde divina armoniza sus querellosas preocupaciones."⁽⁸⁾

No desconocía los sufrimientos del amor rechazado y, sin embargo, incluso varias citas aquí coleccionadas evidencian que hallaba la fórmula para no incendiarse con la pasión. ¿Y, en verdad, rehuía las situaciones que lo llevaran a un encuentro perdurable? ¿Si acaso perdía pie, se cuidaba de guardar las consecuencias y las trasladaba a su literatura bajo el disfraz de palabras sabiamente elegidas?

En sus memorias, Vasconcelos descubrió los secretos íntimos de sus amantes. Alfonso Reyes llevaba un minucioso archivo de las suyas, incluía fotos y señas de identidad. Torri en cambio ocultaba su vida privada aunque cultivó siempre cierta reputación de frívolo y enamorado. Gracias a sus propias inclinaciones, entre los arquetipos literarios, don Juan lo fascinaba y en "La

(8) Torri, Julio: Tres libros, "Estampa", p.75.

amada desconocida" lo retrató con el cariño que se pone para re-
tratar a un viejo amigo^(*); "Sus ojos grises -feroces para tan-
tas heroínas llorosas- miran ahora distraídamente. Una sonrisa
ilumina el rostro como aquellas que fueron compradas con el do-
lor de toda una vida." Adelante añadió; "Conmoyido, como se con-
mueven las gentes de buen tono; ágil, con mucho de felino en el
paso y algo de hastío elegante en la figura."⁽⁹⁾

Valle Inclán pinta un don Juan feo, católico y sentimental.
Torri lo describe hermoso, un dandy deportista y heroico más
preocupado por las cosas de la tierra que ^(por las) del cielo. Junto con
la condenación de su alma espera la desdicha. Sabe que "taimadas
garduñas e hijos de pega consumirán su hacienda y acibararán su
solitaria vejez; pero nada le arredra".⁽¹⁰⁾ Delicado y desdeñoso,
cumple su destino al depositar una corona de siemprevivas en la
tumba de la amada desconocida. Su heroísmo no se pone a prueba
con el fantasma de torturas ultraterrenas, consiste en tolerar
sólo los mejores momentos del trato femenino y permanecer selec-

(*) El 16 de abril de 1933, en la pág. 3 de El Nacional, Torri publicó "Notas sobre don Juan". En alemán citó un epígrafe de Lenau, el panteísta que entiende al personaje como un ser consagrado al servicio de la especie.

(9) Torri, Julio: Tres libros, "La amada desconocida", p. 52-53.

(10) Torri, Julio: Tres libros, "La amada desconocida", p. 52

tivo y soltero.

En "Notas sobre don Juan", Torri lo define «junto con don Quijote» como uno de los dos tipos eternos que aporta España a las artes terrenas.^(*) Precisa sus raíces populares y cita los nombres de autores importantes complacidos en identificarse con el burlador sevillano. (Byron, Lermontov, Hoffmann, Musset, Mérimée, Gautier, Barbey D'Aurevilly, Kierkegaard, Shaw, Zorrilla, Paul Heyse, Guerra Junqueiro, Ricardo Strauss, entre otros). Acepta que la comedia de Tirso tiene el sello del siglo que la produjo: "cierta mortecina grandiosidad como de túmulo" (11) y descubre, una vez más, con este pequeño ensayo, que el tema lo llevaba a profundas reflexiones.

Shopenhauer dijo que imaginar infiernos es fácil, basta con utilizar los materiales de la vida cotidiana. Torri a quien se le dificultaba el diálogo ~~femenino~~ ^{con las mujeres} imaginó una princesa "con alma vulgar de actriz de cine"⁽¹²⁾ como compañera para "El héroe" traicionero, vencedor del dragón. El mito de san Jorge y las falsas apariencias le inspiraron ese texto. Dos refranes le dieron la

(*) Gregorio Marañón, en sus conocidos estudios sobre don Juan, asentó la misma idea años después.

(11) Torri, Julio: Diálogo de los libros, "Notas sobre don Juan", p. 99.

(12) Torri, Julio: Tres libros, "El héroe", p. 58.

señal de partida: No todo lo que relumbra es oro y no es tan fiero el león como lo pintan. Apoyado en la sabiduría ancestral exaltó su implacable humor negro, lo que consideraba la supremacía de la inteligencia y explicaba en la tendencia hispana a crear personajes imperfectos, "seres grotescos y anormales que con su índole -peregrina regocijan los entendimientos de más mediterráneo temple". (13) Así, declaraba fobias y simpatías: dejó a "El héroe" (el único casado que describiera) uncido al yugo de un matrimonio enajenante. Y reservó para don Juan los instantes supremos del amor. Aunque lo vapulearan sus amadas, Torri mismo se inclinó al donjuanismo. Entre las dos formas de ser poeta; el que vive en la pasión o el que vive en el mundo verbal y abomina de lo patético, escogió la segunda.

Poco antes de morir, en una entrevista, contradijo esto que asentara literariamente. Le preguntaron por qué no se había casado y contestó: "...uno no se casa por voluntad propia sino porque una mujer toma la iniciativa. Ni a mí ni a ellas se les ha ocurrido solemnizar nuestras relaciones con el casamiento." Y sobre su leyenda donjuanesca: "...es completamente falsa y molesta para mí, ¿sabe?, porque el don Juan es un ser inmoral a quien no le importa molestar a una mujer. Pasar de una mujer a otra

(13) Torri, Julio: Diálogo de los libros, "Notas sobre don Juan", p. 99.

halaga la vanidad masculina. Aspirar a la fama de don Juan es una aspiración ridícula. Felizmente yo no la he sentido. Más bien fui enamorado". (14)

Vasconcelos se interesó por la filosofía oriental. Como ateneísta propuso leer las meditaciones de Buda, en otra junta renombrada que duró hasta las tres de la mañana. El Oriente inquietó a Torri por su arte, por sus técnicas amatorias, por los dibujos de Foujita y de otros pintores menos conocidos en México pero no menos sabios al manejar sus pinceles. Incluso en la vejez coleccionó libros y objetos eróticos. Todavía se recuerdan sus encargos, formulados como algo prohibido y pecaminoso, a los libreros especialistas. Y, hasta donde se sabe, sus colecciones no le inspiraron textos. Le impusieron ingenuos y pícaros dibujos trazados al revés de sus cartas, le propusieron conversaciones para tertulias entre hombres solos (a las cuales era muy afecto) y le depararon placeres de voyeurista. Aún se comenta que invitaba a sus discípulas para mostrarles volúmenes y objetos pornográficos. Mientras las muchachas permanecían en su biblioteca, como gnomo corruptor de menores, el maestro atisbaba los rostros, las turbaciones que provocaban los grabados, la incomodidad ante la situación establecida, el ligero temblor de las manos cuando tocaban marfiles y porcelanas que él sacaba de las

(14) Galindo, Carmen: "Julio Torri con sus propias palabras", "El Día", mayo 13 de 1970.

vitricas en una ceremonia confidencial.

Cerca de los cincuenta años escribi6: "...las consabidas mujeres que suavemente van tirando del fald6n de nuestra levita hasta sumergirnos en la oscuridad y en la mala reputaci6n. Compadéceme y ayúdame. Comenzamos por servirnos de las mujeres para consolarnos de la ausencia de nuestros amigos."(*) Se empeñaba en que sus alumnas hojearan álbumes sicalipticos; pero encontraba los goces intelectuales en la amistad entre amigos con quienes ejercitaba su ingenio verbal y esperaba el momento de lanzar una de esas intervenciones suyas que pasaron a la historia oral de nuestra literatura. Como Oscar Wilde, sostenia quizá que la "única intoxicaci6n es la conversaci6n." Y para intoxicarse buscaba el trato con inteligentes hombres de letras; Alfonso Reyes, Vasconcelos. Este último, aunque rechazaba el culto de la frase cincelada, mantuvo hacia Torri una amistad protectora. A su vez, Torri procur6 que se publicaran en Méjico las obras de Vasconcelos, quien se hallaba exilado. Lo confirma una carta

(*) Méjico, septiembre de 1925.

y varios testimonios. (*)

Afecto a los amigos, simpatizante de don Juan en quien veía un vengador, frecuentó en su juventud a Carlos Díaz Dufoo (tenían afinidades estéticas y propósitos literarios similares). Con Mariano Silva y Aceves compartía el gusto por las prosas muy trabajadas y un compadrazgo entrañable. Con Jesús T. Acevedo, el amor a la literatura francesa, la tendencia a la maledicencia y el placer de visitar todas las tardes edificios coloniales. Veía a Luis G. Urbina como un erudito ^{amenísimo} y un sabio evocador de Fernández de Lizardi, ^{(**) en cuya} obra ~~en la que~~ Torri mismo era un

(*) "Era tan desolada la situación del país en el año diecisiete, preñada de todos los fetos que pronto habrían de llegar a monstruos. Esta evidencia y la convicción de que mi destino estaba, en lo central, ligado con las cosas del espíritu, hizo que otra vez me reconcentrara en la labor de producir. En las peores épocas de mi vida he tenido siempre la fortuna de hallar amistades que nos conforman. A causa de la amistad nunca nos decidimos a mandar a paseo el trato humano, como en ocasiones lo aconseja la experiencia. Mi amigo de aquel tiempo fue Julio Torri, que tomó a su cargo la tarea, nada grata en aquel instante, de hacer publicar en México los libros que escribía en el extranjero." Vasconcelos, José: La tormenta. Libreros Mexicanos Unidos, México, 1957, p. 1101.

(**) Cuando Urbina fue secretario particular de Justo Sierra se dice que dio su "mano protectora" a Rafael López, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Julio Torri, Samuel Ruiz Cabañas, etcétera: Sáenz, Gerardo: Luis G. Urbina y su obra. Ediciones Andrea, México 1961, p. 47.

erudito.

Para esperar a Genaro Estrada, pasaba horas de plantón a las puertas del Salón Rojo, aunque luego se distanciaron y una carta recoge estas líneas: "Los originales de Acevedo yacen en poder de Genaro a quien no deseo ver para este asunto y acaso para ninguno."(*)

Concurría a las tertulias que estaban de moda entre los literatos. En La apacible locura, González Martínez habla de tales reuniones. Por su parte, Torri alude a ellas en varias oportunidades como ésta: "Por las noches me reúno con nuestros antiguos amigos. Jorge Enciso, Alvarez Cortina, González León, Carlos Frank, etc. que almorzaron una vez contigo en la calle de Sepulcros de Santo Domingo ¿Te acuerdas? Son gente de buena compañía, tan grata para nosotros (Tú, yo, el abate Coignard, Aramis, etc.)"(**) Y entonces, las máximas misóginas de ~~S~~openhauer amenizaban los postres.

Veía en la mujer al animal de ideas cortas y cabellos largos, con quien el diálogo era imposible. Emulando a don Juan, le dedicó gran parte de sus afanes y de su tiempo; sin embargo, la entendía como un objeto redondo, preciosos y antagónico, capaz de inspirarle temor y atracción.

(*) México, febrero de 1929.

(**) México, abril de 1936.

No cabe duda que "A Circe" es una de sus prosas perfectas. Torri intuyó ahí su predestinación para la soltería y, luego, jugando con elementos similares, con el mismo pasaje de Homero, hizo otro poema esclarecedor: "Un día se hastiaron las sirenas de los crepúsculos marinos y de la agonía de los erráticos nautas. Y se convirtieron en mujeres las terribles enemigas de los hombres."⁽¹⁵⁾ Estas líneas vengativas y dolientes tienen el tono y las referencias literarias que conservan algunos aforismos divertidos con los cuales pretendía definir sus experiencias femeninas: "La mujer es una fuerza de la naturaleza como el viento o el relámpago, terrible desatada; para el que quiere pagar el hospedaje necesarísima, sujeta a la inteligencia ordenadora. O nos arrolla como *el* mísero des Grieux, o nos saca como a tantos (a France, por ejemplo) del marasmo de la pereza y la vida estéril. Al igual que Odiseo ante las divinidades incógnitas, acerquémonos a ella temerosos si no sabemos la fórmula mágica que ata y orienta su incontrastable energía."⁽¹⁶⁾

El diamante que cristalizó todas estas ideas fue "Mujeres", texto con el cual antecede al Manual de zoología fantástica de Jorge Luis Borges, Bestiario de Juan José Arreola - al que influ

(15) Torri, Julio: Tres libros, "Almanaque de las horas muertas", p. 88.

(16) Torri, Julio: ob. cit., "Almanaque de las horas muertas", p.88.

ye en el tono y en el empleo de algunas imágenes^(*) y Prosodia, donde el jalisciense parece quintaesenciar algunas pretenciones de Torri.

Seguramente coincidía con Díaz Dufoo al confirmar que "el matrimonio es el irreparable absurdo que se repite siempre⁽¹⁷⁾; pero en más de una oportunidad pensó poner orden en su vida con ayuda de una mujer hacendosa y callada. Esos pensamientos correspondían a fugaces estados anímicos. Torri demostró ^{insto} una misogenia

(*) A manera de datos curiosos podrían citarse dos pasajes correspondientes a "Mujeres" y a Bestiario, respectivamente: "Y tú, a quien las acompañadas dichas del matrimonio han metamorfoseado en lucía vaca que rumia deberes y faenas, y que miras con tus grandes ojos el amanerado paisaje donde paces, cesa de mirar amenazadora al incauto que se acerca a tu vida, no como el tábano de la fábula antigua, sino llevado de veleidades de naturalista curioso," Tres libros, p. 60.

"Y ama a la prójima que de pronto se transforma a tu lado, y con piyama de vaca se pone a rumiar interminablemente los bolos pastosos de la rutina doméstica," Confabulario total 1941-1961, p. 29.

Saltan a la vista las deudas de un escritor con otro. Ello no obstante, existe una diferencia fundamental: mientras Torri se acerca a la casada llevado por "veleidades de naturalista curioso", Arreola la padece como compañera.

(17) Díaz Dufoo, Carlos: Epigramas y otros escritos, "El barco", p. 119.

precoz. En el cuento titulado "De la vida maravillosa de Salva-Obstáculos" (*) aludió ya a una serie de niñitas que razonaban "con notable perfección y uniformidad -sí porque sí, no porque no- como relojes que señalaran la misma hora." (18) Desde entonces sus mujeres siempre tuvieron alguna intervención grotesca, o suministraban tabaco de pésima calidad a los reos ante el paredón ("De fusilamientos"), o pronunciaban frases absurdas en un banquete ("La cocinera"), o podían confesar tristemente: "-Mi último enamorado no volvió tras la primera entrevista en que me abandoné en sus brazos. Temo que usted hiciera lo mismo." ("Muecas y sonrisas"). (19)

Con todo, uno se pregunta por qué Julio Torri fue ~~un~~ soltero. Las conjeturas se multiplican. ¿Se enamoró al fin y lo rechazaron? ¿Padecía problemas sexuales? ¿Se contentaba con sus juegos voyeristas? ¿Se entretuvo en amoríos efímeros con los cuales adormecía su destino solitario? ¿Le asustaban los líos entre casados? ¿Creía seriamente que las mujeres toman siempre la iniciativa? ¿Gozaba más su libertad que las perspectivas de acompañadas dichas matrimoniales? ¿Las juergas como aquella en que María

(*) "De la vida maravillosa de Salva-Obstáculos apareció en El Mundo Ilustrado, el 18 de febrero de 1912.

(18) Torri, Julio: Diálogo de los libros, p. 58.

(19) Torri, Julio: Tres libros, p. 106

no Silva, borracho, entabló diálogo en latín macarrónico con la Venus de la Alameda? ¿O se atemorizaba con la idea de echarse encima nuevos compromisos económicos? Al morir su padre en 1917, Torri mantuvo a su numerosa familia. Varias veces habló de esa obligación: "Mi vida es ahora bien dura. Hago mi aprendizaje de cosas serias. Sustituyo a mi padre en una familia que desconoce las situaciones falsas y las casas de vecindad. Hasta hoy, no me ha faltado trabajo (empleado en Bellas Artes). Pero temo mucho. Como puedo, me dispongo a heroísmos desconocidos en un futuro que presiento no está lejos..."(*) "Casi todo mi dinero se me va en cosas familiares. El pequeñísimo resto lo empleo en amortizar incabables deudas. Así pues, continúo siendo pecuniariamente la paradoja económica que tú conociste."(**)

¿Para un hombre tan tímido, el miedo de no poder afrontar la situación económica en determinado momento significó quizá el heroísmo de renunciar a su pareja? Tal vez. La madre de Torri murió en los primeros meses de 1952. Para entonces él se hallaba al fin en Roma, contaba sesenta y tres años de edad y había dejado atrás sus posibilidades de establecer un hogar.

Otra hipótesis ~~se deriva~~ parte de estas líneas:

(*) México, un día claro de noviembre, [1917]

(**) México, un incoloro día de febrero en que ella me vio con desvío [¿1918?]

"Un amigo me confesó:

-Mi vocación literaria es tan corta que tengo que prescindir de matrimonio, ambiciones, etc., pues cualesquier preocupaciones de este orden la dominarían y anonadarían." (20)

Por uno o por todos los motivos anteriores, era un soltero convencido que aconsejaba a sus alumnas asesinar a sus respectivas progenitoras para evitar desilusiones prematuras en sus pretendientes. Entre los sesenta y cinco textos incluidos en Tres libros, sólo unos cuantos tocan el tema amoroso directa o indirectamente: "A Circe", "El raptor", "La amada desconocida", "El héroe", "Mujeres", "Anywhere in the south", "Estampa", "Tis pity she's a whore", "El celoso", "La ingrata", "Labios que hoy besamos" y algunas astillas de "Almanaque de las horas" y de "Muecas y sonrisas". Muchos nos remiten a diversas fuentes literarias e, incluso, no se entienden bien a bien si se desconocen las obras de Homero, Manuel Acuña, John Ford, etc. Todos someten el sentimiento a la inteligencia creadora, aunque suelen descubrir pistas autobiográficas. Pero, como le sucede a la mayoría de las reglas, hay una excepción, un poema de madurez escrito al precio de una pasión desafortunada. El autor deja a un lado su temperancia y pundonor a que nos había acostumbrado, y se adentra en el desconsuelo.

(20) Torri, Julio: Tres libros, "Almanaque de las horas", p. 90.

"Hace un año la perdí. A ratos pienso que su fuga es como una grave derrota mía, ya que, en la corriente veloz que todo lo desune y arrebató, no supe detenerla. ¿Se cansó de mí y huyó por eso de mi lado? ¿Mi exigente y violento amor se le hizo intolerable? No lo sé. Acaso cometí las torpezas de rigor en todo apasionado, y la primera de todas, descubrirle mi lastimosa condición. (No me detengáis, amigos, voy en busca de una mujer que he perdido.)

"Tengo grabadas en el alma su cara seria y sus ojos maliciosos, sus rebeldías, sus llamados a la corrección cuando mis caricias se volvían locas. Perdí una mujer y ahora sin reposo la busco anhelante con el ardiente deseo de hallarla, con el temeroso deseo de hallarla. Si al verme huye, si al dar conmigo me dice palabras duras, la habré perdido para siempre, y por eso tengo tanto temor de hallarla. (No me consoléis, amigos, con el cordial de vuestras palabras.)

"Y sin embargo no descanso de buscarla; mis ojos sólo escrutan rostros y talles y, en mis melancólicos paseos, me he vuelto insensible para los nobles árboles y las ágiles nubes que se desperezan gentilmente en las brisas ligeras. No veo sino figuras humanas, desconocidas, buscando a la que amo tanto y tan desesperadamente. A veces el ansia de encontrarla es urgente y violenta; otras se apacigua y hasta llego a pensar que ha sanado el fiero mal. Pero después me fatiga de nuevo el tormento por verla, por oír su voz... Concentró todo el fuego de mi alma, y me hizo suyo para siempre tan sin desearlo ni saberlo. Llena mi so

ledad su recuerdo, licor en que me embriago sin medida y sin cor
dura. Mi pensamiento se abisma en las más pesarasas meditaciones.
(Amigos, no os pese de mi callada compañía.)" (21)

¿Quién fue esa mujer que se adueñó del amor de Julio Torri, sin desearlo ni saberlo? ¿Era una discípula, una compañera de trabajo, una de las chicas halladas en recorridos urbanos? Su nombre y su retrato permanecen silenciosos. Torri los guardó en el fondo de su afligido corazón. Como la mayoría de los amantes en desgracia, se culpaba a sí mismo del abandono, reconstruía los instantes felices de su amor, se angustiaba con las indecisiones que sentía por no ser ya dueño de sus actos. Buscaba en otras mujeres a la causante de su pena y, al no encontrarla, recurría a los amigos comprensivos. No se engañaba. Sabía que para él había sonado la hora del desencuentro. En adelante, una vez más, sólo le quedaban los recuerdos.

(21) Torri, Julio: Tres libros, "Muecas y sonrisas", pp. 107-108.

EL HOMBRE QUE VIVE Y EL HOMBRE QUE MIRA.

En uno de sus artículos Torri apuntó: "Por lo general, el escribir es una manera fácil y cómoda de disimular el propio yo".(1) Como una legión de escritores cuya lista de nombres daría vuelta al planeta, encontraba en la literatura puerta ██████████ para evadir la fealdad cotidiana. Puerta por donde entraba dejando fuera sus pequeñas y grandes miserias personales. A veces -siempre vía literaria- no sólo disimulaba su personalidad sino que soñaba otra más a su gusto. Era ~~un~~ tímido, le aburrían hasta la náusea infinidad de problemas cotidianos que todos los días nos salen al paso y, sin embargo, en su juventud inventó un personaje cercano a lo divino, le puso Salva-Obstáculos. Y Salva-Obstáculos conseguía lo inconseguible y rectificaba el mundo con un chispazo de ingenio y un mínimo de esfuerzo. Inventando al individuo más singularmente contrario a sí mismo, se reía un poco al destapar la cara oscura de su espejo, pero lo importante para el crítico literario radica al advertir que una buena parte de la obra de Torri fue hecha con procedimientos similares. La certidumbre de su soltería perenne le inspiró "A Circe"; "De una beatífica institución" responde a la certeza de que se le negaría el

(1) Torri, Julio: Diálogo de los libros, "Ventura García Calderón", p. 78.

aplausos populares; redactó "Beati qui perdunt..." para referirse a la monotonía en la cual terminó ahogado y "La balada de las hojas más altas" para exaltar su torre de marfil. Esto mencionando sólo los ejemplos de sus prosas más célebres.

Contrapartida a su existencia sin grandes entusiasmos, ni grandes cambios ni estímulos grandes. Imaginó ser el buscador de oro, padre de tres hijas hermosas rodeadas del misterio inefable, y quiso la perfección estilística. Buen gambusino, consiguió algunas ~~obras~~ ^{vetas} sin defectos entre las que pueden contarse las que precisamente acabamos de citar; sin embargo, a menudo falló su intento porque para los hombres la aprehensión de lo perfecto constituye un mero sueño; a pesar de ello, estos anhelos suyos explican en buena medida la brevedad de su obra, su insistencia en retomar un mismo texto y su costumbre de publicarlo varias veces con leves variantes anteriores a la versión definitiva.* Seguía así un método que no han desdeñado otros autores con propósitos formales parecidos.

*Resulta extensa la lista de periódicos y revistas en los cuales colaboró. El Mundo Ilustrado, Revista de Revistas, Argos, Nosotros, México, La Nave, El Universal, Pegaso, El Universal Ilustrado, El Pueblo, El Nacional, México Moderno, El Maestro, Azuleros, Zig-Zag, Ulises, Contemporáneos, Tierra Nueva, Universidad de México, etc.

Debido a su consabida, precoz cultura y a una vocación firme, a los quince años sacó en Saltillo su primera prosa: "Werther". Se apresuraba a publicar, él tan reticente luego a que sus creaciones vieran la luz. Se trataba de un impulso infantil, indigno -a su juicio- de figurar en un libro. A juicio de otros, estas líneas iniciales demuestran un estilo propio y el extraño don de resumir ideas complejas en unas cuantas palabras. Demuestran también que como muchos escritores en los que fincaba sus modelos y como muchos adolescentes del tiempo, Torri había leído entusiasmado el libro de Goethe y se había conmovido con las desventuras de un joven para quien el amor no fue dichoso.

Cinco años después debutó profesionalmente, dió a prensas: "Diálogo de los libros" (1910) y "Diálogo de los murmuradores" (1911)*. Los dedicó a dos compañeros ateneístas, Alfonso Reyes y Antonio Caso. Era un género estimado por el grupo puesto que permitía analizar una idea desde ángulos diversos. Los párrafos introductorios del primero establecen contacto con el lector después de un largo rodeo, al uso de los cuentistas del XIX. Utilizó este artificio en otro relato -"Escocia, como patria espiri-

*Curiosamente, uno de los primeros textos de Reyes se titula, "Tres diálogos". Compuesto por "El demonio en la biblioteca", "El dueño de en la casa" y "Las cigarras del jardín", apareció en 1909. Carlos Díaz Dufoo (hijo) tiene un par de diálogos similares (1920- y 1928).

tual"- y lo suprimió como todo lo que no fuera preciso. Se abocaba a desarrollar un tema sin frases de menos y sin frases ociosas. Ambos diálogos están escritos en un español arcaizante, con influencias indudables de los clásicos y de los primitivos españoles, bien imitados y mejor leídos por los ateneístas -y por algunos de sus maestros pertenecientes a la generación del 98-. Tal apego causó situaciones y anécdotas a las cuales no se refirió sólo Reyes en "El testimonio de Juan Peña", sino el propio Torri en uno de sus artículos:

"Mariano Silva llegó a México por 1907. Venía de Morelia; sabía latín, era muy dado a lecturas clásicas y españolas y pronto encontró en la Facultad de Jurisprudencia espíritus afines. Hizo sus primeras armas literarias en el Ateneo de la Juventud, allá por 1910. Recuerdo que alguna vez un club revista estudiantil nos encargó la redacción de un manifiesto. Lo pergeñamos en una prosa arcaizante, puestos los ojos en fray Luis de Granada, que a la sazón nos deleitaba. Nuestros correligionarios político - estudiantiles quedaron profundamente consternados con nuestras lucubraciones, que no recuerdo ya si con razón atribuyeron a socarronería". (2)

Ciertamente sus diálogos descubren actitudes socarronas aunadas al deseo de apuntar ideas filosóficas que inquietaban a determinados componentes de la generación, como el propio Reyes.

Pero entre los libros que incluso en la vejez Torri se hubiera

(2) Torri, Julio: Diálogo de los libros, p. 106.

ra llevado a la isla desierta estarían sin duda los que sostuvieron tesis estéticas acordes con su sensibilidad.* Ello aclara su afición por Pater y justifica que viera en Intenciones la obra central del Oscar Wilde. Además, esclarece algunos puntos de las páginas con las cuales el doctor Serge I. Zaitzeff formó el volumen cuyo título salió del primer trabajo integrado a la colección, Diálogo de los libros, que el Fondo de Cultura Económica publicó en 1980.

Desde el principio de su carrera se mantuvo fiel a las rutas trazadas, aunque por supuesto depuró su estilo. La mayoría de los escritores enfrentan idéntico problema. Un artículo de Revista de Revistas, correspondiente al 2 de abril de 1911: "El monumento nestoriano de Sian-Fu y el doctor Friths Von Holm" resulta sorprendente. Empieza como una simple crónica periodística en torno a un arqueólogo dinamarqués y su donativo a nuestro gobierno: la copia del chingchiappei, monumento erigido hacia el año 781 por monjes siríacos. El sentido del humor, la buena prosa, el acopio de datos y los conocimientos enciclopédicos enrarecidos por lo fantástico lo convierten en un texto de ficción. Borges siguió la receta con eficacia maravillosa en múltiples ocasiones. Torri probó que sabía experimentarla; pero prefirió

*Por su erudición misma, Torri señaló siempre a los autores de quienes se sentía deudor, y, entre ellos, principalmente los franceses. En el cuestionario de Marcel Proust que contestó para la revista Espejo, en 1969, dijo que sus prosistas favoritos eran Honoré de Balzac y Anatole France; y sus poetas, Paul Verlaine y Charles Baudelaire.

practicar los efectos desconcertantes del absurdo mezclado a lo cotidiano (*).

Entre sus primeros textos "El embuste" es el de importancia mayor. Antecede a "De funerales". Comparándolos entre sí se obtiene una lección valiosa sobre las fórmulas de un estilista para elegir las oraciones modulares —a costa de párrafos enteros—, en su persecución de prosas muy cercanas a lo perfecto. Sus ojos avísos y su amor por la belleza lo llevaron hasta la crítica de artes plásticas en la cual inexplicablemente no perseveró a pesar de su talento natural y de una nota titulada "La criolla del mango", sobre un cuadro de Saturnino Herrán, donde demostraba que podía notar cosas que para otros pasaban inadvertidas. Se sabe que entre los mexicanos admiró a Rivera y Téllez, con quienes tuvo amistad; que le gustaba la escultura de Miguel Ángel y Rodin, y los trabajos ~~de Leonardo, Rembrandt y Velázquez~~ de Leonardo, Rembrandt y Velázquez ¿Por qué entonces dejó estas apreciaciones sólo para temas de conversación? Era parte de su estilo abrir las brechas

* Cuando Espejo quiso hallar similitudes en la prosa de ambos autores, Torri repuso: "...conozco insuficientemente la obra de Borges como para poder emitir un juicio sobre ella, menos aún en relación con la mía." Pero citó a Borges extensamente, en el "Estudio preliminar" de Grandes cuentistas.

apuntar procedimientos, descubrir artistas fuera de serie,* Y abandonarlo todo.

Las inclinaciones de su temperamento le afinaron el gusto por la ironía y por los contrastes; el culto por la frase justa - y dentro de éste- la carga semántica de cada vocablo y el empeño de buscar una adjetivación maliciosa, de una certeza definitiva; el uso constante de citas y referencias literarias; el asco por la vulgaridad al que se antepone una actitud contenida; el manejo de esoterismo consistente en no enfrentar a sus lectores con situaciones pintadas frontalmente sino al sesgo de la perspicacia, que en muchos casos requiere cultura previa para su total comprensión; el empleo del cinismo aprovechado como recurso estético; los constantes aforismos acordes con su esfuerzo por mantenerse lúcido sobre las obnubilaciones del sentimiento, el horror por lo explicativo y amplificado, entendiéndolo como la más preciosa de las virtudes. Así, no es raro que Torri viera en el ensayo conto un género propicio. Le permitía: "la expresión cabal aunque

* Torri, por ejemplo, fue uno de los primeros mexicanos que valoró a Proust (tan admirado por los Contemporáneos) y le consagró un artículo. Definía A la recherche,... como una biblia de nuestro tiempo, clave para entender el complicado mundo moderno, "alfabeto mágico que nos permite leer en cerebros y corazones cuanto es posible hallar en ellos...", Tres libros, pp. 129-133.

ligera de una idea", pues "su carácter propio procede del don de evocación que comparte con las cosas esbozadas y sin desarrollo"⁽³⁾ Tampoco es raro que el resultado de tales artificios fuera una pasmosa claridad a la cual únicamente los maestros del lenguaje pueden aspirar, y una literatura destinada a los criterios y a las minorías cultos. En su prosa titulada "El ensayo corto" apuntó categórico sus ideas al respecto y el desdén que sentía por los escritores que sucumben a la tentación de agotar un tema. En su empeño por hacer que sus innumerables discípulos universitarios leyeran Don Juan o Un pueblecito de Azorín marcaba las rutas que él mismo había seguido.

Su interés por traducir bien a los extranjeros dio lugar a sus hermosas versiones de Las noches florentinas de Enrique Heine (1910)* y Discursos sobre las pasiones del amor de Blas Pascal

(3) Torri, Julio: Tres libros, p. 33.

* "...Después he tenido muchos contratiempos. El último ha sido unos ataques de Palavicini, Rafael López y Villalpando, que me acusaron de recibir dinero alemán por traducir Las noches florentinas. ¿Lo creerás? Me he defendido como he podido y en el fondo, como nos pasa a todos en estos casos, he pensado en emigrar. Sólo lo que lo haré a España, y a fines de este año, pues tengo que dejar asegurada en alguna forma la vida de mi madre." Carta a Henríquez Ureña, marzo de 1914, cuando los conflictos de la Primera Guerra mundial andaban en el aire.

(1942). Se originaba en sus propias inclinaciones y en el respeto que sentía hacia el lenguaje cuidado. Al mismo tiempo, como otros autores entre los cuales se me ocurre citar a los latinoamericanos Julio Cortázar y Rubén Bonifaz Nuño, veía en la traducción un ejercicio para afilar sus armas y el camino que lo llevaba a desentrañar un espíritu ajeno.

"Traducir a los escritores de nuestra predilección es un ejercicio muy útil; se perfecciona la técnica propia y a la vez se enriquece nuestra literatura con modelos y orientaciones que no siempre han de ser infecundos, aparte de que se trabaja por alcanzar una adaptación mejor de nuestra lengua al pensamiento moderno". (4)

Ya se ha dicho que en época de disturbios los ateneístas se dispersaron. Reyes viajó rumbo a Europa debido a las acciones militares de su padre, el general Bernardo Reyes, contra Madero. Alfonso Cravioto, partidario del Partido Liberal Mexicano, pronto fue nominado embajador de los gobiernos revolucionarios. Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos salieron al exilio por su decidida participación en el movimiento armado; Jesús T. Acevedo partió del país por sus nexos con el huertismo. Como Antonio Caso, Torri permaneció en México dedicado a la tarea docente. En 1911 escribió una nota bibliográfica sobre Cuestiones estéticas,

(4) Torri, Julio: Tres libros, p. 33.

que empezaba así: "En estos tiempos de agitación política, ha pasado casi inadvertida la aparición del libro de Alfonso Reyes..."⁽⁵⁾ y le dedicó varias cuartillas tan entusiastas como eruditas, por que sólo podía demostrar sus fibras patrióticas promoviendo el arte literario. Esto se comprueba en sus varias incursiones editoriales, en su "aventura de seriedad" como llamó La Nave,* y concretamente en las doce líneas escasas donde explica los propósitos de Cultura y asienta lo siguiente: "Van encaminadas estas publicaciones a poner en las manos de todos los buenos libros. Campaña es ésta contra las novelas policíacas y folletinescas, que tan mala influencia ejercen entre nuestras clases populares, y que son ejemplares del gusto artístico más depravado",⁽⁶⁾

Creía en las modas, en las condiciones de estilo y en las expresiones de una época que se imponen al artista creador, aunque sabía que si éste es verdadero está por encima de tributos similares y reverenciará las normas supremas del arte puro. Pensaba que cualquier moda no es sino un instante en el perpetuo devenir

(5) Torri, Julio: Ob. cit., p. 72

* "En el primer número de La Nave, incluimos tu delicioso ensayo sobre France, Pablo (Martínez del Río) dijo que era indispensable que tú estuvieras con nosotros en nuestra aventura de seriedad," (Carta a Henríquez Ureña, fechada en febrero de 1916)

(6) Torri, Julio: Diálogo de los libros, p. 72

cultural, sin embargo se inscribió en las vanguardias. Lector voraz, halló pronto los patrones que adoptaría. En la propia Editorial Cultura difundió muchos. Los índices de estos cuadernos registran a varios ateneístas. Allí publicó Vasconcelos El monismo estético y Pitágoras; Antonio Caso, Dramma per musica y Ensayos críticos y polémicos; Pedro Henríquez Ureña, Antología ^{de la} versificación rítmica y Alfonso Reyes, Cartones de Madrid ya mencionados. Aparecieron también una serie de autores que admiraban desde su iniciación como grupo: Rodó, Maeterlinck, Altamirano, Gutiérrez Nájera, D'Annunzio, Train, Stevenson, Shaw, Gourmont, Carducci, Rodenbach, France, Wilde, Gide, y otros cuyas ediciones Torri cuidó personalmente. Su inteligencia insinuante y aguda le abrió las páginas de Los cuentos basados en el teatro de Shakespeare de Lamb; La cruzada de los niños, Mimos y Vidas imaginarias de Marcel Schwob, Rafael Cabrera le dedicó incluso la tra-

* En Cultura no publicó a Lamb. El tomo X, núm. 5, julio de 1919, con traducción y prólogo de Rafael Nieto, pone en español a Lord Dunsany, Los dioses de la montaña y La sentencia dorada, Una carta dirigida a Henríquez Ureña, tiene este párrafo refiriéndose a Vasconcelos: "Está muy "ayankado"; desea la intervención americana en México, etc. Lo aprovecharé nada más para que me preste su Lord Dansay." Por supuesto se refiere a Lord Edward John Moreton Drax Plunkett Dunsany. Dramaturgo y escritor de cuentos irlandés, quien centra su temática en lo que él llama los reinos misteriosos donde termina la geografía y empiezan los países de las hadas. En el "Estudio preliminar" a Grandes cuentistas, Torri dice de Lord Dunsany: "cultiva en una atmósfera de irrealdad flores extrañas de gran lozanía que dejan en el alma como un recuerdo de un sueño a la vez de misterio y encanto."

ducción que hizo de estos dos últimos libros, reconociendo que Torri le había despertado el amor por ellos. Los ochenta y siete cuadernos literarios de Cultura divulgaron las obras de los mejores autores mexicanos coloniales, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés; de contemporáneos como Jesús Urueta cuyos discursos andaban dispersos en las hojas periódicas. De los hispanoamericanos Rubén Darío, José Asunción Silva, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Julio Herrera y Reissig, Ricardo Jaimes Freyre y Enrique Bachs. Figuraban en la colección nuevas traducciones, con interesantes estudios, de El cantar de los cantares, una antología del amor asiático, los Rubaiyat de Omar Khayyam y los cuentos de Tagore.

Gaspard de la noche de Aloysius Bertrand constituye un descubrimiento para los ateneístas. Su influencia queda claramente expuesta en varias prosas de Mariano Silva y Aceves y de Carlos Díaz Dufoo Chijol. Torri confesó que Gaspard, "le quitaba demasiado el sueño". Nuevamente lo impuso como lectura obligatoria a sus generaciones de alumnos, y bajo el hechizo de Bertrand redactó "La vida en el campo", "De una benéfica institución", "Camina por la calle silenciosa", "La balada de las hojas más altas", "Estampa", "Oración por un niño que juega en el parque", "Balada de las tres hijas del buscador de oro".

El año 1920, con traducción y prólogo de Genaro Estrada, Cultura publicó un cuaderno formado por La linterna sorda, El viñador y su viña, Pamplinas e Historias naturales de Jules Renard. Además, Torri coleccionó ediciones riquísimas de las obras com-

pletas de Renard y, al leerlo, descubrió procedimientos que lo entusiasmaron. Ecos de Historias naturales surgen en "Los unicornios" o en "Esas hojitas que se adhieren a la cola del gato". Ecos de los Diarios se intuyen en los retazos que anotaba, porque "Escribir hoy es fijar evanescentes estados del alma, las impresiones más rápidas, los más sutiles pensamientos".⁽⁷⁾ Aunque al tratarse de un lector tan dedicado y erudito, resulta difícil dilucidar las determinadas influencias en sus textos. Salvo, claro, cuando las deudas son muy obvias. Puede decirse, sin temor al equívoco que "la amada desconocida" partió de aquel poema en que Baudelaire hizo bajar a su don Juan hasta los infiernos, y que "Casanova y sus célebres memorias" tomó como fuente la biografía de Seingalt. En otros cuentos y ensayos las pistas quedaron mejor ocultas.

Su biblioteca magnífica, lujosa, relativamente pequeña (~~pequeña~~ ^{diez} mil volúmenes) demostraba que la lectura se le había convertido en un placer al que no renunciaría. La parte erótica reúne varias ediciones de Las mil y una noches con ilustraciones soberbias. Cuentos de colores de Gourmont, libros de Pier Louÿs ilustrados por Tillac, La vida de las damas galantes de Brantôme con dibujos de Becat y múltiples maravillas cuya enumeración sería imposible. Los caprichos de Torri lo llevaron a comprar un poemario

(7) Torri, Julio: Tres libros, p. 65.

de Paul Eluard ilustrado por Dalí, diversas ediciones del Quijote, de los clásicos castellanos, ingleses, franceses e italianos, de las novelas de Proust. Libros que leyó con amor, comprensión y entusiasmo.

Como autor se nutrió preferentemente de los ingleses y franceses.* Ello se nota hasta en el título mismo de su primer libro: Ensayos y poemas. No importa que, según parece, él hubiera querido que se llamara Fantasías mexicanas, pese a que no lo son todas las que contiene. Genaro Estrada cambió el nombre al invertir el conocido título inglés, Poems and Essays.** Estas deudas se ratifican en numerosas oportunidades. "Un monumento a Oscar Wilde", dice: "Fue un brillantísimo poeta, dramaturgo, novelista y ensayista, de los que el fecundo suelo inglés produce de tiempo en tiempo para señalar las más altas cumbres del ingenio

* Por si quedara alguna duda, él mismo confesó que su obra "... procede principalmente de escritores franceses, españoles e ingleses a cuya lecura he sido muy dado: Swift, Heine, France, por ejemplo..." Revista Espejo, núm. 7, primer trimestre de 1969, p.44.

** En el artículo titulado "Trayectoria de Julio Torri", Francisco Monterde lo asegura. Por cierto que también afirma que Torri nunca se recibió de abogado. Es un error. Arrumbado en un cuarto de la casa ubicada en la Plaza Finlay, se hallaba el título profesional en un marco modesto.

y de la elegancia."(8)

En nuestra literatura existen quienes cultivaron o cultivan géneros afines al que Torri ejercía de modo excelente. Cabe citar a Luis de la Rosa que en 1848 publicó Miscelánea, con la voluntad de capturar en unos cuantos trazos un pensamiento completo, o recordar a Micrós, a los modernistas y, en especial, a Gutiérrez Nájera; a Ramón López Velarde, sabio en el manejo de sus adjetivos, que dejó en El minuterero prosas muy trabajadas; a Mariano Silva y Carlos Díaz Dufoo (hijo), a Juan José Arreola y Augusto Monterroso, lectores de Borges, quien además de un escritor es un hombre de ideas.

Comparado con el de Borges, el universo de Julio Torri resulta menos amplio, sin que ello indique carencia de preocupaciones filosóficas. Indica que sus divagaciones nunca osaron llegar al recinto de las ideas puras. Se detenían en los contratiempos que conmueven nuestras vidas y nos impiden la beatífica placidez de los ángeles. O jugaba con una idea chusca y, al parecer, absurda que esgrimía en las conversaciones y con la cual conformaba toda una historia para divertir a sus interlocutores. Martín Luis Guzmán dejó un testimonio al respecto. Dijo: "Julio Torri, humorista impávido, hablaba a menudo de su estrecha amistad con un célebre coleccionador de ataúdes. Muchas horas gastó él en las

(8) Torri, Julio: Diálogo de los libros, pp. 65-66.

galerías del extraño coleccionista sin saber qué admirar más, si la cantidad y naturaleza de los objetos allí acumulados o la discreta conversación de su huésped. Centenares de cajas mortuorias, muchas de ellas todavía con el polvo de muertos ilustres, se extendían a lo largo de amplísimas salas en sucesión interminable, cada una sabiamente dispuesta bajo haces de luz proporcionada y tan bien medida como nunca se logró en la más famosa galería pictórica." (9)

Sacaba sus temas de experiencias burocráticas, de hablillas populares, de lecturas, de planteamientos estéticos, de aficiones deportivas.* Y entonces se refería a las reservas de heroísmo inherentes a la especie humana.

Acudía a los mismos manantiales para no olvidar sus obsesiones porque ellas lo orillaban hasta el abismo de la locura. Aseguró que la posesión acarrea siempre el mismo desengaño. Esta -

(9) Guzmán, Martín Luis: A orillas del Hudson, "El coleccionador de ataúdes", p. 140.

*"El tenis es una adquisición tan valiosa como el ensayo inglés. Por su simplicidad, se sorprende uno de que no haya sido inventado por los griegos. Todos los juegos son más o menos un remedo de la guerra, pero el tenis se parece más a una conversación, a una conversación demasiado viva y de respuestas rápidas y seguras." Carta a Pedro Henríquez Ureña, enero de 1917.

idea esclarece dos cualidades suyas características: desdén hacia las cosas y un individualismo del que disfrutaba como de un patrimonio, aunque ocasionalmente tachara a los solitarios de viciosos. En consecuencia, "De la noble esterilidad de los ingenios" elogia el atractivo fugaz de las obras que no llegaron a escribirse. Durante sus pláticas amistosas - ya se ha visto - inventó muchas, durante sus insomnios fraguó otras, posiblemente durante sus vigiliás redactó los bosquejos y - según sus deseos que atestiguan varios interlocutores - dulcemente las puso en una pira y les prendió un cerillo. Conversador singular, hizo todas las frases lapidarias que pudo. Algunas fueron de su agrado y figuran en Tres libros.

Combatía la tristeza por medio de ese humorismo impávido que reconocía Guzmán. Con tal procedimiento logró: "Era un país muy pobre". Pintaba la paradójica situación de un país capaz de incrementar su economía gracias a productos literarios, y sólo un ateneísta se hubiera atrevido a soñar algo semejante. En "De fusilamientos" presenta una escena atroz contada con la frivolidad de un acto social intrascendente.* Retrató lo imposible como posible y consiguió entrar a la corriente fantástica. Lo confirman

* José Vasconcelos tomó el tema en "El fusilado" (cuento mexicano); Angel de Campo tiene otro relato célebre con el mismo título. Resultaría interesante un análisis comparativo.

"El vagabundo", "Los unicornios" y "El profesor leía un pasaje de Kierkê", donde un alumno se pone de pie indignado, condenando la transformación de los compañeros de Ulises. Sorpresivamente el discurso se torna ininteligible, una sucesión de gruñidos coreados por los discípulos restantes.

"Vieja estampa" y "Fantasías mexicanas" son frutos nada despreciables que cosechaba del colonialismo vigente. Reprodujo entero "Epitafio" de Carlos Díaz Dufoo (hijo) y no desdeñaba las instantáneas inspiradas en la antigüedad clásica. Lo demuestran "A Circe", "Plautina" y "Xenias". Con "La feria", "Noche mexicana", "La Gloriosa", etc., se convirtió en un crítico de la Revolución que le tocó atestiguar. Incluso presintió "El fin de México" debido al comportamiento "del viejo Popocatepetl que tras muchos siglos de hipocrecia bajo los crepúsculos tuvo la chochez de una erupción." Esta prosa pertenece a 1914 como una metáfora de los terremotos, naufragios y demás calamidades que asolaban nuestra patria. Y Torri condenó además las instituciones postrevolucionarias en "Gloria Mundi", tan vigente ahora como cuando la escribió hace cincuenta años porque pone el dedo en la llaga de los mayores defectos nacionales.

Algunos temas le salieron al paso. Las nanas de principios de siglo asustaban a las criaturas diciéndoles que los robachicos los convertían en tamales. Torri cambió la tónica siniestra y con su ironía característica hizo "La cocinera". Su artificio literario consistió en marcar los tres pasos básicos de un cuento. El planteamiento y el desenlace enfocan la anécdota tradicional, mientras el desarrollo centra una conversación incongruente entre

los comensales, cada uno loco con su tema, compartiendo esas sí- las delicias de una tamalada. ¿También se originaron "El celoso" y "El raptor" en leyendas mexicanas? Para "El abuelo" ¿reconstru- yó quizá la imagen de algún antepasado suyo, el emigrante enri- quecido con su fábrica de pastas o el agrimensor, Miguel Maynez, apoderado general del marquesado de Aguayo?

Hijo de Cáncer, dedico un poema a ~~su~~ satélite regente, Y só- lo un amigo tan íntimo como Alfonso Reyes hubiera advertido seña- les biográficas en "La conquista de la luna". Verdaderamente a semejanza de los lunáticos, Torri estaba nimbado por el suave ma- tiz de la displicencia que lo volvía cercano y distante a la vez. Si por fortuna con "El fin de México" no ha sido profético, "La conquista de la luna" incursionó en la ciencia ficción cuando los viajes interestaciales se hallaban en el reino del futuro. Junto con un relato de Martín Luis Guzmán, titulado "Como acabó la guerra de 1917", inicia ese año el género en México. "La con- quista...", cuentecito de rara belleza, fue incluido por Alf Chu macero en Poesía en movimiento. También se consideraron poemas en prosa "A Circe" y "La Balada de las hojas más altas", insertas en la Antología de poetas modernos de México, que la Editorial Cultura publicó en 1920.

Torri sufría debido a su temperamento dubitativo, ~~debido a~~ lo atribuyó siempre a una debilidad de su carácter. En una carta suya correspondiente al 10 de noviembre de 1925, se pre- guntó: "¿Tendré este año decisión para ir a Europa y publicar un libro o para casarme o suicidarme? No la tuvo. Escribió "Para au

mentar la cifra de accidentes". Allí enfocó las dudas de un hombre al abordar el tren en marcha que pasa enfrente. La embarcación representa el destino humano, la osadía, la voluntad de enfrentarse a lo ignoto. Estos planteamientos prefiguran a Kafka entre nosotros y, por tanto, anteceden "El guardaguijas" de Arregola.

"Para aumentar la cifra de accidentes", "El mal actor de sus emociones", "De una benéfica institución", "Beatè qui perdunt..." y fragmentos de "Lucubraciones de medianoche", "Meditaciones críticas" y "Almanaque de las horas" se abocan a descubrir las actitudes vitales de su creador, su moral más cercana al paganismo que al cristianismo, más amante de la libertad que de la sujeción. Su simpatía por don Quijote, parte de la legión inconforme, de los que rechazan moldes de fealdad y maldad ofrecidos para embrutecer la vida; sin embargo, un análisis concienzudo demuestra que los problemas literarios y estéticos y el drama del escritor constituyen sus temas capitales. Para testimoniarlo están "El epígrafe", "La oposición del temperamento oratorio y el artístico", "El ensayo corto", "De la noble esterilidad de los ingenios", "La humildad premiada", "El descubridor", "Le poete maudit", "Mutaciones", todos los artículos y gran cantidad de fragmentos de Tres libros.

Si en otras cosas se falló a sí mismo, tratándose de su literatura nunca quiso hacerse trampa. Habló sobre lo que conocía bien o se ligaba a su índole más entrañable: los problemas del héroe o del falso héroe, del desdeñoso y el estafador, del que

acepta o contradice, del bibliófilo que sonreía encantado al abrir un diccionario y confirmar una presunción filológica. No se engañaba. Comprendía que los clásicos acapararon los grandes temas y que, desde entonces, sólo caben variaciones de poca monta. Dijo: "¡Si fuéramos por ventura de la primera generación de hombres cuando florecían en toda su irresistible virginidad aun los lugares comunes más triviales!" (10), y con un suspiro se conformó viviendo en el siglo XX.

Pensaba que el cuento es tan antiguo como la humanidad y que acaso las primeras hipótesis para explicar el mundo exterior revistieron la forma de cuentos; por lo cual este género literario marca etapas en el desenvolvimiento cultural de una nación. Fraguó una obra destinada a un país desarrollado, aunque no lo fuera el nuestro. Encarnación del espíritu de su época: sensual, irónico, risueño y despreciador de los altos ideales. Sus textos y relatos, llenos de gracia, están matizados con pensamientos profundos, con la ironía de un hombre que ha recorrido muchos trayectos.

En uno de sus tres únicos textos que enfocan la pasión exacerbada puso este pensamiento: "Amamos, ambicionamos y odiamos como si fuéramos inmortales". El supo recordar su mortalidad. Apenas si la combatió dejando unos cuantos textos. Y como cualquier escritor respetable se empeñó en actuar y a la vez juzgar las acciones propias y las ajenas.

(10) Torri, Julio: Diálogo de los libros, p.78

RETRATO HABLADO

Xavier Villaurrutia:

¿Qué queda de la generación del Ateneo? Desde luego la muestra de una actitud seria ante las cosas de la cultura. Sus miembros fueron universitarios, profesores. Si no pudieron llegar a ser maestros en la profunda acepción de la palabra, no fue culpa de ellos. Fueron y son hombres cultos y en este sentido son un antecedente de la generación nueva... De sus ensayistas - a muchos de los cuales un exceso de rigor autocrítico hizo callar antes de tiempo- Alfonso Reyes es, acaso, el de obra más cuantiosa y de más universal alcance. Torri, Díaz Dufoo, espíritus selectísimos, han producido obra breve y depurada, pero sin ecos, sin resonancias.

(Revista de Bellas Artes. Núm. 7, enero-febrero, 1966. p.25)

Martín Luis Guzmán:

En cierta ocasión llegué a visitar a Julio Torri a las nueve de la mañana. Julio vivía en una ruïnosa casona de Isabel la Católica, en la que ocupaba un cuarto. Para llegar a él era necesario recorrer largos y estrechos corredores, subir varios tramos de escalera. En ese momento, Julio se afeitaba. Me pidió que me sentara mientras concluía su arreglo. Después íbamos juntos a desayunarnos. La charla hizo que nos olvidáramos de todo. Cuando nos dimos cuenta eran las dos de la tarde. Salimos juntos a comer.

Julio era el espíritu ágil, sutil, humorista. Nunca de un humorismo superficial. Siempre de gran elegancia y sobriedad para

**FILOSOFIA
Y LETRAS**

escribir, para hablar, sobre todo para hablar. En las cenas del Ateneo, Torri era el amo y señor de la conversación. Sólo se oía su palabra. Todos los demás escuchábamos.

(19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 65 y pp. 68-69).

José Vasconcelos:

"Torri es entre nosotros, por su ascendencia italiana, una de las pocas personas que emplean la ironía. Cualidad rara la suya, ya que en México falta la nota humorística. Es una lástima que no haya desarrollado íntegramente esta insólita cualidad".

(19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 26

Genaro Fernández Mac-Gregor:

Con Julio me une una muy vieja amistad. Me impresionó, desde un principio, su cultura, su afición a las letras, su ironía. En nuestras reuniones, Julio escuchaba; de pronto decía dos frases de gran efecto, incisivas, graciosas y de nuevo quedaba mudo. Si no ejercitara tan rigurosa autocrítica, sería, además de excelente, un escritor fecundo. Le horrorizaba el hecho de dejarse ir.

(19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, pp. 55-56).

Arturo Arnaiz y Freg:

Durante años jugó tenis. Por el rumbo de insurgentes lo veíamos pasar por las calles inmediatas a la antigua estación del fe

rrocarril, pedaleando ágilmente sobre su bicicleta,

Salía poco y cuando se le veía caminar por la calle, pasaba, modesto y tímido "como muchas personas de mérito".

Ocultaba con verdadero pudor la bondad y la ternura de su espíritu. Supo mantener en la vida una cabal elegancia de la conducta. Pero sabía muy bien que el tiempo se burla, finalmente, de todo y de todos.

Desde que aparecieron sus primeras páginas, mostró su habilidad para fijar los más sutiles pensamientos, las impresiones rápidas y los estados de alma más evanescentes.

Quiso que a las hojas de sus libros sólo pasaran las líneas de más alta ley. Apreciaba la probidad literaria, la distinción meditativa y la elevación del pensamiento. Elogió a los que vivieron la existencia con elegante despreocupación. Rechazaba lo vulgar y lo cotidiano, con un desdén auténticamente aristocrático.

A lo largo de su vida se empeñó noblemente en usar su gracia alada para hacer a los demás un poco más inteligentes.

(Excelsior, 15 de mayo de 1970)

Salvador Noyo:

...Obregón había mostrado el talento de acceder a cuanto quisiera hacer el Rector de la Universidad recién resucitada. Y Vasconcelos, el de llamar a colaborar con él a sus compañeros de carrera del Ateneo, de Cultura. Uno de ellos era Julio Torri. Le encargó -¿a quién mejor?- un Departamento Editorial dueño de es-

pléndida imprenta propia, instalada en lo que había sido el templo de Santa Teresa, en Licenciado verdad, a mano de la Rectoría y de las oficinas por las que circulaba lleno de rizos y con la corbata por fuera del cuello, Carlos Pellicer, entonces todavía Cámara. El Departamento Editorial empezó a inundar a México con los clásicos verdes: Platón, Plotino, Homero, Eurípides, Esquilo- a tostón, como las dejadas.

(La primera traducción pagada y por encargo que recuerdo haber hecho fue la de un folleto: The Socialist Appeal para Julio Torri. A dos pesos la cuartilla; pesos de aquéllos. Muy buenos para un estudiante típico).

Era bajito, rapado, semi-tartamudo; con ligeros anteojos sin aros sobre un rostro entre asombrado y burlón, pero siempre inmóvil, deliberadamente inexpresivo. Sus bolsillos daban la impresión de hallarse siempre llenos de piedritas; pero eran libros, tamaño bolsillo: ediciones raras, numeradas, que acariciaba con sensualidad antes de llevarlos a instalar en los estantes de una casa que iba convirtiéndose en desbordada biblioteca.

Por aquellos años se fundó la Dirección de Pensiones Civiles. Los empleados podían construir su casa con préstamos a muchos años. Julio Torri fue de los primeros en aprovechar semejante facilidad. Los terrenos eran aún baratos en la colonia Cuauhtémoc, casi reducidas las construcciones a las casas de Palavicini (Lerma y Rhin) y de Fontes (Pánuco y Villalongín). La modesta casa de Julio Torri abrió ventanas hacia el pequeño parque Carlos J. Finlay, cuando aún estaba ahí la Estación Colonia. Recibía visi-

tas dominicales. Mostraba sus adquisiciones de la semana: lo que le había llegado del extranjero, o lo adquirido en rápidas, ciertas visitas a Porrúa y Robledo.

No he hablado de su obra: parca y ceñida hasta provocar el acicate del caudaloso Antonio Caso - "escritor de gotero". ¿Una autocrítica tan severa que acabara por esterilizarlo? ¿O la persuasión del lector universal, de que nada podría añadir a lo escrito en los miles de libros que devoraba? Respeto sus razones como admiro y recuerdo la agilidad de su pensamiento, su sentido del humor -y el culto independiente a la que vida que todavía por años, antes de que le plantaran frente a su casa el metate del Registro Civil, lo lanzaba a pasear en bicicleta por los rumbos de San Rafael y de la colonia Cuauhtémoc -"a l'ombre des jeunes filles en fleur".

(Novedades, marzo 24 de 1968. Ia. secc., p.4)

Felipe Teixidor:

Tina Modotti era muy amiga nuestra lo mismo que su compañero Weston, quien ya había regresado a los Estados Unidos. Tina vivía en una casa de Abraham González, conservaba su atractivo físico e invitó a Julio a tomar una taza de café; pero Julio era imposible: Como decimos en Cataluña, iba detrás de las escobas si éstas llevaran faldas. Así que después de un rato de conversación, desapareció un momento y regresó en calzoncillos. Por supuesto: Tina, mujer de gran mundo, se rió del asunto, lo mandó a vestirse para que no pescara un resfriado y me contó el in

cidente.

Por 1920 y tantos, junto con el Dr. Atl, Braniff ofrecía grandes comidas en los jardines de su casa ubicada en la calle de Alvaro Obregón, que por cierto luego alquiló el PRI durante muchos años. Las discrepancias políticas no impedían a comunistas y -reaccionarios declarados llevarse socialmente bien: El Machete fue producto de intelectuales de distintos credos. Y a las reuniones de que le hablo acudía todo el mundo; por ejemplo, Diego Rivera con su mujer. Ambos muy exhibicionistas y teatrales. Procuraban alejarse uno del otro y nunca comían en la misma mesa. Lupe Marín llegaba siempre con un itacate que colgaba de un árbol. A pesar de que servían siempre una comida formal, para los postres gritaba: "Oye Diego, te voy a dar un poco de queso porque aquí no se come".

Recuerdo la presencia de Julio en esas comidas. Uno lo veía constantemente en los banquetes, muy caballero, muy bien vestido, con un poco de tartamudez. Acabo de vender al Gobierno una enorme colección de fotografías de un México lejano. Se podía ser pobre, ir de un lado a otro sin necesidad de automóvil. Julio aparece en muchos retratos, como aparecía en los patios de la Secretaría de Educación donde nos reuníamos para ver pintar a Diego Rivera.

Dos o tres años antes de su muerte lo vi por última vez para pedirle que me hiciera un prólogo a las Novelas Ejemplares de Cervantes en la Colección ~~de~~ "Sepan Cuantos". Noté que había puesto muchos libros al revés, con la caña hacia el fondo de los li

breros. Me enseñó un baúl donde guardaba sus ediciones más valiosas. Me prometió escribir el prólogo y salí triunfante; sin embargo, al regresar a mi oficina, recibí su llamada telefónica. Estas fueron sus palabras exactas: "Mire Felipe, me arrepiento de haber aceptado su proposición. Ya casi no veo, estoy enfermo. ¡Me rajo!"

Francisco Monterde:

Más que tartamudo, desde muy joven fue premioso. Titubeaba para escoger las palabras. Posiblemente lo vi por primera vez en la librería de Porrúa cuando acababa de salir Ensayos y poemas que causó gran revuelo en su momento. Era muy amigo del hijo de Díaz Dufoo, (*) también escritor de ensayos cortos. Luego tuve la suerte de coincidir con él. Ambos trabajamos en Contraloría, por Chapultepec. Yo tenía a mi cargo la revista de la institución y él ocupaba el cargo de corrector de estilo de todo el departamento. Llegábamos a las ocho en punto de la mañana y salíamos a las dos de la tarde. A menudo jugábamos tenis en el Deportivo Chapultepec, allá por los años veinte. Formábamos el cuarto. Yo jugaba con mi esposa y Torri, quien por cierto demostraba una enorme habilidad, con María Luisa Ocampo, la novelista y comediógrafa. Quizá hubo un cortejo entre ellos. No formalizaron nada.

(*) Se refiere a Carlos Díaz Dufoo Jr.

Creo que de alguna manera influyó en mí. Cuando escribí prosas que podrían calificarse dentro de la literatura colonialista, - Julio había publicado las suyas, aunque confieso que mis influencias más notables fueron Tagore - al través de las versiones de Zenaida y Juan Ramón, ^{que me regaló} y mi tío Joaquín García Icazbalceta, a qui en incluso me parezco físicamente. Debo también señalar que Julio y yo incurrimos en el mismo género gracias a lecturas comunes: escritores ingleses de moda entre los lectores de Revista Moderna, como Walter Pater; o autores franceses como Aloysius Bertrand que contagia a Julio hasta la marcada preocupación por el epígrafe.

Sentíamos amor por la palabra bien dicha, por el buen Castellano, ello constituye una marcada tendencia de profesor de literatura y de académico. ¡Claro! Entonces no éramos académicos pero aspirábamos a serlo. Los escritores entendían la Academia como una consagración.

Julio Torri se mantuvo disidente en muchas cosas. Tal vez la Academia fue la única sirena que escuchó. A mi juicio, debido a su enorme timidez. Por eso pongo en duda la veracidad de la historia que Tina Modotti le contó a Felipe Teixidor. Julio nunca se portó como un exhibicionista de ese estilo, aunque acudiera al trabajo y a la Facultad montado en bicicleta. Más bien demuestra ciertas analogías de carácter con Efrén Rebolledo. Siempre asistió solo a los banquetes y nunca le conocí ningún amor.

Nací en el siglo pasado. Mi infancia transcurrió en un México cuyos límites llegaban a lo que hoy concierne el primer cua-

dro de la ciudad. Los intelectuales no encontrábamos en las tertulias de las librerías frecuentadas como las de los Porrúa, que ya mencioné. Iban a la librería del Moral, en las calles de Bolívar. En El Volador se vendían antigüedades y el librero más famoso se llamaba César Cicerón. Las Cadenas quedaban donde ahora se encuentra la fuente de Fray Bartolomé de las Casas. Allí, el librero capaz de ofrecer las mejores curiosidades bibliográficas vestía de bombín y chaqueta cruzada y se apellidaba Ramírez, padre del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Julio concurría a todos estos lugares en busca de las ediciones raras que tanto lo apasionaron.

Inició el intercambio de profesores que me tocó continuar. Estuvimos en Pomona College, donde pintó Orozco su Prometeo. Julio en 1930; yo, en 1931. Después, nos encontrábamos constantemente en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras. Por costumbre, sacaba a relucir algo gracioso o divertido y guardaba bien sus intimidades. Quizá la diferencia de años, existente entre nosotros, impedía que me tomara por confidente. Es probable que sus confidentes fueran Genaro Estrada o Alfonso Reyes, quien en uno de sus escritos habló de Julio Torri como de un duende travieso en las reuniones. Ciertamente, Julio hacía gala de ingenio a pesar de su premiosidad.

En la Academia intervino poco. Asistía a las juntas regularmente, pero no leía trabajos. Recuerdo sólo su discurso de ingreso. A mi entender nunca contestó otro. El público le motivaba pánico.

Poco antes de morir le rindieron un homenaje en el Museo de la Ciudad de México. Actores profesionales leyeron sus prosas y varios intelectuales le dedicamos textos elogiosos. Permaneció presente sin seguir el programa. Su sordera se lo impidió. Aplaudía y me preguntaba en voz baja: ¿Qué leyeron?

Poseía una magnífica biblioteca. Su hijo heredó una buena parte que, por cierto, ofreció en venta a la Academia. No se consiguió ningún arreglo. Después del entierro se presentó este hijo de que le hablo. Siempre creí a Julio un solterón sin descendencia, aunque su vida entera conservó el interés por las mujeres. Le brillaban los ojos ante la presencia de una muchacha guapa.

Conocí a su hermano Enrique, buen tipo, abierto, sin señales de titubeos al hablar. Al pronto pensé incluso que el hijo era de Enrique y no de Julio.

Una noche, a la salida del teatro, mi esposa y yo fuimos a visitar a Julio. No pudo abrirnos. Nos habló tras la reja porque su sirvienta se había llevado la llave y lo dejó encerrado. Nunca volvimos a vernos...

Enrique Ramírez y Ramírez:

Estuve preso por participar en un movimiento de apoyo a las feministas. Julio Torri arregló las cosas para sacarme de la cárcel. Al salir fui a manifestarle mi agradecimiento. Yo era entonces un muchacho, creía que él se solidarizaba con ideas tan vanguardistas y tan justas en aquel momento; pero me sorprendí con su respuesta: "No se engañe. Intervine por tratarse de usted a

quien estimo. Por andar en luchas feministas lo hubiera dejado dentro..."

Andrés Henestrosa:

Según cuentan sólo Ramón López Velarde se desempeñaba peor como maestro; pero Torri me dio un curso de literatura española en 1925. Cuando llegaba a un pasaje escabroso de la Celestina, decía: "Aquí hay una palabra fea..." No la pronunciaba y la clase terminaba. Actitud rara en un hombre tan dado al erotismo. Alguna vez me prometió:

"Voy a presentarle a una novia que tengo. No es bonita, pero trabaja muy bien."

Corre el chisme de que era lesbiana la muchacha con la cual tuvo el hijo. Entre 1927 y 1929 probablemente yo mismo le presenté con Antonieta Rivas Mercado, a quien frecuentó mucho. Incluso le envió una carta insinuante. Los parientes de Antonieta sentían horror por ella, de modo que destruyeron todos esos documentos. Quizá ahora se arrepientan.

Con grandes trabajos, por su fobia hacia la página en blanco, me prologó Los hombres que dispersó la danza, sostenía que mientras los jóvenes escribían a la manera francesa, inglesa o norteamericana, yo volvía los ojos a los indios. Ni él ni yo guardamos copia y el prólogo se perdió en la imprenta, junto con dos o tres leyendas que recientemente recuperaré.

Adoraba a Vasconcelos. Lo llamaba Pepe y se dejaba asombrar por Pepe; sin embargo, no se involucró en la campaña del 29. Or

ganizó una comida para los vasconcelistas, a la que asistí. Esto no indica que careciera de juicios políticos. Era un crítico de la Revolución. "La feria" lo demuestra.

Un día Aurea Porcel le preguntó:

- "¿Por qué le puso a su libro De fusilamientos?"

- "Porque aspiro a obtener una cátedra de historia patria", contestó Torri.

En otra oportunidad le comenté:

- "Lo acusan, maestro, de que escribe poco."

Respondió:

- "Lo hago por cálculo. A lo mejor si publico más me cesan."

Lo encontré haciendo cola para cobrar su sueldo:

- "El destino cruel y sangriento", me dijo recordando el verso de una canción de Esparza Otero...

Lupe Marín:

Encontré a Julio con un grupo de artistas que acompañaron a Valle Inclán hasta Guadalajara; entre otros iban Pedro Henríquez y Cosío Villegas. Entonces me prometió presentarme a Diego Rivera. Así que cuando vine a México lo busqué en la Universidad. Me presentó primero al rector José Vasconcelos, quien se mostró amabilísimo conmigo, luego me llevó al Anfiteatro Bolívar donde Diego trabajaba un mural y al ratito de conocerme me pidió que le sirviera como modelo...

Era chaparrito, tartamudo. Se entusiasmó con María Michel, hermana del pintor; pero ella lo rechazó porque dijo que el amor

le entraba por los ojos y que no le gustaba Julio. Por otro lado, pienso que a él no le alcanzaba la vida para soportar y mantener a ninguna mujer, ni para echarse encima las responsabilidades de un hombre casado. Imagino que resolvía sus problemas yéndose con putas de vez en cuando...

Dentro de la misma palomilla a la que perteneció todos pensaban que Henríquez Ureña era más culto e inteligente que Julio. En un camión lo encontré por última vez, tenía lamparones de grasa en la ropa. Ignoro la razón por la que le había ido tan mal, ni siquiera nos saludamos aunque vivíamos a unas cuabras de distancia...

Polo Duarte:

"En la librería Selecta" no se vendían expresamente libros eróticos pero algo de eso circulaba en la trastienda. En una época iba mucho por allá don Julio Torri, quien compraba los libros de una manera reservada. Mi padre, que trataba la cuestión como cosa de hombres adultos, nunca me ocultó esas cosas. Era como si me dijese: "Ve esto y hazte tu propio criterio..."

Recuerdo a don Julio como un hombre callado y quisquilloso. Conmigo no se entendió nunca y cuando puse mi librería en Avenida Hidalgo 17 ya no fue mi cliente. Mis conclusiones sobre don Julio, y sobre otros compradores, las sacaba de ciertos detalles externos que mi padre me enseñó a ver y a interpretar: el aspecto físico, la forma de tomar un libro, la manera de utilizar las manos..."

(Revista Siempre. Número 1368, p. 86. Septiembre 12 de 1979.)

Alí Chumacero:

Fue un escritor de juventud. Lo conocí en 1940, cuando sacábamos la revista Tierra Nueva. Nos dio ese memorable texto del don Juan que deposita flores en la tumba de la amada desconocida. Lo escribió mucho antes y, por supuesto, se trataba de un refrito ya publicado. Caía en esa tentación de publicar varias veces sus cosas porque ya no producía nada.

A los cincuenta años recibía temblando a las personas. Luego tomaba confianza y contaba cosas literarias interesantes. Su morbosidad no fue tan grande como para casarse; pero se refería con frecuencia a los temas sexuales y coleccionaba figurillas chinas semejantes a las gallinitas que fabrican en San Pedro Tlaquepaque; por ejemplo, tenía un personaje de marfil al que se le daba vuelta para verle las partes genitales.

Se le define como un hombre muy inteligente, culto y, egoísta como buen tímido. Tales cualidades le dificultaban hallar la pareja conveniente. Dicen que le gustaba una de las profesoras Terrés, quien por cierto tampoco casó y, en uno de esos viajes que emprenden las solteras, murió en la Patagonia.

Quizá porque el feo tímido resulta dos veces feo, perseguía mujeres inferiores a él socialmente. Se habla de una tortillera a la que enamoraba.

Tuvo un hijo que en este momento estará también cerca de los cincuenta. Recuerdo una esquila del periódico: "El ingeniero Julio Torri participa la muerte de su padre el señor Julio Torri". El muchacho buscó esa manera de señalar su propia existencia,

porque al parecer la familia nunca lo reconoció plenamente.

Se retiró de la vida pronto. Cuando lo conocí se dedicaba ya sólo a su escuela y a su magnífica biblioteca. Calculo que contaba con unos siete mil volúmenes seleccionados. Compraba libros por suscripción. Ediciones limitadas que se lanzaba antes de las populares. No obstante su pobreza, podía darse ese lujo gracias a que no se echó encima otras obligaciones.

Lo traté muy poco. En esa primera oportunidad de que te hablo, luego cuando salió Tres libros, donde se encuentra su producción importante. Yo había coleccionado colaboraciones aparecidas en la Revista Moderna, en la Revista de la Universidad, etc. Se los llevé y completó Prosas dispersas, dividida en "Fantasías" y "Artículos"; además, y como sabes, cuidé el breviarío La literatura española, que don Julio mismo propuso a Arnaldo Orfila, entonces director del Fondo de Cultura. Eran sus apuntes como viejo profesor de literatura. De otro modo no los hubiera escrito jamás. El libro resultó un éxito por su gracia que lo distingue de otros volúmenes didácticos. Cada autor está visto como un texto redondo. Don Julio eslabona un texto con otro en un trabajo de zurdidor. Debo explicarte que entregaba unos originales impecables a los editores y que se desempeñaba muy bien como corrector de pruebas.

González Martínez contaba una anécdota soez: En la decena trágica los ateneístas y sus amigos frecuentaban burdeles, donde se acostumbraba sentarse alrededor de una mesa para beber y conversar. Durante la noche, Torri desaparecía varias veces con su da

ma y regresaba entusiasmado al cabo de un rato.

Existe otra anécdota bonita. En el cumpleaños número cincuenta de José Juan Tablada, los presentes -en su mayoría escritores- insistieron para que Torri tomara la palabra. Finalmente, viendo que no podía rehuirse, se levantó, se dirigió a la madre de Tablada participante en el festejo, y dijo: "Señora, brindo por que se le logre Juanito..."

Una tercera anécdota. En los años de diez, Julio Torri y Antonio Castro Leal se juntaban para hablar sobre literatura. Una vez discreparon en una cita, Castro Leal dijo que era de Pater. Torri se negó a reconocerlo. Quedaron un poco agriados, un poco resentidos. Al día siguiente, Torri esperaba que Castro Leal fuera como siempre a buscarlo para emprender su habitual paseo. Pero a la hora convenida llegó un señor que le entregó un mensaje: "Julio: como la cita sobre la cual discutíamos era de Pater, da por terminada nuestra amistad. Antonio Castro Leal." Torri me lo contaba y añadía: "Aún guardo la carta."

José Luis Martínez:

Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Jaime García Terrés y yo íbamos al Paulito, un restorán situado en la esquina de Gante y 16 de Septiembre. A veces llegaba Julio Torri y mantenía una conversación amena salpicada de chistes pícaros. Años antes lo había conocido en la Facultad de Filosofía y Letras.

Para muchas generaciones de estudiantes la enseñanza de la literatura se apoyó en la sabiduría y en la constancia de algunos

maestros ejemplares; uno de ellos, Julio Torri. Acaso nunca fue un maestro con grandes recursos pedagógicos; en cambio, nadie superó su auténtico amor por las letras y su capacidad para transmitir o para inculcar, a unos pocos, este amor de toda la vida. Exponía lenta y minuciosamente y dejaba caer de pronto, en medio de morosas cuestiones filológicas y pormenores biográficos, observaciones sutiles o discretamente pícaras. Nunca entendió la enseñanza de la literatura como pretexto para amplias y brillantes teorías sino como guía para el conocimiento de los textos. Gracias a sus enseñanzas, la literatura medieval española tiene un sentido y un fulgor permanente para numerosos discípulos suyos, que no podrán volver al Poema del Cid, al Libro de buen amor, a Berceo o al Cancionero de Baena sin recordar la voz velada y pausada de Julio Torri y las iluminaciones con que iba revelando el encanto rudo y delicado de los viejos textos medievales. Tenían sus lecciones, además, otro rasgo particular: su gusto por las figuras menores, las pequeñas joyas olvidadas y los rincones - inadvertidos. En las profusas páginas de las canciones y las crónicas antiguas, prefería poner un poco más de énfasis en la leve gracia de un poeta oscuro o en tal o cual episodio curioso y extravagante, que en las figuras y acciones habitualmente destacadas, como si diera por sabidos aquellos esquemas escolares y se consagraría sólo a completar, amorosamente, el conocimiento de páginas venerables.

Para quienes se acercaban al maestro, el segundo privilegio era el de ser invitado a una experiencia memorable; la de ver sus tesoros bibliográficos. Todos hemos visto casas llenas, invadi

das y atestadas de libros: la de Torri estaba solamente llena de libros, pero hermosos y raros, en anaqueles, armarios, arcones o roperos. Según el caso, don Julio mostraba al curiosos discreto los Ovidios y los Horacios plantinianos, el Nervo forrado en el traje de novia de su madre, los poetas franceses en ediciones reservadas y el rincón inagotable de la sensualidad y la fantasía. Entre los libros, los retratos de algunos escritores amigos o admirados y la belleza generosa de la Venus de Cirene. A veces avivaba la conversación una copita de rompopo o de jerez, mientras el viejo gato cruzaba ceremoniosamente, la cola enhiesta, por el salón vecino, como para afinar el sabor de la observación tímida y maliciosa que deslizaba su dueño.

Además de haber sido maestro y bibliófilo, Julio Torri fue escritor magistral. La rara calidad de sus textos se encuentra en la tersura de su lengua y en el espíritu alado que los ilumina, y en el hecho de que entregan despojos preciosos de auténtica y fresca vida, rescatados, tras lentos y pacientes buceos, de una existencia que fue toda ella ejercicio libresco. Para este gran soteador de la tentación literaria, los libros y su experiencia en torno vinieron a ser un contraluz en la empresa salvadora de su propia sensibilidad.

En su pluma, la prosa no se convertía en vehículo ambiguo para decirlo todo, sino un arte complejo en que pensamiento y estilo se equilibraban para expresar las más sutiles nociones. Sus ensayos y poemas pudieron encontrarse cercanos, en ocasiones, a todos los momentos memorables de la prosa artística; Renard y

Wilde, Lamb y Schowb, Bertrand y Heine, y al mismo tiempo, inconfundibles en su propia originalidad, y aun mexicanos, me atrevería a añadir, en su recato malicioso...

Héctor Azar:

Tuve el gusto de conocer a don Julio allá por las profundidades de 1943, en el primer año que cursé en la Secundaria No. 4. Esa célebre secundaria que todavía perdura en la Rivera de San Cosme esquina con la calle de Ciprés. El plantel estaba dirigido por don José Calvo y tenía maestros de primera línea; por ejemplo, Carlos Pellicer enseñaba historia. Sólo aparecía unas tres o cuatro veces al año y, sin embargo, sus clases resultaban definitivas e inolvidables. Ante los muchachos, que lo recibían embobados por su personalidad fascinadora, se quitaba el sombrero con isolencia y dejaba al aire su calva magnífica mientras su voz sonora invadía el aula... En cambio, la personalidad de don Julio era recatada y subrepticia. Llegaba en su bicicleta, con los pantalones recogidos para que no se le enredaran en las cadenas. Usaba una cachuchita muy inglesa y sus característicos quevedos. Desde el primer momento los alumnos le tomaron la medida. Se iban a la parte trasera del salón, en torno a un jovencito terrible inscrito en ese Primero E, y que hacía gala de sus dotes como imitador de Tin Tan, con aquellas canciones de "turura, tun ta, tun ta" en las que intercalaba oficios como el lechero, el carbonero, y el literaturero, en tanto don Julio se aislaba del barullo. Se subía los anteojitos a la frente y leía pasajes del

Poema del Cid en la edición preparada por Menéndez Pidal. Siempre elegía textos escritos en castellano antiguo para dos o tres perturbados que lo escuchábamos con actitud circunspecta y sin entenderlo cabalmente. De pronto, se fatigaba del ruido, se calaba los anteojos y decía dos o tres palabras medio sonantes que aquietaban la situación unos segundos.

No entiendo por qué aceptaba dar clases a nivel secundaria, quizá para conseguir unas remuneraciones mensuales o para conservar un cierto contacto con los adolescentes. Aquellos pubertos no se interesaban por la abadesa encinta de Gonzalo de Berceo ni por los requiebros amorosos entre el Arcipreste de Hita y doña Endrina, que motivaban una pícaro sonrisa del maestro. Sus verdaderas dimensiones las percibían discípulos de la Facultad o de la Preparatoria, cuando los principios del Ateneo de la Juventud modificaban la conducta de don Julio; pero para mí las primeras lecturas literarias fueron definitivas. Cuando en 1954 tuve oportunidad de dedicarme al teatro, enseguida se me ocurrió montar el Libro de Buen amor que tanto me había impactado.

En la Facultad, don Julio me entusiasmaba por su especial manera de enseñarnos a penetrar en los secretos de la lengua y a entenderla como una fuente.

Como sabes, me gusta comprar cosas, chacharas de diversa índole. En un recorrido por los baratillos adquirí una edición de los Nombres de Cristo de fray Luis de León, que si no era príncipe yo la ostentaba como tal. Se la mostré al maestro. Propuso comprármela. Me negué, la guardé en mi casa incluso en un estuche

de terciopelo y de vez en cuando solía presumirla entre mis com
pañeros, hasta que un día desapareció. Monté en cólera y estuve
a punto de abandonar el hogar materno. Luego olvidé el asunto du
rante tres o cuatro años hasta que fui a visitar a don Julio y en
su biblioteca hallé mi libro, mutilado en la primera página don
de estampé mi nombre. Acalambrado dije: "¿qué tiene usted aquí,
maestro?" Respondió, con bastante indiferencia, que se trataba
de un libro interesante olvidando, por supuesto, que había sido
mío. Pregunté cómo llegó a sus manos, y contestó que se lo ha
bía vendido mi amigo más entrañable del momento, cuyo nombre o
mito por que ahora es un prestigiado autor nacional...

Henrique González Casanova:

Lo rememoró como un maestro terrible y deliberadamente aburrido,
que hablaba en voz baja como para espantar a quienes tuvieron la
pretensión de entrar a su clase y estudiar literatura; pero si
uno hacía el esfuerzo sostenido por oírlo, advertía la melodía
de su frase y la precisión de su juicio conciso, exacto, expresa
do de manera admirable.

Alguna vez don Pedro Robredo me contó anécdotas relacionadas
con Torri, Ramírez Cabañas, Genaro Estrada, mi padre y otros ami
gos del buen comer y de las letras, que solían reunirse en la li
brería. Por desgracia no logro recordarlas. Tampoco recuerdo al
gunas conversaciones que presencié cuando don Julio iba a mi ca
sa para visitar a mi padre.

Después, hablábamos en los corredores de la Facultad, se mos-

traba amable con mi hermano Pablo y conmigo. Amable aunque reticente. Al terminar su clase conservaba su intimidad. Daba idea de que incluso lo exasperaban los muchachos deseosos de llegar a él.

Nunca supe que se relacionara su nombre con el de ninguna mujer. Demostraba un interés profundo por sus alumnas jóvenes y agradables. Su insistencia en enseñarles libros eróticos quizá entraría en el orden de las llamadas desviaciones o perversiones sexuales entre comillas.

Una de las grandes luchas de Reyes, Henríquez Ureña, Silva y Aceyes, Torri, etcétera, consistió en contrarrestar la facundia hispanoamericana con el rigor, que llevaría en todo caso a expresar lo esencial. Torri extremó ese rigor y dejó una obra relativamente corta. Al seleccionar sus trabajos encontró un lenguaje que se expresa al sesgo. Es decir, que guarda su mayor riqueza en lo que sugiere y deja entrever, en lo que alude y elude. Para un lector malicioso, su prosa tiene resonancias; además hay que entender lo que era la oratoria cuando Urueta y Pallares conocieron sus días de gloria. Los ensayos de Torri nutridos en la más bella y precisa literatura francesa, española e inglesa, resultaban tonificantes para mi generación. Representaban una sonrisa por el hecho mismo de enfrentar la justeza a la facundia que imperaba en la cátedra y en la prensa.

Cuando Reyes cumplió sesenta años varios de sus amigos le organizamos una comida. Cada uno se comprometió a llevar un texto escrito en honor del maestro. Entre otros tomaron parte Rodolfo

Usigli, Mariano Picón-Salas, Raimundo Lida, Agustín Yáñez, Francisco Giner de los Ríos, Max Aub, Antonio Alatorre y yo. Julio Torri escribió una cuarteta que decía lo siguiente:

"En el acuario de tu vida breve
 Áureas fulguran las antiguas lumbres
 Que tornasolan gráciles las brisas...
 (Perdona, Alfonso, que probara lápiz.)"

Parecía el arranque de una epopeya ¿no? Al leer la obra de Torri siento que es el arranque de una gran obra, no sólo desde el punto de vista de la calidad sino de la cantidad. Con todo, en sus libros rescata la malicia referida a la contingencia de la Revolución Mexicana, y el resurgimiento de México por un baño de sangre. El texto titulado "De fusilamientos" me hace pensar en Gutiérrez Nájera y con la historia nacional, condensada en unas cuantas líneas. Una especie de sinfonía compendiada.

Luis Rius:

Lo conocí en 1948, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras. Llevé con él tres asignaturas: Español I, Literatura Castellana Medieval y un curso monográfico de Literatura Francesa. Hablaba con voz apagada. Era tremendamente monótono y, como consecuencia, resultaba difícil entrar a su explicación. Algunos compañeros se aburrían porque no pasaban la frontera del tedio inicial. Sin embargo, en apariencia grisáceo y opaco, tenía el fondo más luminoso entre los profesores notables de ese tiempo; Lida, Bolaño, Gaos, O'Gorman, Alfonso Reyes.

Sus observaciones me impresionaban sobre todo cuando se refería a escritores concordantes con su propia personalidad, escritores exquisitos como Francis Jammes o Marcel Schwob. Yo admiraba muchísimo su sensibilidad y, sin conocer aún su obra tan mínima como esencial, le pedí unas líneas de presentación para mi primer libro de poemas, Canciones de vela (1951). Por entonces, Torri no escribía nada; pero redactó un texto de compromiso, sin validez por sí mismo, gracias al cual nos vimos con alguna frecuencia. Después me instalé en Guanajuato donde permanecí cuatro años enteros. Los fines de semana, se invitaba a los maestros insignes para que dieran conferencias en esa universidad de provincia, Torri jamás fue, a pesar de nuestra insistencia.

Ramón Xirau:

Cuando estudié literatura medieval había muchos alumnos. Las muchachas entraban al salón de una por una. Torri pasaba lista y cada vez se alzaba los anteojos para verlas bien. La ceremonia duraba quince minutos.

No me lo había planteado, pero ahora me doy cuenta; nunca intimé con él, aunque comía casi todos los domingos y pasó varias navidades en casa de mi suegro, Xavier Icaza, de quien era amigo desde la juventud. Juntos estudiaron alemán cerca de dos años. Creo que aprendieron bastante. Se cuenta que cargaba las canastitas de las sirvientas. Yo lo recuerdo muy señor en sus maneras. Inició la prosa breve en nuestra literatura, lo que los norteamericanos llaman short-short. De ahí su gran éxito inicial. Lue

go vino el gran cuento mexicano y Torri quedó un poco olvidado.

Guillermo Rousset:

Durante una larga temporada visité a Torri frecuentemente. Comentábamos la literatura de Renard, quien lo influyó. Un día puso en mis manos la edición de las Obras completas de este autor. No incluía los Diarios; pero era soberbia y valiosísima. Por decirte algo, en este momento debe costar alrededor de doscientos cincuenta mil pesos. En una ocasión, hablamos sobre Rivera. Esto fue lo que me dijo a la letra:

" -Conocí a Diego Rivera, con barbas de marinero, a su regreso de Europa en 1920. Entonces nada famoso era. Otro pintor que vivía en Europa, Juan Téllez, gozaba de más prestigio; sus obras quizá sean superiores. Acevedo, que lo admiraba, tenía un cuadro suyo. Téllez regresó con goma sífilítica, loco, y murió ignorado.

En 1921, cuando Vasconcelos fue secretario, reanudé la amistad con Diego. Ibamos todas las noches al lírico. Llevábamos mucha amistad con Lupe Rivas Cacho. Después de las funciones, con telón arriba y teatro vacío, trepábamos al escenario para bailar con las segundas tiples. En la madrugada, caminábamos desde el centro hasta mi casa en la calle de Amazonas. Como a veces llegábamos cansados, Diego se quedaba a dormir en un sillón; lo hacía sentado porque durante sus viajes por Italia, para ganar tiempo, viajaba de noche y se acostumbró a dormir sentado.

Todavía no era comunista; el comunismo parecía cuestión lejana y no preocupaba mucho."

José Luis González:

Llevé dos de sus cursos: Castellana Medieval y Español Superior II. Cuando en 1953 entré a la Facultad, don Julio había cumplido sesenta y cuatro años. Estaba sordo e incluso muy destruido; hablaba quedito y costaba mucho trabajo oírlo. No podría considerársele como un profesor deslumbrante. Según diría Pedro Henríquez Ureña, era un profesor en tono menor, pero se convirtió en uno de mis mejores maestros porque me dio la proximidad, siquiera en el aula, con un hombre que dedicó su vida entera a las letras. Vivió en escritor y lector y se había convertido en un animal literario, por decirlo así. Este tipo humano no abunda, ni en la Facultad ni fuera de ella.

Llegaba a su clase con el texto que comentaba en ese momento, y el libro constituía casi siempre una joya bibliográfica: o una primera edición o una edición rara. Esto de alguna manera reflejaba el amor que sentía por la palabra escrita y le permitía al estudiante un contacto íntimo con su materia. Otra cosa, don Julio hablaba de los textos como si se tratara de personas conocidas. Comunicaba el espíritu de la obra, tanto como su relación entrañable con ella.

Era un bibliómano y cuidaba al libro como un objeto precioso, abría sus páginas con deleite; aunque esto no lo percibieran la mayoría de sus alumnos.

Nunca tuve con Torri una relación personal y no pienso que en mi generación nadie la tuviera, quizá por la diferencia de edades que impedía el contacto humano. Seguramente hubo más nexos

con sus alumnos de otras épocas.

Como buen misógino no odiaba a las mujeres, pero sí las temía. Apreciaba la feminidad como un perfecto caballero y no precisamente a tal o cual mujer. El hecho es que nunca casó.

Como escritor me dió lo mismo que Borges. Y a los dos los considero mis maestros. Me dió el afán de buscar la perfección y la claridad. Usaba el lenguaje como un instrumento y lograba una prosa donde cada palabra tiene su peso específico y su lugar exacto. Una prosa donde no sobra ni falta nada, lo cual siempre ha sido mi ideal literario. De su obra conservo una idea de conjunto y el placer de su humor tan fino que nunca cae en la broma de mal gusto. Fue lo que los franceses llaman un ingenio...

María Luisa Mendoza:

Yo lo vi muchas veces alimentando a las palomas de las plazas vecinas a la suya.

José Emilio Pacheco:

Fui su discípulo y tu condiscípulo en un curso de literatura española ¿no lo recuerdas? con un horario infame; a las cuatro de la tarde. En ese tiempo yo vagamente sabía que el maestro era escritor y la clase resultaba tremendamente aburrida. Por obligación leíamos Juanita la larga o Pepita Jiménez y aún conservo esos libros con una gran cantidad de palabras subrayadas pues desconocía su significado exacto. Años más tarde descubrí cuán útiles me fueron.

Don Julio destestaba el magisterio y realizaba ese trabajo con molestia. Cuando leí sus libros deslumbrantes, supe que no tenía por qué ser brillante o divertida una persona capaz de escribir cosas tan bellas.

Nunca lo traté. Conversamos por única vez durante una fiesta para celebrar los 40 años de Ramón Xirau. Me dijo que los modernistas hicieron un poemario, ilustrado con una serie de dibujos eróticos maravillosos, en honor de Luján, aquel millonario protector suyo; pero las sobrinas de tan ilustre señor - unas mojígatas detestables - quemaron el libro sin remordimientos. Por supuesto, nunca he leído nada al respecto ni lo confirmé en ninguna parte...

Salvador Elizondo:

Cuando Vasconcelos figuraba como rector, mi mamá trabajó en la Universidad. Conoció a Julio Torri, quien la llamaba Pepita Lenchi como unas muñecas de trapo que estuvieron muy de moda en los años veinte. Mi padre publicó en la Editorial Cultura el primer tratado de economía comercial que se escribió en México. Así, también entró en amistad con Julio Torri; pero se trataba de una amistad lejana. Ambos contaban las mismas anécdotas de siempre, que Torri montaba en bicicleta e invitaba a todas las mujeres que podía a ver libros sicálpticos, novelas de Pierre Louys con ilustraciones alusivas, etcétera. Me parece que nadie intimó realmente con el mama's boy que sostenía a su familia.

En 1959 me dio clases de literatura medieval. Poseía una sen

sibilidad muy afinada para ciertas cosas que son las que me interesan en particular; sin embargo, en términos generales sus cursos resultaban opacos. Era un maestro para futuros escritores. Fue el único maestro del arte que tuve. Reconozco en él algunos de mis propios procedimientos, por ejemplo, el empleo del aforismo crítico y de la ironía como recurso estético. Esto es, una ironía que consiste en no decir lo que se quiere decir y que, en cierto modo, explica su laconismo. Por otra parte, siempre propugnó por las enseñanzas de Gracián. Alguna vez puso en manos de mi madre "El discurso del discreto". Mi madre nunca le devolvió el libro y lo conservo en mi biblioteca.

Admiro a Julio Torri sobre todos los escritores mexicanos. Me entusiasma su relación con la literatura entendida como algo que existe para el consumo personal. Justo ahora intento recobrar el gusto por la lectura que él no perdió nunca, a pesar de no haber sido un crítico. Entre sus rasgos distintivos recuerdo la manera como manipulaba los libros, la manera como los abría y pasaba las hojas. Nadie lo hace igual.

Tenía más destreza que genio y ello no obstante ¡caray como escribía ese tipo! "De fusilamientos" es una de las mejores prosas conseguidas en nuestro país, lo mismo que "A circe" de la cual escribí una variación. Se llama "Aviso" y está recogida en El grafógrafo.

Para los muchachos de mi generación, Torri ya no era accesible. Apenas si podía con su alma. Algunas veces lo acompañé hasta la parada de los camiones en Ciudad Universitaria y, por su

parte, siempre me trató deferencialmente. Recién publicado mi libro de poemas me mandó una carta muy elogiosa...

Héctor Valdés:

Fue mi maestro y recuerdo su clase como algo muy aburrido. Nunca intimé con él a pesar de visitarlo en su casa algunas veces. Corrían muchas anécdotas en torno suyo, y en la Facultad era frecuente verlo, con unos ojillos extraños, parado cercano al baño de mujeres para fijarse en quienes entraban o salían.

Se cuenta que una ayudante de intendencia estaba en Mascarones trapeando el piso. Don Julio quería pasar y le dijo:

- "Con permiso, señorita."

Ella contestó abruptamente:

- "Señora, por favor."

A lo cual, indignado y en el tono más doctoral imaginable, don Julio repuso:

- "Señorita es un diminutivo de señora que nada tiene que ver con la doncelléz..."

Gustavo Saiz:

Cuando se le pedía que firmara alguno de sus libros, Torri corregía primero, a tinta, las erratas que sabía de memoria... Recuerdo que durante el invierno en una de sus clases estábamos casi a oscuras. De pronto se prendieron las luces y él escogió, para comentar con nosotros, un poema que empezaba: "Y la luz se hizo".

Cristina Pacheco:

Fui su discípula pero no su amiga. Salimos algunas veces a tomar café con Magdalena y Carmen Galindo y Elda Peralta. Estuve en su casa para pagar un examen y luego buscando que aclaráramos una equívocación. Podría decirte algo más pero pienso publicarlo en "La cultura en México", como un cuento homenaje a don Julio, quien me dio a leer el Decamerón, libro importantísimo para mí...

Margarita Peña:

Era un hombre pequeño, menudo, de anteojos. Imagino que quizá en un momento de su vida, Efrén Rebollo tuvo similitudes con él. Don Julio me parecía un remanente, un resabio, un residuo de cosas que habían sido. Yo lo entendía como tal. Tomé su curso de Español Superior. Peripatéticamente se paseaba por el salón leyendo textos frente a los alumnos sentados y obedientes. Después hablaba de modo deshilvanado sobre el adjetivo y el sustantivo. Pretendía transmitir el idioma al través de tal o cual pasaje literario. Se trataba de un maestro muy sui generis, como pueden serlo todos los que además de maestros son creadores.

No adoptaba un método riguroso al que se ajustara. Nunca habló de morfología, sintaxis; mucho menos mencionó a Gil y Gaya o a Saussure. En cambio, proporcionaba vivencias literarias que no proporciona un maestro atenido a un programa. Más que bueno, para mí fue un maestro singular, encerrado en su capullo de difícil acceso.

Apenas reconstruyo la noche en que fuimos juntas, tú y yo, a pedirle una colaboración para El Rehilete. Recuerdo sólo las lu

ces de una lámpara en su sala.

Cuando ya se había jubilado, me ocurrió un incidente curioso con don Julio. Por errores burocráticos necesité examinarme nuevamente en su materia. Acudí a su casa en la Plaza Finlay durante una tarde muy soleada. Me subió a una especie de estudio, me sentó en una mesita, puso hojas de papel, colocó cerca un platillo con caramelos, fijó los temas y salió cerrando la puerta con llave. ¿Por qué me encerraba en ese cuarto que tenía un balcón hacia la Plaza Carlos J. Finlay? ¿Pensaba que me escaparía para copiar las funciones gramaticales del gerundio? Evidentemente se trataba de una actitud maniática, desconcertante al principio. Fallé en una pregunta simple: ¿Cómo se dice, el sartén o la sartén?; pero se quedaron grabados en mi memoria los follajes de los árboles que había frente a la casa de don Julio y la limpieza de un cielo sin nubes, en una de aquellas tardes claras que ya no se ven en México...

Eduardo Lizalde:

En la Facultad, seguí la carrera de filosofía y por tanto conocí a Julio Torri muy de lejos. Algunas veces entré a sus clases por curiosidad. Aunque era un sabio, no destacaba como expositor brillante.

Yo lo observé y lo seguí como personaje y como autor escaso y genial. Nuestros contactos personales fueron pocos. Jamás visité su casa. En esa época ya se hallaba cerca de la muerte y no se mostraba demasiado comunicativo. Mantenía en cambio su chispa, su afán de ejercitar un humor penetrante y agudo. En los pasillos de la Facultad contaba anécdotas de Amado Nervo, de Urbina, de

González Martínez, de personajes a quienes trató cercanamente. Por desgracia no recuerdo ninguna, salvo alusiones impropias para escribirlas en un estudio académico. Reconstruyo la imagen de Torri como un viejo bastante pícaro y divertido que con gran desparpajo hablaba de situaciones tremendamente atrevidas en el terreno erótico.

Fui de sus admiradores firmes. A mi juicio, como prosista es uno de los avanzados de la literatura mexicana. Por los años de 1914 entendió a López Velarde como nuestro poeta del mañana, cuando otros críticos no apreciaban ni la importancia ni la novedad de su obra. Torri podía comprenderlas porque él mismo era un avanzado y, para sostener esto, sólo habría que compararlo con los postrománticos y modernistas de finales del XIX y principios del XX. ¡Fíjate en algo más! Trabajaba sus maravillosos ensayos al mismo tiempo que López Velarde componía sus poemas magníficos.

Todos los cuentistas del México actual lo reconocen como maestro, un descubridor de caminos nuevos. Influyó en autores de su cuerda fantástica y en autores realistas como José Revueltas y Juan de la Cabada. Quizá la influencia se debió también a Mariano Silva y Aceves y a otros escritores pioneros de la literatura de corte contemporáneo, pero no creo que ninguno haya conseguido la perfección ni la belleza que consiguió Torri en sus textos.

Manejé mucho su Breviario: La literatura española, al que considero una obra maestra. Delata una formación cultural solidísima en su línea y constituye un modelo para dar juicios precisos. Pienso que Torri lo elaboró a la manera como elaboraba sus pro-

sas. No estoy seguro ¿fue Antonio Castro Leal quien dijo que todos los libros mencionados en el breviario habían sido leídos con un cuidado insólito?

~~Hu~~berto Batís:

Fue mi maestro en 1956. No estuve demasiado cercano a él, pero me utilizaba como puente para acercarse a las muchachas. Lo llevábamos a su casa en coche, desde la Ciudad Universitaria distintos grupos de alumnos y alumnas, y el maestro se comportaba siempre muy fino e "inocente", conformándose con sentir la belleza, la alegría de las jovencitas. Algunas veces fuimos a un restorán llamado Rendez-vous, que estaba en el Paseo de la Reforma y que ya no existe. Por las consejas que corrían de generación tras generación, las chicas temían que les pusiera una droga en el "chocolatito" que les invitaba. Una de ellas (actualmente directora de la biblioteca más importante del país) se empeñó en tomar una Coca-Cola y pidió al mesero que se la destapara en la mesa ante sus ojos.

Por supuesto, delante de chicas más audaces y corridas don Julio cambiaba el tono. Se mostraba simpático, relataba cosas graciosas y llevaba la conversación casi siempre al terreno erótico. Lo vinculaba con el arte. Hablaba de Foujita a quien había conocido, de sus años sabáticos, de sus viajes a Europa y de las colecciones que atesoraba.

Yo iba a su casa y le pedía que me enseñara ediciones extraordinarias de libros simbolistas ilustrados por grandes dibujan-

tes. Tenían encuadernaciones preciosas y los libreros, cubiertas de vidrio. Me enseñó un libro encuadernado con la tela del vestido de novia de su madre y otro con piel de mujer, al menos así lo aseguraba. De todos modos la pasta era muy rara. Debo confesar mi extremada juventud de entonces, nunca había visto ilustraciones de aquel tipo ni a un hombre que podía ser mi abuelo descubriéndome detalles con mirada lúbrica. Me asustaba ver a don Julio con sus años auestas atrapado por su sensualidad; sin embargo, en todo aquello existía una situación ambigua como moneda de dos caras. No se trataba de enseñarme fotografías pornográficas o libros sucios. Me revelaba la delicadeza del arte y no sabía muy bien a qué atenerme, y no condenaba algo encantador. Insistí en visitarlo y en consultar largamente sus ediciones.

En una ocasión encontré abierta la puerta de la casa y en una especie de patio, que hubiera servido de garage, a varios niños y niñas pequeños. Eran niños pobres del barrio a quienes don Julio había llevado para meterlos en la tina del baño. En mangas de camisa, él los secaba. No se trataba de niños mayores de diez años ni de una especie de labor social, sino de una pequeña trampa que le jugaba a la vida para contemplar de cerca la belleza. Siempre fue un voyerista. Rememoro su figura atormentada levantándose las antiparras para ver las piernas de las muchachas. Algunas veces hicimos viajecitos al centro de la ciudad. Se detenía ante los aparadores de ropa íntima, en los que había maniquíes con caras muy realistas, o ante los que vendían aparatos ortopédicos, corsés, fajas y otras cosas atroces. Me los señalaba con

insistencia y gracias a ello descubrí aspectos de la ciudad en los que nunca reparé antes.

Solía transportarse en bicicleta y por las tardes salía a dar recorridos eróticos. Admiraba a las muchachas de su barrio, a las sirvientas que con mangueras regaban jardines. Si hallaba una de su gusto, se detenía para verla como quien se detiene frente a un espectáculo interesante.

Cuando a los 21 años decidí casarme (por primera vez), me invitó al Chalet Suizo, en la calle de Niza. Me ofreció una comida espléndida y conversamos placenteramente; pero trató de disuadirme. Dos personas en el mundo intentaron lo mismo: mi padre y don Julio. Mi padre arguyó lo que suele objetarse en un caso de juventud similar, Don Julio aseguró que un hombre de letras no debía casarse, necesitaba su soledad para crear; además, le parecía que un profesor era siempre muy pobre para casarse (cosa que después comprobé). Y, sobre todo, casarse equivalía a un crimen, a perder la oportunidad de tratar a una serie de mujeres. Al terminar la comida, me llevó hasta la puerta de empleados del Palacio de Hierro del Centro: un gran zaguán con un reloj marcador de un lado y un policía del otro. A las siete salieron de la tienda cientos de muchachas, y casi todas conocían a don Julio y a otros señores de la misma edad que concurrían cada noche. Invité a dos de ellas a tomar un "chocolatito". Fuimos a una cafetería cercana. No imaginaban que aquel viejito pícaro era un literato importante. La escena me trajo a la memoria los pasajes entre modistillas y señores, que pintaban admirablemente algunos novelistas del -

XIX. Las muchachas se despidieron y quedamos solos, le pregunté a don Julio si tenía hijos. Respondió que varios y que todos se llamaban como él. Ignoro si lo decía en broma. Tomé los acontecimientos de esa tarde como una despedida de soltero que me daba un maestro al que yo idolatraba, y al que siempre respeté como una autoridad. Años más tarde trabajé en la Imprenta Universitaria, a cada duda grave que se me presentaba en materia gramatical, lo llamaba por teléfono. Me pedía que aguardara un momento, consultaba sus libros y me daba las respuestas.

Casualmente lo encontré contemplando un aparador de ropa íntima. Usaba ya unos lentes de fondo de botella que levantaba para mirar mejor. Sentí incomodidad, como si descubriera a un amigo querido en una situación bochornosa. De pronto se volvió hacia mí y no me reconoció.

Nuestros maestros viejos, como Julio Torri, Manuel Sánchez de Ocaña, Manuel González Montesinos, Xavier Icaza, Alfonso Reyes, nos enseñaban algo que no se encuentra en los libros: un estilo de vida, una manera de entenderla, y el contacto con otro México ya desaparecido...

Guadalupe Dueñas:

Lo conocía como todos en este mundillo cultural de México, y me habían dado muy malas referencias personales suyas. Me conquistó cuando le llevé un ejemplar de mi libro de cuentos: Tiene la noche un árbol. Me ofreció un jerez magnífico hablando primero de los viñedos que procuraban materia prima para bebida tan ex-

traordinaria. Me comentó:

"Usted está asentada en otra galaxia; quisiera que platicáramos con frecuencia."

Quedamos en comer juntos cada quince días, y realizamos el proyecto durante un año completo. Ibamos a diferentes restaurantes franceses. Era un gastrónomo y siempre me dejaba elegir el menú. Yo gozaba con su presencia y con la comida. Le hablé sobre mi proyecto de escribir Imaginaciones. Antes de conocerlo, lo retraté en el primer trabajo que integraría el volumen y era igualito a lo imaginado, un gnomo. Contestó que yo le parecía más irreal, pues su cerebro no entendía mi entusiasmo por los alimentos.

Nuestras entrevistas estaban llenas de risa. Siempre procuré que lo más chispeante de mi persona permaneciera en juego. Mi otra correspondencia a su gentileza consistía en llevarlo hasta la Universidad antes de su clase, aunque ya estaba próximo a jubilarse. Por su parte, me demostraba profundo amor al subirse en mi coche. Mis cualidades como chofer son tan poco razonables que casi ningún amigo me hacía la deferencia. Cuando mucho una sola vez, luego les aterrizzaba la perspectiva. Sólo sé voltear a la derecha. Pienso que Torri jamás lo notó. Se extrañaba de que algún tipo me dijera:

-¡Mamacita! ¿por qué no te quedas en tu casa?, o cosas que no conviene a la decencia publicar. Torri creía que me galanteaban.

Cuando le enseñé la semblanza literaria que le hice me animó a que escribiera otras aunque deseaba que me ocupara de Xavier

Villaurrutia o de algunos ateneístas a quienes no conocí. Recordaba las anécdotas más inesperadas sobre Torres Bodet y sobre muchos, cuyos encantos no lograban embrujarme. A Torri le debo la información, a la cual aludo en un texto, de que Borges fuera inspector sanitario de aves comestibles. Sabía rarezas infinitas. Admiraba la inteligencia de Salvador Noyo, le divertían los sonetos que éste enviaba a sus amigos cada Navidad; para comentarlos conmigo suavizaba sus atroces groserías.

Me hablaba de hermosísimas mujeres amadas en Francia, en una época en que estuvo acompañado por Reyes, Borges y Marcel Schwob. Tuvo contacto con Picasso y con numerosos personajes. Su conversación llenaba mi vida de luminosidades literarias y me hacía creer que lograba acercarme a la cultura. Me confió su admiración por Antonieta Rivas Mercado, por la bella Amalia Castillo Ledón, la deslumbrante María Asúnsolo y por Lupe Rivas Cacho; pero guardaba los nombres secretos de sus enamoradas de París. Aludía al Café Colón y a Cabarets, cuyos nombres siento no haber apuntado en mi mente. Me dijo que sus amores fueron siempre clandestinos y, cuando dejaron de serlo, le causaron mortificaciones. Le pregunté por qué, a pesar de su entusiasmo por lo femenino, nunca casó. Repuso que al idealizar a las mujeres no podía arriesgarse a confrontarlas con la vida diaria, dispuesta siempre a romper los moldes del sueño.

Todo lo opaco que, según cuentan, se mantenía en sus clases, fue brillante su conversación social salpimentada con un maravilloso sentido del humor. Le pregunté si advertía la importancia

de su prosa que prefiguraba a Kafka, Borges y Arreola. No profirió ningún comentario. Como respuesta hizo un gesto muy suyo: movió la cabeza como quien aleja un mal pensamiento. Al menos en apariencia, demostraba profundo desdén por su literatura y si yo la mencionaba por cualquier motivo, él procuraba bromear sobre el asunto. Pienso reconstruir palabra por palabra uno de nuestros diálogos:

- "Escribí algunos otros textos que destruiré en estos días", me confesó,

- "Eso es un crimen y Dios lo juzgará por privar a los demás de un beneficio; pero ya sé que usted ni siquiera cree en Dios" - le repliqué.

- "Se equivoca. Aunque parezco pagano, conservo un resquicio donde guardo a Dios y ni él va a creerlo" - contestó.

"No me asuste, Usted está muy cerca del instante de verlo",

- "Me considera usted viejo ¿verdad?" - y sonrió mientras aderezaba sus ostras.

En general hablaba poco de sí mismo o de su trabajo. No me habló de que tuviera un hijo. Vivía como un asceta, como un cartujo. Me extrañaba que admitiera esta concepción mía del mundo realmente extravagante frente a su cordura.

Los enterados de nuestra amistad solían ponerme en guardia. Pensaban que Julio Torri era un viejo verde interesado en llevarme hasta su biblioteca de libros eróticos. No vi maldad ni ofensa en ello. Lo que me mostraba resultaba hermosísimo. Además, se comportaba de una manera cordial, delicada, generosa, incluso

ofreció prestarme volúmenes valiosísimos. Me enseñó dos grabados de Du
ro y sus pinturas de Georges de la Tour. Comentó que tenía un
hermano. No lo creí. En su casa no se podían descubrir pisadas
de ser humano...

Miguel Capistrán:

Fui su alumno el último año en que dio clases en la Facultad. No
asistió el primer día porque se accidentó al tomar un taxi. Se-
guía siendo maestro para no sentirse totalmente muerto o para cu-
brir el expediente. Resultaba soporífero. De su personalidad le-
gendaria, sólo conservaba su manía de interrumpirse al pasar lis-
ta para ver si estaba presente alguna de sus alumnas favoritas.

Me acerqué a él con el propósito de interrogarlo sobre la amis-
tud que habían sostenido Aldous Huxley y Jorge Cuesta y las car-
tas que cruzaron entre sí. Me confirmó el asunto con una parque-
dad muy suya; pero me contó que cuando Huxley vino a México, en
la estación de Buenavista lo esperaba un grupo de intelectuales
entre los que se encontraba él mismo representando al Pen Club.
Desde el andén, el escritor inglés dijo que detestaba las reuni-
ones literarias y que sólo quería entrevistarse con Cuesta, a quien
conoció por un artículo publicado en El Universal y que llevaba
en su portafolios.

Cuando cumplió ochenta años, le pedí que me respondiera el
cuestionario que se ha popularizado atribuido a Proust. Esto,
porque en el número que Contemporáneos dedicó a Proust, don Ju-
lio colaboró con un artículo muy lúcido, el más lucido entre los

escritos en el momento. Para que me respondiera el cuestionario, su hermano le transmitía mis preguntas casi a gritos.

El homenaje que le hicieron en el Museo de la Ciudad de México fue quizá el único que recibió en vida porque don Julio se negó incluso la fama.

Novo consideraba a Torri como pionero de la colonia Cuauhtémoc. Conocí la casa de la Plaz^a Finlay a la muerte del maestro. Había una atmósfera densa, una biblioteca impresionante, tratada con mucho amor, algunos cuadros de Foujita, de Angel Zárraga, un Tamayo de la primera época. En la sala, muebles y objetos antiguos tal vez heredados de su madre. Su recámara me pareció bastante ascética. No concordaba con su personalidad de Casanova o de don Juan envejecido. En el cuarto casi desnudo podían encontrarse una cama de cabecera alta y algunos libreros donde guardaba sus volúmenes favoritos, ediciones raras y magníficas ilustraciones eróticas que no vi porque ~~se guardaban~~ ^{estaban} bajo llave.

Siempre intenté averiguar alguna referencia concreta sobre los amores de don Julio. Nunca lo conseguí. En 1965 o 1966, doña Manuelita Reyes me platicó que en la Preparatoria de San Idelfonso se hizo famoso porque montado en bicicleta se pegaba mucho a las banquetas para darles de nalgadas a las muchachas o meterles la mano bajo las faldas. Esa mañana motivó que Alfonso Reyes y Jesús Acevedo lo apodaran el Licenciado Vergara o el Pájaro de Fuego.

Pocos lo conocieron de verdad aunque, paradójicamente, fue sociable. Cuidaba sus relaciones, iba a los bares, a los cafés. En las primeras épocas del Pen Club concurría a todos los banquetes.

Existen fotografías conmemorativas donde puede verse el rostro de don Julio, con sus lentes redonditos que nunca se quitó,

María Rosa Palazón:

En sus últimos años como maestro daba una clase de literatura francesa postromántica, estaba completamente sordo y desvariaba. Durante seis clases seguidas relató que Gérard de Nerval se había comprado una negra japonesa que tomaba leche de cabra y que en lugar de perro, el poeta sacaba a pasear un cangrejo limpio, agradable y capaz de defenderlo. Los alumnos se fatigaron de escuchar lo mismo. Cada quien ocupó su tiempo a discreción e impero el desorden. En el pupitre colocado adelante del mío, una chica empezó a cantar. Don Julio volteó, pensó que yo cantaba junto con mi compañera y a las dos nos puso de cara contra la pared, ¡En tercer año de la carrera!

Un día se perdió por la calle de Nazas. Casualmente ^{yo andaba} ~~pasé~~ por allí y lo auxilié. Me pidió que lo llevara a su casa pasando por la calle de la Teja. Le contesté que ignoraba de qué calle se trataba, pero que lo guiaría por un camino fácil.

Tenía una gata que lo agredió, le arañó la cara, las heridas se infectaron y don Julio tuvo que ir al hospital. Ya entonces vivía solo, sin sirvienta y acusaba una demencia senil avanzada. A petición mía me enseñó los vestidos de su madre. Tuvimos que subir escaleras y buscar en un cuarto, porque incluso perdió la cuenta de sus pertenencias.

Una tarde fuimos a visitarlo un sobrinito mío de unos siete u

ocho años y yo. Don Julio le preguntó al niño la razón por la cuál se había rasurado los bigotes.

Se encantaba con los cuentos de elefantes. Le gustaba oírme contar que los elefantes de un circo se escaparon e hicieron destrucciones tremendas por la colonia Santa María. Insistía para que le narraba una noticia del periódico sobre una película de Tarzán. A mitad de la filmación un paquidermo escapó sembrando en torno suyo el terror.

En sus momentos de lucidez recordaba que le llamaban el Cuentagotas porque escribía poco; sin embargo no se atrevió a publicar más. Temía que sus textos posteriores no alcanzaran la calidad de los primeros. Entre estos prefería "A Circe" y "La feria", que de alguna manera captura el espíritu de las fiestas populares tan de su agrado.

Había olvidado su historia familiar y personal. A veces hablaba de Alfonso Reyes, a quien consideraba merecedor del Premio Nobel, o de algún incidente remoto de sus clases que desgraciadamente no logro recordar.

En una época de su vida se ligó a la farándula. Contaba que un grupo de ilustres señores se juntó en casa de Lupe Rivas Cacho. Cuando llegó el marido que era muy celoso, los visitantes se escondieron en un armario y uno de ellos preguntó:

-¿Qué hacemos si abren?

-Nada -contestó don Julio.

-¿Pero qué decimos? -insistió el otro.

-Que estamos esperando el tren -contestó nuevamente don Julio.

Aurora Ocampo:

Ana Elena Díaz y Alejo y yo íbamos juntas a visitarlo. Nos sentaba en la sala de su casa y gozaba enseñándonos libros pornográficos pendiente de la cara que poníamos; se acercaba a nosotras y nos acariciaba las piernas. Decidimos entrevistarlo fuera de su casa, no obstante la belleza de sus libros. Así que nos llevaba a comer al Chalet Suizo, su restorán favorito. En una de esas ocasiones (1957) le comenté que me casaría. Me contestó:

- "Entonces, Aurora, a usted no podré ya verla porque sería adulterio..."

Recuerdo, y esto me remite a un texto suyo, que don Julio afirmaba que para él todas las mujeres simbolizaban un animal; por ejemplo, Ana Elena le parecía una venada.

Después lo frecuenté sólo esporádicamente. Vivía en la mugre pura, sin sirvienta. Había un polvo espeso y la casa entera olía de manera penetrante a orines de gato. Su traje mismo estaba sucio y él no salía a la calle, pues se perdió en varias ocasiones. Una de esas duró toda la noche y a la mañana siguiente lo encontraron mal herido.

Durante los últimos años de su vida lo buscaban pocas personas. Su hermano le llevaba la comida y, hasta donde sé, el hijo natural de quien se habla nunca apareció por allí. Yo tampoco regresé. El espectáculo me resultaba demasiado deprimente. Acepto mi falta de misericordia. A mi juicio, María Rosa Palazón fue la más agradecida de sus discípulas.

Algo más, alguna vez nos prometió donar su biblioteca al Cen

tro de Estudios Literarios de la Universidad; pero su hermano no lo permitió. Para entonces don Julio ya se hallaba un poco mal de la cabeza.

Carmen Galindo:

Siempre te contarán lo mismo, porque don Julio seguía un esquema establecido para tratar a la gente. En el homenaje que antes de morir le rindieron en el Museo de la Ciudad de México, incluso varios participantes incurrimos en temas similares.

Le hice la última entrevista literaria de su vida. Contestó cien preguntas numeradas; pero ya coordinaba mal las ideas (murió dos meses después). Al hablar sobre su rutina diaria, dijo que se levantaba para ir a la Universidad, pues como la mayoría de los viejos recordaba mejor los sucesos lejanos que los recientes. A la manera de sus textos, no se explayaba mucho. Recurría a respuestas precisas. Se expresaba con una sintaxis oral casi perfecta y, al publicar el texto, sólo quité algunos: "¡Por Dios, no diga usted eso!" y otras frases características y repetidas. No necesité corregir ni una palabra, lo cual únicamente me ha ocurrido con otro de mis entrevistados: Jorge Luis Borges.

Como discípula, lo conquisté con mi trabajo sobre Baudelaire hecho con ayuda de mi maestra de francés: Odile Morisser. El trabajo revelaba una experiencia que yo no poseía realmente; sin embargo, interesó a don Julio y, a partir de entonces, en su casa me enseñaba distintas ediciones de Baudelaire diciéndome: "Este libro le gustará a usted por ser una especialista en el tema."

Por supuesto, también nos enseñaba -a mi hermana y a mí- sus colecciones eróticas, y nos miraba las piernas al subir las escaleras. En su recámara, dentro de un baúl, guardaba sus tesoros más preciados; monedas griegas, un libro de Amado Nervo encuadrado con la tela del vestido de novia de la madre de don Julio, incunables escritos en latín que nos leía en voz alta fingiendo creer que podíamos entenderlo. A veces leía pasajes de Dante, o de Goethe para explicar su desacuerdo con quienes entienden al alemán como un idioma poco agradable al oído. Lo traducía y, al rato, se interrumpía para pedirnos: "Si cometo alguna falta, corríjanme por favor". ¡Claro! se trataba de coqueterías agradables.

En esa época teníamos un coche Datsun sport que fascinó a don Julio aunque le resultaba difícil subirse a él. Nos invitaba a tomar chocolate en La Flor de México o a comer en un restaurante de la colonia Juárez. Era estilo francés y la dueña en persona atendía a los clientes. El maestro nos daba lecciones de etiqueta. Elegía el menú, aunque a cada platillo se cercioraba si estábamos de acuerdo con su elección. Una tarde me subí al coche y me resultó cómodo correrme como araña para dejarle sitio. Comentó que yo me sentaba "a la americana". Durante aquellas entrevistas nos hablaba de cuando trabajó brevemente como abogado y de su falta de habilidad para litigar. Por dedicarse a la literatura olvidaba los términos de los acuerdos y perdía los pleitos. Hablaba también sobre sus dotes de tenista, del Café Colón que definió como un lugar a donde "había reservados", de las bro

mas entre los amigos ansiosos de descubrir a las parejas. Esto último lo relataba insinuando que él se había visto en el caso de ser descubierto. Caballerosamente, nunca mencionó el nombre de ninguna mujer. Nosotros temíamos su fama de anciano pecaminoso y desviábamos la conversación hacia temas impersonales. Ahora sabemos que de haberlo intentado poco habríamos conseguido. Don Julio era muy discreto y evitaba las confidencias.

Se enorgullecía de su amistad con Alfonso Reyes y, en el fondo, se dolía por no ser tan famoso ni reconocido. Aludiendo a uno de sus amigos juveniles a quien apodaban El Sapo, dijo: "No llegó a famoso y, sin embargo, tenía más ingenio que Alfonso."

Como la mayoría de los viejos sentía hostilidad en torno suyo. Se quejaba de sus vecinos que, según afirmaba, lo creían un brujo por guardar tantos libros. Discutía mucho con su hermano y, en cambio, quería a su sobrino Julio. Nos enseñaba entusiasmado un cuadro de su sobrino, un cuadro interesante aunque revelaba evidente influencia de Dalí.

Nuestra cordialidad se empañó una temporada porque en un artículo ~~escrito~~ ^{dijese} que en muchos años don Julio había escrito pocos libros. Tuve que asegurarle que, a mi juicio, no necesitaba haber escrito más. Estaba próxima la Navidad y, con el fin de limar asperezas, le enviamos una botella de champagne. El regalo le pareció maravilloso.

Durante su sexenio presidencial, Miguel Alemán ofreció una comida para sus maestros de la preparatoria. Sin recordarlo como discípulo, don Julio asistió. Para los postres, el Presidente

preguntó a cada uno de sus antiguos maestros lo que deseaban como regalo. Torri pidió un viaje a París, pero ya entonces era muy viejo y Europa, la Europa soñada, lo desilusionó. Inquirimos sobre lo que más le había gustado de ese viaje. Contestó que una iglesia italiana donde, de acuerdo con la tradición, se le cumple un deseo a todo el que se pare en un sitio determinado. Don Julio pidió regresar vivo a México.

Esperanza Márquez:

En 1967, el día en que murió el Abate González de Mendoza, al regresar del sepelio visitamos a don Julio dos o tres de sus alumnos. Lo encontramos en un estado lamentable; sin embargo, le platicamos que acabábamos de asistir al entierro. Como respuesta nos dijo que hacía varios meses alguien le había comentado ya la muerte del Abate. Sin duda la confusión se debía a esa demencia que padecía y esto nos entristeció a tal punto que decidimos no volver...

María del Carmen Millán:

Llegué a profesarle cariño a pesar de la leyenda negra que siempre lo acompañó y, que en lugar de alejar, estimulaba a las jovencitas para que se le acercaran. Nadie ~~profundizó~~ profundizó en su intimidad ni ~~conoció~~ conoció los detalles de su historia particular. No creo que en su vida haya existido un gran amor sino muchos amores de poca importancia. Sé que durante años se dedicó a cuidar la vejez de su madre. (su hermano ya estaba casado con su

mundo aparte y su vida completa).⁵

(Esto no indica que don Julio evitara ligarse a nadie debido a fijaciones edípicas.

La última vez que lo vi, lo hallé solo, sucio, con la casa abandonada. Me dijo algo imposible ^{de} olvidar:

"Mire usted cuál es el destino de los solteros: vivir como príncipes y morir como perros". Inmediatamente agregó la contrapartida, muy suya, muy irónica y destinada a restarle patetismo a la frase anterior:

"Y el de los casados, vivir como perros y morir como príncipes."

Antes de su muerte se retiró del mundo. Perdió interés por visitas debido a que estaba muy sordo y cualquier intento de conversación resultaba profundamente desagradable, tanto para su interlocutor como para él.

Cultivé la idea de que su biblioteca pasara a formar parte del acervo del Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad; pero los arreglos se dificultaron. Don Julio detestaba oír algunas cosas. A mi juicio, lo único que amaba en este mundo eran sus libros, pensar que pasaban a otras manos significaba algo así como hacer su testamento; sin embargo, llegó a firmar un papel otorgando su conformidad. Posteriormente, el hermano se negó a reconocer la firma. Alegó que era apócrifa. Entonces el rector Barros Sierra ofreció por la biblioteca una cantidad considerable. Se encontró con evasivas y el trato no progresó.

Ignoro en manos de quien se hallen los tesoros eróticos que

por cierto nunca estuvieron dentro del baúl fantástico del que tanto se habla-, los libreros con tapas de cristal donde se guardaban los incunables junto con figurillas de marfil, de jade o de porcelana. Según cuentan todo salió del país. O quizá pasó a manos de los dos jóvenes que llevan el mismo nombre y apellido: Julio Torri. Uno era el hijo y el otro sobrino del maestro.

Estuve en su sepelio. Resultó de lo más triste, asistieron unas cuantas personas...

Raúl Cardiel Reyes.

Fui al sepelio de Torri representando a Yáñez (Ministro de Educación). La sala estaba vacía. Dos mujeres enlutadas platicaban en un rincón. Me acerqué para darles el pésame; pero ellas a su vez pensaron que yo era pariente de don Julio. Me dijeron que la Universidad las había mandado y que ya se iban pues al fin otra persona acompañaría aquel féretro abandonado.

El último testimonio

En 1911, cuando obtuve su empleo como auxiliar de ayudante del bibliotecario de la escuela de Altos Estudios, Torri era un muchacho de veintidós años que había cursado cuatro de la carrera de abogado y aparecía en los retratos con una pechera de cuello duro muy a la moda. No acusaba señas particulares; frente amplia, nariz recta, boca regular y agradable, barba ligeramente arremangada, ojos oscuros y limpios. El mechón de pelo que le caía arriba de la ceja izquierda iba en concierto con su conjunto atildado. Escribía ya sus primeros textos y no usaba aún sus quevedos carac

terísticos. Al correr el tiempo modificó su apariencia. El joven, que como todos los jóvenes pensaba comerse el mundo a mordidas, acabó por conformarse de no cuidar un vasto jardín sino un t^{res}to con algunas flores. Entre los treinta y los cuarenta años se autorretrató en su epistolario y en "Anywhere in the south", "La humildad premiada" y "Estampa". Los tres corresponden a De fusilamientos. El primero dice: "Porque en resumen; no soy más que un profesor adjunto que en los cursos veraniegos de este año explica en mangas de camisa la Quijotita y el Periquillo". El segundo hace apreciaciones similares y añade: "En una universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria". En "Estampa" se pinta -ya lo dijimos- con la cara llena de sombras bajo el sombrerillo puntiagudo, herido de amorosas penas y meditando enigmas insolubles. Por supuesto, detrás de tales síntesis hay una mirada demasiado rigurosa que no carece sin embargo de cualidades fotográficas.

Generalmente a Torri se le recuerda llevando un alterito de libros bajo el brazo en su recorrido por los pasillos de la Facultad, con el rostro de marfil oriental, trabajado por las arrugas; vestido por un sastre que le cortaba los trajes demasiado justos y elegía casimires pardos, siempre parecidos.

Reconstruyó su imagen durante nuestra última entrevista. Fui a visitarlo porque había accedido a proporcionarme una colaboración para la revista El Rehilete (luego la recogió en Tres libros).

Para entonces estaba casi ciego y casi sordo; pero quiso enseñar me un grabado de Durero que acababa de comprar en siete mil pesos. Subió a buscarlo y regresó bajando a pausas las escaleras con un sobre en la mano. Adentro guardaba el grabadito de apenas un palmo. Pregunté la razón para no enmarcarlo y respondió que le gustaba así porque ya no podía verlo, al menos podía tocarlo.

Muchos testimonios aquí recogidos de alguna manera concuerdan con el mío y ponen en evidencia una sensibilidad finísima y particular. La gran mayoría fueron proporcionados por discípulos y amigos que trataron a Julio Torri envejecido. Para equilibrar un poco la balanza transcribí otras constancias significativas, aunque se hallaran publicadas en libros y periódicos diversos. Desde luego, determinadas aseveraciones son inexactas. Los "Clásicos de pasta verde" se vendían a peso y no a tostón como afirmaba Novo. Torri aceptaba y rechazaba la poesía de López Velarde, en contra de la admiración incondicional que le atribuye Lizalde, quien sólo recuerda unas líneas sobre La sangre devota publicadas en La Nave el año 1916. El maestro aprovechó su sabático una vez y en una ocasión viajó a Europa, no obstante lo que sostiene Lupe Dueñas, quien por cierto no repara en que las reuniones en París entre Reyes, Borges, Schwob y Torri eran pura fantasía. Y la biblioteca siguió años en la plaza Finlay, en espera del mejor postor, con lo cual resultaron incorrectos los supuestos de María del Carmen Millán. Respeté esas inexactitudes por ser inherentes a la naturaleza del retrato hablado.

Únicamente conseguí sacar a luz lo que Torri permitió que de

sí mismo se supiera. Su estoicismo lo llevó a convertirse en buen actor de sus sentimientos y a disimularlos decorosamente, a pesar de que en años posteriores su mirada pedía auxilio a gritos. Entre las muchas cosas deslumbrantes que se le ocurrían, dijo: "Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud". La que él manifestó a lo largo de ochenta y un años creó en torno suyo una leyenda; pero estuvo muy solo y muy triste, tan aislado en sí mismo como podemos encontrarnos cualquiera de nosotros. Por eso ninguno lo conocimos.

Sobrevivió a sus contemporáneos y su muerte física quizá no significó una pérdida irreparable para nadie. Sus prosas hablan de los funerales y de que la importancia del muerto se mide por la magnificencia de éstos. En "El embuste", diálogo correspondiente a 1911, germina esa idea que no abandonaría nunca. Con esa misteriosa capacidad de los escritores para atesorar recuerdos del porvenir, sabía que en su sepelio no habría panegiristas compungidos ni temblorosos.

Mucho después, acompañada por Manuel de Ezcúrdia, fui a la casa de Torri ahora des pintada y añosa. Los tres Foujitas habían desaparecido lo mismo que sus muebles y demás objetos de valor. Quedaban las habitaciones tristísimas alumbradas con focos pelones manchados por cagarrutas de moscas, y los anaqueles y los libros. Un retrato del maestro, pintado por Roberto Montenegro, asomaba medio rostro tras el librero más alto del conjunto. En el filo de una ventana, una fotografía firmada por Tina Modotti, mostraba un perfil donde Julio Torri parecía monje laico. El

cruel y extraño rictus que describe el marqués de Sade modificaba sus labios. También había un cajón con documentos. Apenas pude apreciarlos bajo la vigilancia tenaz de una pariente (de un pariente de Esther Ogarriò).

Acomodada entre los documentos una cajita de olinalá contenía sorpresas. No me atrevo a interpretarlas. Sólo las cito como brevísimo inventario: una foto pequeña (6x4 cm.). La madre de Torri, con el cabello suelto, ciega, toma el sol a la entrada de la puerta, protegida por sus hijos. Todos solteros. Otras fotos más pequeñas todavía (4x4 cm.) de sirvientas uniformadas y, después, con los senos al aire o procazmente desnudas imitando las actitudes de las damas galantes de Becat. Y una colección de cartas de amor que varias mujeres mandaron al maestro durante los años veintes o los treinta. Le reprochaban su despego; algunas se acogían a las súplicas, otras a los reproches. Ignoro si obtuvieron respuesta. Sé que Torri guardó con sumo cuidado aquellas epístolas amorosas y que en sus últimos días las había dispersado sobre su escritorio, sobre los sillones, sobre su buró, para encontrarlos al deambular como solía por todos los cuartos. Así, dispersas y a la vista, fueron reencontradas por sus herederos...

PUNTOS DE REFERENCIA

Los dieciséis años que corrieron entre 1915 y 1931 marcaron el período de mayores cambios en la vida de Julio Torri, quien la definía como una comedia burocrática-pícarca. Algunos de sus nombramientos duraron apenas días e, incluso y debido en parte a las circunstancias políticas del país, sólo desempeñó corto tiempo sus puestos más importantes. Como consecuencia, recorrió oficinas del Gobierno con empleos cuya consignación resulta poco interesante. Nunca dejó sus cátedras y, tanto en la burocracia como en el magisterio, sus sueldos oscilaron notablemente. Para subsistir, desde 1932, se dedicó casi por entero a la docencia en jornadas de siete u ocho horas diarias. Esto explica que durante décadas mantuviera sin modificaciones sus programas de soyendo críticas estudiantiles.

Entre los presidentes, Venustiano Carranza le dio las mejores oportunidades de servicio público; y, entre los intelectuales, José Vasconcelos le brindó ocasión de realizar una obra cultural trascendente; sin embargo, como Torri mismo supuso, no tuvo el padrino que lo iniciara en el cuerpo diplomático o que le propiciara un empleo relevante. Por otro lado, él mismo desdeñó la plaza de maestro universitario en los Estados Unidos que le ofrecía Henríquez Ureña.

Antes de alcanzar el tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras, subió peldaños y trabajó gratis largas temporadas. Su último aletazo de mala suerte fue en 1965 cuando quiso dar de

baja su nombramiento el director Francisco Larroyo. La propuesta no prosperó porque, después de cincuenta años de servicios constantes, Torri tenía rango de profesor emérito.

1889, 27 de junio.

Nace Julio Torri Máynez en Saltillo, Coahuila. Es el primogénito del matrimonio formado por Julio Simón Torri y Sofía Máynez, quienes procrean cuatro hijos vivos. Los otros se llaman, Miguel, Enrique y José.

1889, 15 de julio.

Se bautiza en la Parroquia de San Esteban. La partida acusa el nombre de sus padrinos: Miguel S. Máynez y María del Pilar P. de Torri. Su padrino de óleos: señor cura Camilo Figueroa.

1896,

Con los profesores Delfino Ríos y José Gálvez de Puebla, convencidos de que la letra con sangre entra y buenos esgrimidores de sus respectivas palmetas, estudia los primeros cursos en el Colegio Torreón de esta ciudad donde su padre es nombrado Tesorero Municipal. Cono

ce a Manuel José Othón, Pasea de la mano del poeta frecuentemente,

1903-1907

En Saltillo estudia preparatoria en el colegio Juan Antonio de la Fuente. Artemio de Valle Arizpe es su condiscípulo. Existe amistad entre las familias de ambos jóvenes y ellos la comparten.

Su padre enseña música en distintas escuelas, su abuela le afina dotes como artista de crónica oral, El ambiente doméstico fomenta la fantasía y las actividades intelectuales. Una composición escolar le vale distinciones por parte del gobernador Miguel Cárdenas.

1905,

En La Revista de Saltillo, publica su primer cuento titulado "Werther".

1908,

Llega a la ciudad de México. Conoce a Reyes y a otros integrantes del futuro Ateneo, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia integrada por sólo ciento veintinueve alum

nos. Muchos de ellos son elegantes "lagartijos".

1909.

Torri, Reyes y Mariano Silva usan capa española. "nos sentíamos tan castizos", comenta luego Torri. Sus dotes estilísticas comienzan a revelarse. Joaquín D. Casasús, maestro de economía política, le prodiga elogios efusivos por un estudio sobre la moneda.

1909-1914.

Lee doscientas cincuenta páginas diarias. Heine, Lamb, Renard, Schwob le descubren caminos. Como socio activo pertenece al Ateneo de la Juventud. Los ateneístas se juntan en el aula Jacinto Pallares. Presentan sus composiciones, comentan en grupo cuentos y ensayos, poemas generalmente.

1910, 9 de febrero

Alfonso Reyes inicia el epistolario.

1910.

Ejercita su latín. Traduce, El Mundo Ilustrado - revista donde goza

- de influencia Carlos González Peña-publica sus primicias profesionales: "El diálogo de los murmuradores" y "El diálogo de los libros"
1910. El Ateneo realiza su primera serie de conferencias sobre temas americanos.
- 1910-1917, Lucha armada de la Revolución Mexicana. Torri íntima con algunos revolucionarios; pero aclara en una entrevista posterior: "...en el fondo...fui muy indiferente. La demagogia siempre me ha afectado poco. Las cosas políticas no me han afectado mucho".
1911. En la casa ubicada en Isabel la Católica 31, ocupa un cuarto ruinoso.
1911. Primer empleo burocrático en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Departamento de Comercio. Ernesto Madero se lo concede, con un sueldo de treinta pesos mensuales. Se le ocupa como traductor,

Resulta tan corta la remuneración que renuncia sin creerse obligado a formularlo por escrito. Los gobiernos subsiguientes lo acusan por abandono de empleo; sin embargo, esos mismos gobiernos caen con una rapidez asombrosa, Torriño se defiende.

1911, 11 de agosto.

Con un sueldo de \$803,00 anuales, lo nombran ayudante de bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Se le presenta un pequeño problema al justificar faltas de asistencia alegando enfermedad (el médico no lo encuentra en su domicilio). Permanece en ese puesto escasos nueve meses. Epoca de estudio y privaciones. Su tarjeta de abandono le permite una comida diaria en un café de chinos. Gasta su dinero en libros.

1912,

Junto con Henríquez Ureña ocupa casa contigua a la que habitan Alfonso Reyes y Manuelita, en la colonia Santa María.

1912. La Universidad de México le otorga nombramiento de primer escribiente. Redacta actas del Consejo Universitario. Por encargo, escribe un artículo sobre las barriadas. Nunca se publica a causa de las volteretas gubernamentales.
1913. Conoce Gaspard de la Nuit de Aloysius Bertrand. Considera que este autor renueva nuestras literaturas modernas.
1913. Piensa postularse, como diputado suplente, en la planilla de Jesús T. Acevedo, Victoriano Huerta es presidente de México.
1913. Conoce perfectamente el inglés, el francés y el italiano, así como sus literaturas.
- 1913, 9 de agosto. En la Preparatoria dirigida por el bibliófilo Jenaro García se inicia como profesor de literatura comentada. Este primer nombramiento dura sólo seis días. Cuatro meses

después forma parte del cuerpo docente de esa institución. Se mantiene allí treinta y seis años.

1913, 25 de octubre,

Obtiene título de abogado con la tesis titulada Breves consideraciones sobre el juicio verbal. Los sinodales son Herrasti, Sodi, Mateos, Alarcón, etc.

1913, 9 de diciembre.

Pedro Henríquez Ureña lo recomienda. Recibe nombramiento como profesor adjunto a la clase de Lengua y Literatura Castellanas, en la Escuela de Altos Estudios. No se le remunera su trabajo hasta 1920. Con distintos cargos y con cátedras diversas, permanece en la Universidad cincuenta años.

1914.

Ante la inminencia de la invasión norteamericana, siendo secretario particular del Director General de Correos (Jesús T. Acevedo) asiste a los ejercicios obligatorios para entrenar ciudadanos en el manejo de las armas.

- 1914, Guarda la biblioteca y los muebles de Acevedo, quien sale de México al caer Huerta.
- 1915-1920, Venustiano Carranza es presidente de la nación.
- 1915, Junto con otros maestros de escuela, firma un manifiesto político. Como consecuencia, casi tiene que irse a los Estados Unidos. Vende algunos libros valiosos.
- 1916, Habita la casa número 17 de la calle Roma.
- 1916, mayo, Pablo Martínez del Río y Manuel Romero de Terreros sacan La Nave. Torri considera la revista como "una aventura de seriedad", colabora y ayuda a conseguir colaboraciones.
- 1916-1923, Agustín Loera y Chávez y Julio Torri dirigen la Editorial Cultura, para difundir autores nacionales y extranjeros. El editor es Rafael Loera y Chávez.

- 1916, 15 de agosto. Sale el primer tomo de Cultura: Cuentos y semanas alegres de Micros, Prólogo y selección de Luis G. Urbina. Representa un noble esfuerzo por mantener los valores intelectuales frente a la vesania bélica.
- 1916, 15 de diciembre. Nota preliminar a Cuentos de Andersen.
- 1917, 28 de febrero. Torri selecciona Poesías escogidas de Salvador Rueda. La nota preliminar aparece firmada por la Dirección de Cultura.
1917. Vive en Rosas Moreno 143, B.
- 1917, 15 de junio. Nota preliminar a Cuentos de Perrault, nuevamente traducidos.
- 1917, 15 de julio. Escribe prólogo a Hermann y Dorotea de Goethe.
1917. Muere su padre en la ciudad de México.
1917. En Ediciones Porrúa pública Ensayos y poemas, al cuidado de Genaro

Estrada, La justificación del tiro
es de Saturnino Herrán. Considera
a los Porrúa los únicos librereros
honorables de la ciudad al través
de los cuales recibe revistas, co-
rrespondencia y artículos.

1917,

Desea traducir a Goethe. Acompaña-
do por Xavier Icaza, toma clases
de Alemán.

1917, 15 de diciembre.

Rafael Cabrera le dedica su versión
de Mimos y Vidas imaginarias. Reco-
noce que Torri lo hizo amar a Mar-
cel Schwob.

1918, 15 de marzo.

Traduce admirablemente Las noches
florentinas de Enrique Heine, con
prólogo de A. Bossert. Luego, sos-
tiene que sus propias prosas quizá
sean románticas al estilo de Heine,
el poeta, el filósofo, el humoris-
ta al que tanto admira.

1918,

Aparece en San José de Costa Rica En-
sayos y fantasías, edición reducida
de Ensayos y poemas.

- 1918, Septiembre, Abogado consultor del Gobierno del Distrito.
- 1918, 15 de noviembre, Prólogo a Romances viejos, clasificados en históricos, históricos varios, romances fronterizos, caballerescos, novelescos y líricos.
- 1919, Jefe de un Departamento de Gobernación, con tres secciones a su cargo: Justicia e Instrucción pública, Estadística y Archivo, Gobernación y Seguridad Pública.
- 1919, Entrega a Lolita, viuda de Acevedo, las pertenencias de éste, muerto meses antes en Pocatelo, Idaho. Rechaza, un ofrecimiento para trabajar como profesor en Estados Unidos. Oficial Mayor del Gobierno del Distrito.
- 1920, enero, José Vasconcelos escribe la advertencia preliminar de Prometeo vencedor, tragedia moderna con un prólogo y tres actos no representables. Está dedicada a Julio Torro.

- 1920, Pedro Henríquez Ureña funda los Cursos de Verano.
- 1920, Junto con Mariano Silva, entra al despacho que Vasconcelos abre en Calle 1, interior 111-112.
- 1920, 9 de junio, Vasconcelos es rector de la Universidad Nacional, nombra a Torri su secretario particular.
- 1920, 12 de octubre, En el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, Vasconcelos habla contra Juan Vicente Gómez, dictador de Venezuela. Entrega a los estudiantes una bandera venezolana y propicia manifestaciones callejeras. Presenta al presidente Adolfo de la Huerta una renuncia que no se acepta.
- 1920, 10. de noviembre, Dedicado a Torri, en México Moderno no aparece "Diálogo" de Carlos Díaz Dufoo (hijo).
- 1920, 20 de noviembre, A nombre de la Universidad, Vasconcelos lo comisiona para que en compañía de Mariano Silva y Federico

González Garza reciba en Veracruz a Manuel Márquez Sterling, invitado al acto de protesta de Obregón como presidente electo.

1920-1924.

Presidencia de Alvaro Obregón.

1921, 1o. de enero.

Director Supernumerario de Bibliotecas Populares Circulantes, pertenecientes al Departamento, Universidad y Bellas Artes. Recibe sueldo de \$450. mensuales.

1921.

Director del Departamento Editorial de la Universidad. Nota preliminar a Tragedias de Esquino.

1921, 29 de marzo.

Cesa su empleo como Director de Bibliotecas.

1921, septiembre.

Integra la comitiva que recibe a Ramón de Valle Inclán.

1921, 2 de octubre.

Vasconcelos es Secretario de Educación Pública.

1921.

Dirige el Departamento Editorial de la Secretaría, cuyo recinto se halla

en Licenciado Verdad no. 2 (Edificio de la Universidad Nacional). Edita los Clásicos, célebre por poner al alcance popular -en buenas traducciones españolas- las obras de grandes maestros de la literatura universal.

1922.

Viaja por distintos Estados de la República

~~Viaja.~~

(Recibe a visitantes tan ilustres como Aldous Huxley

~~Viaja.~~

(En calidad de primer secretario de la embajada de México, presidida por Vasconcelos, concurre al Centenario de la Independencia del Brasil. Conoce Estados Unidos, Argentina, Chile, Uruguay. En las cataratas de Iguazú pasa los días 21, 22 y 23 de octubre. En Argentina concurre a la transmisión de mando del presidente Marcelo Albear; en Chile, los militares piden a la comitiva que abandone el país, debi-

do a unos juicios de Vasconcelos contra la prepotencia de quienes se vanaglorian con la derrota infringida a los peruanos,

1923,

La editorial Babel de Buenos Aires publica la 2a. edición de su traducción de Las noches florentinas.

1924, 2 de julio.

Vasconcelos deja ^{su} supuesto como ministro de Educación.

1924.

Torri deja su puesto como jefe de Departamento Editorial. Según dice, se siente rey destronado.

1925, 11 de julio.

Profesor de literatura en la Escuela de Verano.

1928,

Cubre sus clases al profesor interino, Pedro Belaunzarán, y rompe su rutina. Un permiso sin sueldo le permite quedarse en Texas del 10 de julio al 3 de septiembre. Comisionado para establecer intercambio efectivo entre la universidad texana y la nacional.



1929

Gracias a Pensiones, que le concede plazo de siete años, compra su casa situada en Plaza Río Blanco 7. Para entonces ya se enorgullece de su "bonita biblioteca", con un par de ventanas que dan a la plaza mencionada donde los niños se apedrean. Gasta la mayoría de su dinero en ricas ediciones numeradas, en papel hecho a mano, etcétera. Después la plaza se llama Carlos J. Finlay.

1930, 5 de febrero.

Vasconcelos es candidato de oposición a la presidencia, compromete a Torri para que lo invite a comer con un grupo de partidarios. La reunión se efectúa en el Restorán Oriental, situado en Santo Domingo.

1930, 5 de febrero.

Sale presidente el ingeniero Pascual Ortiz Rubio. A tiros, Daniel Flores lo lesiona en la mandíbula. Apresan a varios vasconcelistas: Carlos Pellicer, Ricardo Ollervides, Salvador Azuela y Octavio Medellín Ostos. Torri no se involucra en la aventura.

1930. Viaja a la Universidad de Texas.
Profesor invitado.
1931. Tiene un hijo natural.
- 1932-1946. Se dedica casi enteramente a la docencia, Secretario y Subdirector de la Secundaria 7, Imparte ocho horas diarias de clase en la Preparatoria, en la Secundaria mencionada y en Filosofía y Letras.
1933. Revalida sus estudios. Una breve tesis sobre los romances viejos le vale su doctorado, Parte de este trabajo es su prólogo a la antología publicada por Cultura, Son sinodales Enrique González Martínez, Pablo González Casanova (padre) y Manuel Márquez Sterling, embajador cubano que completa el terceto.
1935. Prólogo a Lope de Vega.
- 1937, 30 de enero. 2a. edición de Ensayos y poemas.

1938. Traducido por Dorothy Margaret Cress, se publica en Nueva York Essays and poems.
- 1940, 21 de septiembre. Aparece De fusilamientos, al cuidado de Daniel Cosío Villegas y Francisco Giner de los Ríos. Lo publica la Casa de España en México, con solapa de Alfonso Reyes.
1940. De fusilamientos se traduce al alemán por la doctora Marianne Deste de Bopp, y "El héroe" al inglés por Donald Demorest.
1942. Saca su versión española de Discursos sobre las pasiones del amor de Blas Pascal.
1945. Con el PEN CLUB de México publica Sentencias y lugares comunes.
- 1946, 1o. de marzo. El rector Fernández Mac Gregor lo nombra profesor titular de carrera, en la Facultad de Filosofía y Letras.

1949. Estudio preliminar a Grandes cuentistas.
1950. Prólogo a Crónicas de Urbina.
1951. Epílogo al libro Canciones de vela de Luis Ruíz.
- 1952, 5 de marzo. El Fondo de Cultura Económica edita La literatura española, Es el breviario 56, al cuidado del autor y de Alí Chumacero.
- 1952, 11 de julio. Académico de número. Ocupará la silla XII. El director de la Academia es Alejandro Quijano, quien contestará el discurso de Julio Torri.
1952. Por primera vez aprovecha su sabático. Viaja finalmente a Europa. Visita Inglaterra, Francia, España, Italia y Alemania; pero, según su propia confesión, el recorrido le parece una verdadera proeza que lo llena de sobresalto.

1952. Muere su madre en la ciudad de México.
- 1953, 21 de noviembre. En la sala Manuel M, Ponce del Palacio de Bellas Artes se efectúa por fin la ceremonia de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. El discurso versa sobre La Revista Moderna de México. Alejandro Quijano se halla enfermo y Jaime Torres Bodet lee la contestación.
- 1954, 22 de enero. Con un tiro de sólo ciento cincuenta ejemplares, la Editorial Jus publica los textos académicos de Torri y Quijano.
- 1954, 10. de abril. Profesor de Tiempo Completo Emérito de la Facultad de Filosofía y Letras. El rector universitario es Nabor Carrillo.
1955. 2a. edición de La literatura española.
1956. Los discursos de Torri y Quijano se recogen en Memorias de la Academia Mexicana, Volumen XIV.

1957. Alberto Rembao realiza la compra de un megascopio que facilita la lectura. Por conducto del Colegio de México, Alfonso Reyes se lo obsequia a Torri, quien se define usufructuario de "tan linda máquina" que estará en su poder a disposición del mencionado Colegio. La ceguera. Torri tiene tendencia familiar. Su abuela y su tío paternos la padecieron. Su madre perdió la vista con el nacimiento de José, el último hijo.
1959. La biblioteca alfonsina publica su boletín número 5.
- 1959, 25 de mayo. Torri se cree agredido por Reyes.
- 1959, 28 de mayo. Termina el epistolario entre Reyes y Torri.
1959. Prólogo a Un pedazo de vida de Raquel Banda Farfán.
1959. Antología (Selección del autor).
1964. Se publica Tres libros (Ensayos y poemas, De fusilamientos y Prosas

- dispersas), al cuidado de autor y Alf Chumacero.
1964. Deja sus clases en la Universidad, al terminar el segundo semestre.
1964. 4a. edición de La literatura española.
1965. Con prólogo de Francisco Monterde reaparece Sentencias y lugares comunes.
1969. Para celebrar sus ochenta años de edad, se le rinde homenaje en el Museo de la Ciudad de México, antiguo palacio de los condes de Calimaya. Toman la palabra Carlos Monsiváis, María del Carmen Millán, Francisco Monterde, Salvador Novo, Carmen Galindo, etcétera. Torri asiste al acto. Su casi total sordera le impide escucharlo.
- 1970, 11 de mayo. Víctima de una bronconeumonía muere en su casa. El deceso ocurre a

las 17:45 horas, Lo sobreviven su hijo, su hermano José, la esposa de éste -Ester Ogarrío- y varios sobrinos.

1970, 12 de mayo.

De la agencia funeraria Gayosso, situada en Sullivan, parte el cortejo integrado por menos de cincuenta personas. Ante la fosa del Panteón Francés de la Piedad, el entonces director de Bellas Artes, José Luis Martínez pronuncia únicamente estas palabras: "Para el hombre que tanto amó la brevedad, no podemos hacer mejor homenaje que el silencio." Francisco Monterde expone una síntesis biográfica.

1970, 17 de mayo.

Se le rinde homenaje póstumo en el Hemiciclo Juventino Rosas de Chapultepec, con la presencia del licenciado Salazar Toledano en representación del regente Corona del Rosal. Toman la palabra Juan José Arreola, Hector Azar, María del Carmen Millán, Rosario Castellanos. Los actores José Gálvez y Beatriz Sheridan y, el

cronista de la ciudad, Salvador No
vo.

1980.

Diálogo de los libros reúne textos
no coleccionados, prólogos y el
epistolario con Reyes. El compilador
es Serge I. Zaitzeff.

1983.

En un volumen titulado El arte de
Julio Torri, Serge I Zaitzeff publi
ca una treintena de cartas entre
Henríquez Ureña y Julio Torri, jun
to con dos textos no recopilados.

BIBLIOGRAFIA DE JULIO TORRI

1.- LIBROS

Ensayos y poemas. México, Librería y Casa Editorial de Porrúa
Hermanos 1917.

Ensayos y fantasías, San José, Costa Rica, El Convivio, Impren-
ta Alsina, 1918.

Ensayos y poemas. México, Librería y Casa Editorial de Porrúa
Hermanos y Cía., 1937.

Essays and poems. Traslated by Dorothy Margaret Kress, Nueva York,
Publications of the Institute of French Studies, Inc., 1938.

De fusilamientos. México, La Casa de España en México, 1940. (Con
presentación de Alfonso Reyes en la solapa)

La literatura española. México, Fondo de Cultura Económica, 1952;
1a. reimpresión revisada, 1955, 1960, 1964, 1969, 1974.

Antología. Selección del autor. Colección Panoramas (núm. 7), Mé-
xico, Costa-Amic, Editor, 1957 (De la revista Panoramas, 5,
primavera de 1957, pp. 41-57)

Tres libros, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica,
1964 (Con presentación de Alf Chumacero en la solapa)

Diálogo de los libros. México, Fondo de Cultura Económica, 1980
(Compilador Serge I. Zaitzeff)

2.- PROLOGOS Y TRADUCCIONES

Cuentos de Andersen. Escogidos por Julio Torri, México, Cultura
(II, núm. 3), 1916.

Rueda, Salvador: Poesías escogidas. Selección de Julio Torri. Mé-
xico, Cultura (III, núm. 2), 1917.

Cuentos de Perrault (nuevamente traducidos). Nota y selección de Julio Torri, epílogo por Anatole France, México, Cultura (IV, núm 3) 1917.

Goethe: Hermann y Dorotea. México, Cultura (IV, núm. V), 1917.

Heine, Enrique: Las noches florentinas. Traducción de Julio Torri, México, Cultura (VII, núm. 3), 1918.

Romances viejos. Prólogo de Julio Torri, México, Cultura (IX, núm. 2), 1918.

Esquilo, Tragedias. México, Universidad Nacional de México, 1921.

Lope de Vega. Biografía por Julio Torri. México, Departamento del Distrito Federal, 1935.

Pascal: Discurso sobre las pasiones del amor. Versión española de Julio Torri. México, Editorial Séneca, 1942.

Williams, Stanley T: Tres escritores clásicos de la literatura de los Estados Unidos. Prefacio por Dr. Julio Torri. México, Instituto Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales, vol. IX, 1947.

Grandes cuentistas. Selección y estudio preliminar por Julio Torri. Clásicos Jackson, vol. XXXIX, México, W.M. Jackson, Inc. Editores, 1949.

Urbina, Luis G: Crónicas. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1950.

Ruiz, Luis: Canciones de vela. Epílogo de Julio Torri. México, Ediciones Segrel, 1951.

Banda Farfán, Raquel: Un pedazo de vida, Cuentos. Nota preliminar de Julio Torri. México, Editorial Comaval, S.A., 1959.

3. EPISTOLARIOS

Julio Torri- Alfonso Reyes (1910-1959). Existente en la Capilla

Alfonsina.

Julio Torri- Pedro Henríquez Ureña (1911-1921), En Serge I. Zaitzeff: El arte de Julio Torri, México, Editorial Oasis, 1983., pp 119-150)

4.- DISCURSOS

La revista moderna de México, Discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española, leído la noche del 21 de noviembre de 1953. Contestación de don Alejandro Quijano. México, Editorial Jus. 1954; 2a. edición, Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente a la Española. (Discursos Académicos). Tomo XIV, México, 1956.

5.- EN ANTOLOGIAS:

Antología de poetas modernos de México, México, Cultura (T. XII, no. 2 XVI-220 pp.

Maples Arce, Manuel; Selección y nota preliminar de Siete cuentos mexicanos. Panamá, Biblioteca Selecta, 1946, 64 pp.

Paz, Octavio, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis: Poesía en movimiento, México 1915-1966, México, Siglo XXI editores S.A. 1966, 480 pp.

6.- TEXTOS NO RECOPIRADOS:

Torri Julio: "Recuerdos de la fundación de la escuela de verano", Boletín del Centro de enseñanza para extranjeros I, verano de 1982, pp, 2-3

7.- OTRAS FUENTES CONSULTADAS:

Expediente de Julio Torri, Archivos de la Universidad Nacional Autónoma de México,

Biblioteca de Julio Torri, Plaza Finlay número 7, México, D.F.

BIBLIOGRAFIA INDIRECTA:

- Abreu Gómez Ermilo: Sala de retratos, Col. "Arco Iris", México, Editorial Leyenda, 1946, pp. 262-264.
- Academia Mexicana, correspondiente de la Española, Anuario, México, 1971, 144 p.p.
- Arnáiz y Freg, Arturo: "Julio Torri. Escribir: Sombra de la acción". Excelsior, mayo 15 de 1970 pp. 7-A- 8-A.
- Arreola, Juan José: Confabulario total (1941-1961). México, Fondo de Cultura Económica, 1962. 248p.
- Brushwood J.S.: México en su novela, Breviarios. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 438 p.
- Campo, Angel de: Cosas vistas y Cartones, Edición y prólogo María del Carmen Millán. México, Editorial Porrúa, S.A., 1958, 308 p.
- Capistrán, Miguel: "Para recordar al hermano diablo", El gallo Ilustrado (Suplemento de El Día), marzo 30 de 1969, p. 2
- "Entrevista con Julio Torri", Espejo, núm. siete/primer trimestre de 1969, pp. 43-45.
- "Julio Torri: el hombre y el escritor", Diorama de la Cultura (Suplemento de Excelsior), mayo 17 de 1970, p.8
- Carballo, Emmanuel: "El libro de la semana". Un prosista extraordinario", Novedades, 31 de marzo de 1957.
- "Julio Torri, erudito sensual, isla rodeada de incomprensión, enjuiciá a sus ancianos colegas del Ateneo", México en la Cultura (Suplemento de Novedades), 16 de marzo de 1958, p.2.
- El cuento mexicano del siglo XX, México, Empresas Editoriales, 1964. 894 p.
- Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del si-

glo XX.

México, Empresas Editoriales, 1965. 472 p.

"Elogio ininterrumpido de Julio Torri", La Cultura en México (Suplemento de Siempre), enero 6 de 1965, pp. II-IV,

"Carta a Manuel Pedro González", La Cultura en México (suplemento de Siempre), octubre 7 de 1965, p. XV,

"Torri, el clásico. Innovador desconocido", Excelsior, Julio 16 de 1970, pp. 7-A-8-A.

Castro Leal, Antonio: Estudio preliminar a Mariano Silva y Aceves: Cuentos y poemas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964. 300 p.

"Julio Torri, escritor esencial", Excelsior, mayo 20 de 1970, pp. 7-A y 10 A.

Contreras Roeniger, Elsa: "Julio Torri", Tesis de Maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

Cultura, 50 años de vida 1916-1966, Incluye artículos de Rafael Loera Chávez (hijo) y de Antonio Castro Leal, México, Editorial Cultura, 1966, 144 p.

Díaz Dufío (hijo), Carlos: Epigramas y otros escritos, Colección Ayer y Hoy, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1967. 156 p.

Dueñas, Guadalupe: "Las vidas imaginarias de Reyes, Torri y Rosario", México en la Cultura (Suplemento de Novedades) julio 26 de 1959, pp. 1 y 5

Galindo, Carmen: "Julio Torri con sus propias palabras", El libro y la vida (Suplemento de El Día) agosto 17 de 1969, pp.

- 7-8. (Reproducido en El Día, mayo 13 de 1970, pp. 10-11).
- González Martínez, Enrique: La apacible locura, México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1951, 158 p.
- Guzmán, Martín Luis: "Apunte sobre una personalidad", discurso leído con motivo de su ingreso como individuo de número a la Academia Mexicana, correspondiente de la española. México, talleres Gráficos de la Nación, 1955. 58 p.
- La querrela de México, A orillas del Hudson. Otras páginas. México Cía. General de Ediciones, S.A., 1959, 284 p.
- Academia. Tradición. Independencia. Libertad. México, Cía. General de Ediciones, S.A., 1959, 150 p.
- "Cómo acabó la guerra en 1917", en El cuento mexicano del siglo XX, pp. 191-199.
- Lombardo Toledano, Vicente: "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", Revista Universidad de México, T. I, núm. 2., diciembre de 1930.
- Henríquez Ureña, Pedro: "La Revolución y la cultura en México", Revista de Filosofía (Cultura - Ciencias - Educación), Publicación bimestral, Buenos Aires, Año XI, núm. I, enero de 1925, pp. 125-132.
- Obra crítica. México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 844 p.
- Hernández Luna, Juan: prólogo, notas y recopilación de apéndices a Conferencias del Ateneo de la Juventud México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, 220 p.
- López Rafael: Con los ojos abiertos, México, Biblioteca del Ateneo, 1912,

Mejía Sánchez, Ernesto: "Anversos y reversos de Julio Torri", Revista de la Universidad de México, XXIV (núm. 10, junio de 1970), pp. 2-4.

Mejía Sánchez, Ernesto: Recolección a mediodía. México, Joaquín Mortiz, 1980. 256 pp.

Millán, María del Carmen: Literatura mexicana. Tercera Edición. México, Editorial Esfinge, S.A., 1966, p. 301.

"Equilibrio entre la apetencia intelectual y el riguroso sentido estético", El Gallo Ilustrado (Suplemento de El Día), marzo 30 de 1969, p. 2.

"La paradoja del solitario", Revista de la Universidad de México, XXIV, núm 10, junio de 1970, pp. 5-7.

"Discurso recepcional", Letras Potosinas XXXIII (núm. 205, julio agosto de 1975), pp. 5-10.

Monsiváis, Carlos: "La brevedad como don de lucidez", El Gallo Ilustrado (Suplemento de El Día), 30 de marzo de 1969, pp. 1 y 4.

Monterde, Francisco: "Trayectoria de Julio Torri", La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, agosto de 1980, pp. 9-10.

Novo, Salvador: "Julio Torri", Novedades, marzo 24 de 1969, p.4.

Ocampo, Aurora y Ernesto Prado: Diccionario de escritores mexicanos. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967, pp. 382-383.

Pacheco, Cristina: "Entrevista con Leopoldo Duarte", revista Siempre, núm. 1368, septiembre 12 de 1979, p. 86.

Pacheco, José Emilio: "Julio Torri: Tres libros", Diálogos, noviembre diciembre de 1964, p. 31.

Periódico: El Imparcial, diciembre 17 de 1913, p. 5.

Revista: Argos, núm. 2, enero 13 de 1912.

Reyes, Alfonso: "Nosotros", Revista de América (París), enero de 1914, pp. 103-112. Reproducido en Nosotros (México), marzo de 1914, pp. 216-221.

Cartones de Madrid (1914-1917), México, Cultura, 1917, 100 p.

Pasado inmediato y otros ensayos, México, El Colegio de México, 1941, 200 p.

"Charla en sonetos", El Nacional, junio de 1947, p. 7.

Quince presencias, México, Colección Literaria Obregón, 1955, 192 p.

Los dos caminos, 4a. serie de Simpatías y diferencias en

Obras Completas,

Tomo IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 304-396.

Páginas adicionales en Obras Completas. Tomo VII, México,

Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 465, 469, 472 y 476.

Schwob, Marcel: Mimos, La cruzada de los niños. Versión de Rafael Cabrera. Portada de Jorge Enciso. Con un retrato a línea de Schwob. México, Editorial Cultura, 1917, 94 p.

Tablada, Juan José: Al sol y bajo la luna. Preliminar de Leopoldo Lugones. París-México, Vda. de Ch. Bouret, 1918.

Terán, Luis: "habla Julio Torri: lo bieno si breve dos veces Torri",

El Gallo Ilustrado (Suplemento de El Día), 30 de marzo de 1969, p. 1

Vasconcelos, José: "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", Revista de Revistas,

junio 25 de 1911.

"El movimiento intelectual contemporáneo de México". Conferencia leída en la Universidad de San Marcos de Lima, Perú, el día 26 de 1916.

Prometeo Vencedor. Bibl. de la Juventud Hispanoamericana, núm. 20. Madrid, Editorial América, 1916.

Ulises criollo. Tercera edición. México, Ediciones Botas, 1935, pp. 266-269, 311-315, 464-467.

La tormenta en Obras Completas. T. I. Colección Laurel, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957, 1012 p.

Villaurrutia, Xavier: "Textos", Revista de Bellas Artes, núm. 7, enero- febrero de 1966, p. 25.

Xirau, Ramón: "Julio Torri y el significado de la brevedad", Revista Mexicana de Literatura, julio- agosto de 1964, pp. 46-49.

Zaitzeff, Serge I: (Recopilación, estudio preliminar y bibliografía) Diálogo de los libros. México, Fondo de Cultura Económica, 1980. 384 p.

Julio Torri y la crítica. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, 104 p.

"Juan José Arreola y Julio Torri" en Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Roma; Bulzoni Editore, 1982, vol. II, pp. 1061-1068.

El arte de Julio Torri. Colección Alfonso Reyes, núm 2. México, Editorial Oasis, 1983, 184 p.

Lista de nombres, por orden alfabético, de personas entrevistadas para conformar el "Retrato hablado" de Julio Torri.

Azar, Héctor

Batis, Humberto

Capistrán, Miguel

Cardiel, Raúl

Chumacero, Alí

Dueñas, Guadalupe

Elizondo, Salvador

Galindo, Carmen

González, José Luis

González Casanova, Enrique

Henestrosa, Andrés

Lizalde, Eduardo

Marín, Guadalupe

Márquez, Esperanza

Martínez, José Luis

Mendoza, María Luisa

Millán, María del Carmen

Monterde, Francisco

Ocampo, Aurora

Pacheco, Cristina

Pacheco, José Emilio

Palazón, María Rosa

Peña, Margarita

Ramírez y Ramírez, Enrique

Rius, Luis

Rousset, Guillermo

Sainz, Gustavo.

Teixidor, Felipe

Valdés, Héctor

Xirau, Ramón.